



Grandes genios de la **HISTORIA** *en* **25 historias**



JAVIER ALONSO LÓPEZ

Purchased from
Multnomah County Library
Title Wave Used Bookstore
216 NE Knott St, Portland, OR
503-988-5021

Grandes genios
de la
HISTORIA
en
25 historias

Título original: *Grandes genios de la historia en 25 historias*

Primera edición: noviembre de 2015

Segunda reimpresión: febrero de 2019

© 2015, Javier Alonso López

Javier Alonso es un autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Cadafalch, por las ilustraciones

Coordinación de Bonalletra Alcompas, S.L.

Diseño del interior: juliafont.com

Maquetación: Javier Durán

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por compartir una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHMGGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-9043-485-7

Depósito legal: B-19028-2015

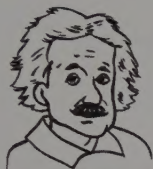
Impreso en Limpergraf
Barberà del Vallès (Barcelona)

G T 3 4 8 5 7

Penguin
Random House
Grupo Editorial



Grandes genios
de la



HISTORIA



en

25 historias



JAVIER ALONSO LÓPEZ

montena

Para mis amigos *hatsorianos*, Ana, Juan,
Juan Carlos y los cinco magníficos
de la irrepetible habitación número 12:
Uge, Samuel, Manolo, Joserra y Pacha.

SUMARIO

10 Platón

¿CUÁNTOS AMIGOS TIENES?

22 Alejandro Magno

UN REGALO SALVAJE

34 Arquímedes

EL VIEJO QUE MIRABA LAS ESTRELLAS

48 Leonardo da Vinci

EL BANQUETE

62 Galileo Galilei

EL GRANIZO

74 William Shakespeare

LA VISITA



86 Isaac Newton

EL MANZANAZO

98 Wolfgang Amadeus Mozart

LA FLAUTA MÁGICA

110 Ada Lovelace

LA ENCANTADORA DE NÚMEROS

122 Karl Marx

UNA NOCHE AGITADA

134 Julio Verne

EL DUELO

146 Thomas Alva Edison

GATO ENCERRADO

158 Pablo Picasso

LA BANDA DE PICASSO

172 Marie Curie

LA BRUJA

184 Coco Chanel

LA GUERRA DEL CORSÉ



196 Albert Einstein

EL CHÓFER

208 Frida Kahlo

LA CAMPEONA MUNDIAL

220 Simone de Beauvoir

NO ADECUADO PARA SEÑORITAS

232 Charles Chaplin

LA PERFECCIÓN

244 Alan Turing

ENIGMA





256 Mahatma Gandhi

ALMA GRANDE

268 Bobby Fisher

UN NIÑO MIMADO

280 Nelson Mandela

46664

292 Stephen Hawking

PÓKER EN EL ESPACIO

306 Steve Jobs

LOS LISTILLOS

PLATÓN

¿CUÁNTOS AMIGOS TIENES?

En una pequeña ciudad griega de apenas unos pocos miles de habitantes, se conocieron hace más de veinticinco siglos dos de los más importantes filósofos de la Historia. Uno se convirtió en el maestro del otro, y el más joven, a su vez, transmitió sus enseñanzas años después a otro gran filósofo. ¡El mundo es un pañuelo!

Aproximadamente 410 a.C.: Platón se convierte en discípulo de Sócrates.

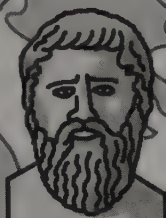
399 a.C.: Muerte de Sócrates.

387 a.C.: Platón funda la Academia en Atenas.

367 a.C.: Aristóteles se convierte en discípulo de Platón.



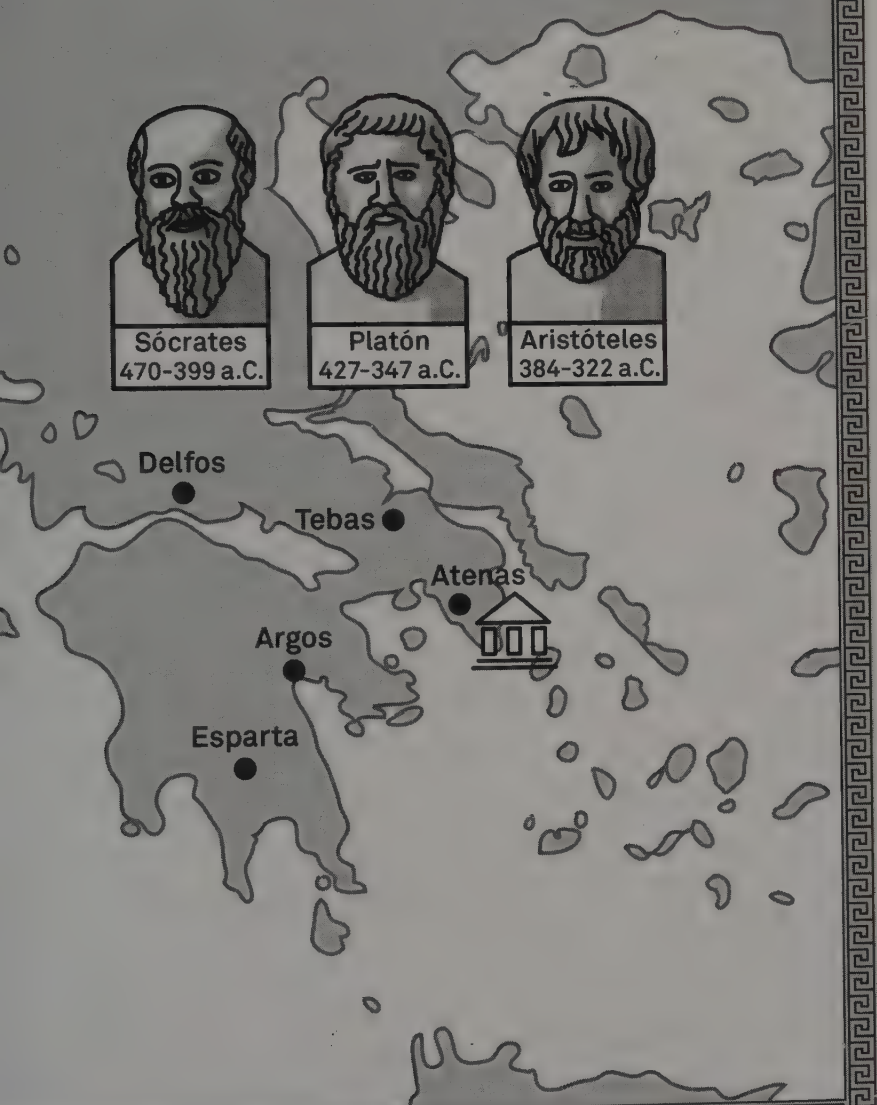
Sócrates
470-399 a.C.



Platón
427-347 a.C.



Aristóteles
384-322 a.C.



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

EL SOL CASTIGABA IMPLACABLE A todo aquel que se atreviera a abandonar durante más de un minuto la protección de una sombra.

En cada pórtico, debajo de cada árbol, pegados a las paredes de los templos, podían verse grupos de hombres charlando, negociando o, simplemente, haciendo tiempo antes de regresar a sus casas para comer.

Uno de los habituales del ágora, la plaza pública de la ciudad, era Sócrates, un anciano filósofo cuya ocupación preferida consistía en charlar con todo aquel que se encontrase acerca de cualquier tema, desde la sabiduría hasta la justicia o el amor. A Sócrates le encantaba hacer preguntas a la gente hasta que conseguía que se diesen cuenta de lo poco que sabían. Un día, asaltó a otro filósofo que presumía de ser enormemente sabio.

—Dime, Epícides —dijo Sócrates en voz alta para que le escuchasen todos los discípulos que le seguían—, tú que tanto sabes, mientras yo solo sé que no sé nada, ¿podrías aclararme una duda?

—Por supuesto, Sócrates, estaré encantado de iluminarte con mis conocimientos —le respondió Epícides, complacido ante la perspectiva de mostrar su sabiduría—.



¿Cuál es tu pregunta?

—Pienso en la amistad, Epícles, y en ese dicho popular de que la amistad es el más preciado de los tesoros. ¿Estás de acuerdo?



—Sin duda, Sócrates, la amistad es un gran tesoro.

—¿Un gran tesoro?

—El más importante que puede tener un hombre, Sócrates.

—¿Y dirías que el oro y la plata son también tesoros?

—Sí, Sócrates, el oro y la plata también son tesoros.

—Y aquel que tiene ganado, ¿podría considerarlo también un tesoro?

—También, Sócrates —contestó Epícles, que ya se encontraba atrapado como un pez en la red de preguntas de Sócrates.

—¿Y lo mismo dirías del que posee olivos o viñas, o barcos? —insistió Sócrates.

—Diría lo mismo, Sócrates.

—¿Y crees, Epícles, que una persona debe saber qué tesoros posee y tenerlos a buen recaudo para no perderlos?



—Me parece evidente que debe ser así, Sócrates.

—Dime una cosa, Epícides, ¿Podrías enumerar tus posesiones? ¿Cuántas gallinas tienes? ¿Y cabras? ¿Caballos? ¿Tienes un carro? ¿Cuánto oro y plata tienes?

—No es un secreto en Atenas, mi querido Sócrates, que heredé 50 dracmas de oro y veinte de plata, que poseo dos magníficos caballos y un rebaño de 37 cabras, además de un olivar de 300 codos de lado —respondió Epícides satisfecho de poder exhibir sus riquezas, además de su pretendida sabiduría.

—Una pregunta más, Epícides. ¿Podrías decirme cuántos amigos tienes exactamente?

—¿Amigos? —Epícides se quedó sorprendido por el giro que había dado la conversación.

—Sí, amigos —repitió Sócrates—. ¿Cuántos amigos tienes exactamente?

—Pues, no lo sé —titubeó Epícides.

—¿Cómo puedes ser tan descuidado, Epícides? —respondió Sócrates dispuesto a cerrar la trampa en la que ya había caído el filósofo presuntuoso—. ¿Sabes cuántas cabras tienes pero no puedes decirme cuántos amigos tienes? Recuerda que tú mismo me has dicho que los



amigos son el mayor tesoro que puede tener un hombre. Me parece, Epícides, que no eres tan sabio como dices.

Mientras Epícides se alejaba avergonzado y se apagaban las risas de todos los presentes, Sócrates habló en voz baja a uno de sus discípulos.

—¿Sabes, Critias? Esta noche he soñado que una cría de cisne se posaba sobre mis rodillas. Luego, de repente, le salían plumas, extendía las alas y echaba a volar.



—¿Qué crees que significa ese sueño, maestro Sócrates? —preguntó Critias.

—No estoy seguro, pero creo que será algo bueno.

En ese momento, Sócrates observó que había varias personas esperando para hablar con él. Desde debajo del olivo a cuya sombra estaba sentado, hizo una seña a un hombre maduro con un muchacho para que se acercasen. Los dos vestían buenas ropas y lucían anillos de oro. Sin duda, no les faltaba el dinero.

—Maestro Sócrates —dijo el hombre rico haciendo una leve reverencia con la cabeza—, me gustaría que te encargases de la educación de mi hijo.



—Lo haré encantado, —respondió Sócrates—. Te cobraré quinientas dracmas al mes.

—¿Quinientas dracmas? —preguntó el hombre escandalizado—. ¿Sabes cuánto dinero es eso? Con quinientas dracmas podría comprarme un burro.

—Es cierto. Así que te aconsejo que lo compres y eduques tú mismo a tu hijo —gruñó Sócrates con su famoso mal humor—. De ese modo tendrás dos burros. Y ahora largaos y dejadme en paz. Me hacéis perder el tiempo.

—Dime Critias, ¿soy yo que atraigo a los burros o es que estamos en un camino por donde cruzan los asnos hasta el río? —refunfuñó el filósofo—. ¡Qué pena de ese hombre, que no se da cuenta de que no hay mayor bien que la sabiduría, ni mayor mal que la ignorancia.

—Creo que en el ágora se encuentran burros a cualquier hora, no solo cuando estás tú, maestro Sócrates —continuó Critias con la broma.

Observando la escena a cierta distancia había un muchacho de dieciséis o diecisiete años, alto, muy fuerte y corpulento. Vestía una túnica limpia y cuidada, aunque no tenía la pinta de ser rico, como el hombre de los dos burros.





—¿Y tú qué quieres? —preguntó Sócrates mirándolo a los ojos—. Si sigues plantado ahí a pleno sol te vas a desmayar y me harás perder el tiempo intentando reanimarte. Vete a casa o dime qué deseas.

—Maestro Sócrates —balbuceó el joven—, yo también querría educarme contigo.

—¿Y vas a pagarme quinientas dracmas?



—No, maestro —respondió el joven—. Soy pobre y no tengo nada que ofrecerte.

—¡Vaya! —Sócrates miró de reojo a Critias y sonrió. Sin duda, el muchacho tenía valor.

—Pero te entrego mi persona —continuó el joven—. Prometo dedicarme en cuerpo y alma a aprender todo lo que quieras enseñarme.

—¿Cómo puedes decir entonces que no tienes nada que ofrecerme? —replicó Sócrates sorprendido por la respuesta—. ¿No te das cuenta de que me has hecho el mejor pago posible?

—¿Significa eso que puedo quedarme junto a ti? —preguntó el joven emocionado.

—Antes de responderte, dime una cosa —dijo Sócrates—: ¿has escuchado mi discusión con Epícides sobre la amistad?

—Sin perder un solo detalle.

—¿Y qué opinas? —quiso saber Sócrates.

Evidentemente, aquello era una prueba. El chico reflexionó durante unos instantes, luego cogió aire, y comenzó a hablar.

—Creo, maestro Sócrates, que Epícides no ha sabido



decirte cuántos amigos tiene exactamente porque nunca ha reflexionado sobre qué es exactamente la amistad.

—Explícate, muchacho —le animó Sócrates.

—Quiero decir... —el joven dudó durante unos instantes, pero en seguida se animó a dar su parecer delante de su admirado filósofo— que no podemos hablar con propiedad de la amistad y los amigos si antes no tenemos claro en qué consisten. Igual que no podemos hablar de perros si no estamos de acuerdo en qué consiste exactamente la idea de perro, o de gato, aunque haya muchas clases diferentes.

—¿Y tú tienes claro qué es la amistad, qué es un perro o qué es un gato?

—No he dicho eso. Yo creo que tiene que haber una especie de idea perfecta sobre la amistad, la justicia, el amor, pero también de las cosas que podemos ver y tocar, una idea perfecta de perro, de gato, de árbol, y solo así, cuando dos personas hablen de una misma cosa y sepan en qué consiste, sabrán que están hablando de lo mismo. Creo que Epícides sabe en qué consiste la idea de perro y la de cabra, pero no sabe qué es la amistad.

Cuando acabó de hablar, Sócrates y Critias estaban



boquiabiertos ante la forma de expresarse del joven. Mirando a Critias, Sócrates exclamó.

—He aquí al cisne con el que he soñado esta noche. Lo criaré en mis rodillas, pero con el tiempo le saldrán plumas, extenderá sus alas y echará a volar.

Critias y Sócrates se quedaron unos instantes observando al joven, que aguardaba impaciente la respuesta final de Sócrates.

—Puedes quedarte conmigo —dijo por fin Sócrates—. Por cierto, todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Aristocles, hijo de Aristón y Perictione, maestro. Pero todo el mundo me llama Platón.



PLATÓN

Aristocles, (Atenas, 427–347 a.C.), conocido como Platón, un apodo que significa “el de espaldas anchas”, fue un filósofo griego que vivió los momentos más gloriosos y la decadencia de su ciudad, Atenas. Platón procedía de una familia de la aristocracia, pero en lugar de seguir la ocupación familiar, que era la política, decidió estudiar filosofía, y se hizo discípulo del primer filósofo moderno, Sócrates. Platón estudió junto a su maestro hasta que en 399 a.C. Sócrates fue acusado de corromper a la juventud y no creer en los dioses, por lo que fue condenado a muerte. Tras la muerte de Sócrates, Platón continuó dedicado a la filosofía. Viajó por muchas tierras para adquirir nuevos conocimientos y escribió muchas obras en las que se pueden descubrir tanto sus ideas como las de Sócrates. La mayoría de las veces se trata de diálogos entre personajes acerca de un tema concreto, como el amor, la justicia o el bien. Finalmente regresó a Atenas, donde fundó su propia escuela filosófica, la Academia.

Aunque su aportación a la filosofía occidental ha sido enorme, quizás lo más famoso sea su *alegoría de la caverna* para explicar su teoría sobre cómo el conocimiento no se puede lograr a través de los sentidos, sino de la razón.

Platón fue maestro del tercer gran filósofo griego: Aristóteles.



ALEJANDRO MAGNO

UN REGALO SALVAJE

Alejandro Magno, uno de los mayores genios militares de la Historia, también fue niño en su día, pero desde muy joven siempre mostró una gran seguridad en sí mismo y una enorme determinación ante las dificultades. Esta historia cuenta una de las primeras ocasiones en las que el pequeño Alejandro, siendo todavía discípulo del famoso filósofo Aristóteles, demostró que tenía ante él un brillante futuro reservado solo a unos pocos elegidos.







336 a.C.: Alejandro se convierte en rey de Macedonia.

334 a.C.: Comienza la conquista del imperio Persa.

330 a.C.: Tras la muerte del rey Darío III, Alejandro se convierte en dueño de todo el imperio Persa.

323 a.C.: Alejandro muere en Babilonia.



-  Reino de Macedonia
-  Territorios dependientes de Macedonia
-  Territorio conquistado por Alejandro Magno
-  Ciudades fundadas por Alejandro Magno
-  Batallas
-  Recorrido de Alejandro Magno

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

-NO COMPRENDO PARA QUÉ construí aquí una casa con magníficas habitaciones y todas las comodidades posibles si luego Aristóteles prefiere dar clase a mi hijo sentado en una piedra a la orilla de un río.

—Será alguna de las extravagancias que aprendió en Atenas —contestó Parmenio—. Pero está realizando un trabajo excelente con vuestro hijo, majestad.

—Eso espero —dijo el rey de Macedonia mientras se acomodaba a lomos de su caballo—. Mi hijo Alejandro será un gran general, sin duda. Lo lleva en la sangre porque es hijo mío, pero quiero que sea también sabio y justo, y para eso necesita de los mejores maestros.

El rey Filipo II aguijó a su caballo para llegar cuanto antes al prado junto al río donde se encontraban Aristóteles y Alejandro. Hacía varios meses que no veía a su hijo, de apenas nueve años. Mientras Filipo guerreaba contra las ciudades griegas que se le oponían, había enviado a Alejandro fuera de Pella, la capital, para que pudiera estudiar en Mieza, en un ambiente más tranquilo alejado de la corte.

Junto a Filipo cabalgaban Parmenio y Nicómaco, dos de sus generales y consejeros, diez soldados de la guardia



real y cuatro sirvientes que a duras penas podían dominar al regalo que Filipo traía para su hijo.

Tras unos minutos por un sendero de un bosque, llegaron al claro donde estaban discípulo y maestro, además de Peritas, el inseparable perro de Alejandro, al que había cuidado desde que, siendo un cachorro, había perdido a su madre devorada por un león. Filipo desmontó y se acercó caminando.

—¡Alejandro!

—¡Padre!

—¡Cómo has crecido! —dijo Filipo abrazando a su hijo—. ¡Ya eres casi un hombre!

Filipo volvió la vista hacia Aristóteles, que se había levantado de la piedra en la que estaba sentado y le saludaba con una leve inclinación de cabeza.

—Maestro Aristóteles —dijo Filipo en tono alegre—. Me alegro de verte con buena salud. Tan buena, que prefieres estar al aire libre a estar disfrutando de la mansión que construí para ti y mi hijo.

—Yo también me alegro de verte con buena salud, mi rey —respondió el filósofo—. Gracias por la mansión, pero Alejandro y yo preferimos ver el cielo y los pájaros mien-



tras estudiamos. Hoy estábamos hablando del divino Homero, de la *Ilíada*, y de Aquiles.

—¡Aquiles! —exclamó Alejandro—. Padre, el maestro Aristóteles me ha contado que Aquiles fue mi antepasado. ¿Es cierto? ¿Es nuestro antepasado?

—Es tu antepasado, pero no el mío —contestó el rey—. Es tu madre la que desciende de la invencible estirpe de Aquiles, así que quizás tú hayas heredado su habilidad en la guerra.

—¡Seré como Aquiles, un guerrero invencible! —gritó Alejandro alzando los brazos hacia el cielo—. ¡Tendré una magnífica coraza y unas armas forjadas por el mismísimo Hefesto, y dos caballos como Balio y Janto, los hijos del viento!

—De momento, tienes a Peritas —bromeó Aristóteles—. Con lo que come este perro, pronto tendrá el tamaño de un caballo.

—Bueno, lo de la armadura forjada por Hefesto tendrá que esperar. Soy un rey poderoso, pero todavía no puedo dar órdenes a los dioses del sagrado Olimpo —interrumpió Filipo mientras se secaba el sudor de la frente—. Pero lo otro quizás tenga solución. Te he traído un regalo. ¡Mira!

Alejandro siguió con la mirada la dirección que marcaba el dedo de su padre y vio, a un centenar de metros





de distancia a los cuatro servidores del rey intentando dominar a un semental negro como la noche que se encabritaba y agitaba las patas en el aire intentando golpear a los hombres.

Su relincho era intenso como el rugido de un león, y al tocar el suelo, sus cascos hicieron temblar la tierra. A continuación, soltó una coz con las dos patas traseras al mismo tiempo, y uno de los sirvientes cayó al suelo. El caballo continuó revolviéndose, mientras los sirvientes iban de un lado a otro arrastrados por su irresistible fuerza.

Alejandro se quedó inmóvil, maravillado ante la belleza de aquel animal. Era perfecto, un caballo digno de ser hijo del propio Pegaso. Negro desde la cola hasta los ollares, salvo por una mancha blanca en la frente con la forma de un cráneo de buey.



—¿Es para mí, padre? —preguntó emocionado Alejandro.

—Sí, es para ti, pero tendrás que esperar a que mis hombres lo domen —le dijo el rey—.

Como ves, ahora es una bestia salvaje, y no quiero que tengas un accidente. Ten paciencia. En unas semanas podrás cabalgar sobre sus lomos.

Alejandro, hechizado, no podía apartar su mirada del corcel, que agitaba la cabeza con furia mientras los sirvientes de Filipo intentaban sujetarlo con cuerdas. Cada vez relinchaba y coceaba con más fuerza.

—¡Soltadlo! —gritó.

Los servidores miraron a Alejandro, pero no soltaron las cuerdas que sujetaban al caballo.

—¡Soltadlo he dicho! —repitió con tono enérgico.



—Hijo, no pueden soltarlo. Se escaparía —le explicó Filipo intentando tranquilizar a su hijo—. Deja que hagan su trabajo.

—¡No, padre! —contestó Alejandro mirando fijamente a su padre. Pese a que solo tenía nueve años, su mirada reflejaba una determinación y una seguridad propias de un adulto—. ¡Yo lo haré! ¡Yo sé cómo tranquilizarlo! Dile a tus hombres que lo suelten ahora mismo.

Filipo se quedó sin palabras. Miró a Parmenio y Nicómaco, y luego a Aristóteles, en busca de una voz prudente a la que Alejandro hiciera caso, pero los generales no sabían qué decir, y el maestro se limitó a encogerse de hombros mientras decía sonriendo:

—Como veis, majestad, vuestro hijo Alejandro tiene muy claro lo que quiere y lo que no quiere. Cuando llegue el momento, será un buen rey.

—Sea entonces —concluyó Filipo resignado. Miró entonces a sus servidores y les dio la orden—. ¡Soltadlo!

Los hombres soltaron todos los correaes de inmediato, y el caballo salió al galope. Tras un par de minutos corriendo por el prado trazando círculos, se detuvo y comenzó a olisquear la hierba. Entonces, Alejandro

fue caminando hacia él, con paso firme pero tranquilo, acercándose de lado, para que el caballo pudiera verlo. Apenas estaba ya a un metro, y extendió el brazo. Casi podía tocarlo con la yema de los dedos.

—Me gusta esa mancha con forma de cráneo de buey—le confesó al caballo entre susurros. Por fin, tocó su suave pelaje con dos dedos—. Te llamarás Bucéfalo, “cabeza de buey”.

El caballo agitó la cabeza al sentir el contacto de los dedos de Alejandro y una rienda vino a parar a la mano de Alejandro. La asió con suavidad y tiró de ella para hacer girar a Bucéfalo. El animal obedeció dócilmente y se giró.

—Así está mejor, ¿verdad?—le preguntó Alejandro. Estaba pegado a él cara con cara y le pasaba la mano por el cuello. A lo lejos Filipo y Aristóteles contemplaban la escena asombrados—. ¡Buen chico! Ahora voy a montarte, ¿de acuerdo?

Y sin esperar más, se agarró al cuello del caballo y de un brinco consiguió encaramarse a su lomo. Bucéfalo pareció aceptarlo de buen grado, y se quedó muy quieto, mientras Alejandro se hacía con las riendas y se acomodaba sobre sus lomos. Luego, presionó con sus pantorrillas los costados del animal, y este comenzó a caminar, tranquilo, mientras Alejandro no podía contener la risa de la emoción.



—¡Se llamará Bucéfalo! —le gritó a Filipo—. ¿Te parece bien, padre?

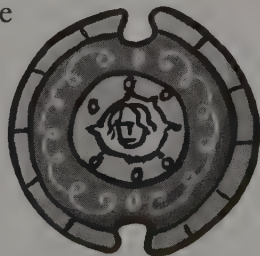
—Como tú desees, hijo mío —le respondió—.

Filipo, Parmenio, Nicómaco, Aristóteles, los guardias, los servidores, todos miraban asombrados al pequeño príncipe montado a lomos de aquel corcel que unos minutos antes parecía una fiera mitológica. Finalmente, fue Aristóteles el que se animó a preguntar.

—Dinos, príncipe Alejandro, ¿qué le has dicho al caballo? ¿Cómo has conseguido tranquilizarlo?

—Ha sido muy sencillo —dijo Alejandro sonriendo—. ¿No os habíais fijado que estaba asustado de su propia sombra? Bastó con ponerlo mirando hacia el sol para que su sombra quedara detrás de él y desapareciera el miedo. Simple, ¿no?

Simple, pero brillante, pensaron todos llenos de admiración. Sin duda, aquel príncipe, hijo de un gran guerrero como Filipo, descendiente de Aquiles por parte de su madre y discípulo de un gran maestro y sabio como Aristóteles, estaba destinado a hacer grandes cosas, incluso aquellas que los demás consideraban imposibles.



Filipo lo observó lleno de orgullo y dijo en voz bien alta y clara para que todos le escuchasen.

—Cuando seas rey, Alejandro, búscate otro reino, porque Macedonia no será suficientemente grande para ti.

Apenas diez años más tarde, Filipo murió asesinado y Alejandro, un muchacho de solo dieciocho años, heredó el trono de Macedonia. Y tal y como le había anunciado su padre, en los trece años que duró su reinado, conquistó toda Grecia y todos los territorios del inmenso imperio Persa, y llegó a convertirse en el rey más poderoso que hubiera existido jamás sobre la tierra.

Libró muchas batallas, y recorrió miles de kilómetros conduciendo a sus soldados de victoria en victoria, y siempre lo hizo a lomos de Bucéfalo, desde Macedonia hasta el río Hidaspes, cerca de Pakistán, donde su fiel caballo negro, con casi treinta años de edad, murió de viejo.

En su honor, Alejandro fundó allí la única ciudad del mundo dedicada a un caballo: Alejandría Bucefalia. Tres años más tarde, también murió Alejandro, y juntos entraron para siempre en la leyenda.



ALEJANDRO MAGNO

Alejandro Magno de Macedonia (356–323 a.C.) estuvo destinado desde su infancia a grandes empresas. Su padre Filipo II se encargó de convertirlo en un rey soldado, pero confió también su formación intelectual a una de las grandes figuras de la filosofía antigua: Aristóteles.

Tras el asesinato de su padre llegó al trono. Primero sometió a todo el mundo griego y, una vez logrado, emprendió una de las mayores aventuras de la Historia que, en realidad, había proyectado su padre. Al mando de su ejército, cruzó a Asia en 334 a.C. con el propósito de apoderarse del gigantesco imperio Persa de Darío III.

Su habilidad a la hora de dirigir a sus ejércitos en el campo de batalla ha sido pocas veces igualado, y sus victorias contra los persas en las batallas de Gránico, Issos y Gaugamela han quedado para siempre entre las grandes joyas del genio militar.

Pero, además de sus dotes como general, Alejandro fue también un político visionario e innovador. En lugar de someter a los persas al dominio y la cultura de sus nuevos señores griegos, Alejandro concibió un nuevo imperio en el que se fusionarían la cultura griega y las diferentes culturas orientales. Es el llamado helenismo, un modo de entender la vida que se prolongó durante siglos en todo el Mediterráneo oriental y en el Próximo Oriente.



ARQUÍMEDES

EL VIEJO QUE MIRABA LAS ESTRELLAS

Aunque parecía un viejecito de aspecto amable dedicado al estudio de las ciencias y a la invención de diversos ingenios civiles, Arquímedes fue capaz de poner todo su talento al servicio de Siracusa, su ciudad natal, cuando esta se encontró en peligro, y se convirtió en un inesperado rival del poderoso ejército romano. He aquí cómo lo hizo.

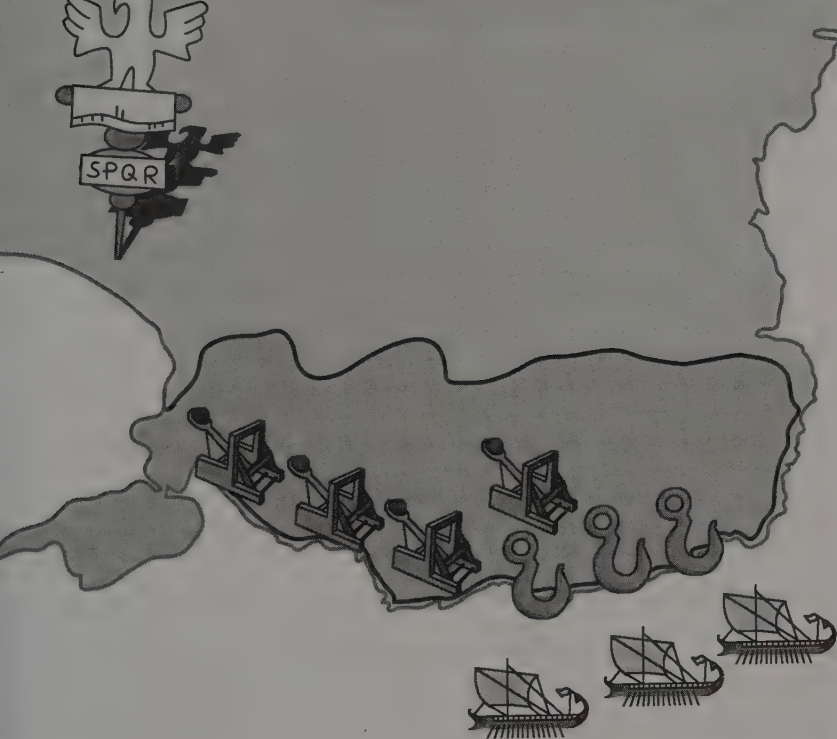
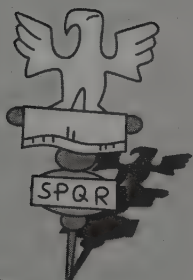
287 a.C.: Nace Arquímedes en Siracusa, Sicilia.

265-212 a.C.: Durante el reinado de Hierón II de Siracusa, establece el *Principio de Arquímedes*, que permite determinar el volumen de un objeto de forma irregular.

213-212 a.C.: Arquímedes colabora en la defensa de Siracusa con algunos de sus inventos.

212 a.C.: Arquímedes muere en Siracusa durante el asedio romano de la ciudad.





Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

A BORDO DEL BUQUE INSIGNIA de la flota romana, el general Marco Claudio Marcelo meditaba cuál debería ser el siguiente paso en aquella batalla. Frente a él, dentro de aquella sala donde se reunía con sus principales ayudantes, había una mesa con un enorme mapa de la ciudad de Siracusa. Habitada por griegos, Siracusa se había aliado con los cartagineses de Aníbal, el gran enemigo de los romanos, y el Senado de Roma le había encargado a Marcelo que la conquistara.

Sus primeros movimientos habían sido los habituales. Sus tropas de tierra se habían estacionado a cierta distancia de la muralla de la ciudad por la estrecha franja de territorio que unía Siracusa con tierra firme, mientras que su magnífica flota había rodeado la ciudad por todos los lados que daban al mar. Se suponía que el paso siguiente era atacar, pero Marcelo dudaba. Con la mirada fija en el mapa, guardaba silencio.

—Señor —la voz del tribuno Valerio sacó a Marcelo de su estado de ensimismamiento—, ¿tiene ya claro cómo atacaremos?

—¿Atacar? —respondió Marcelo con aire distraído.



—Sí, bueno. Se supone... —Valerio no sabía cómo decirlo para no ofender a su superior—, se supone que, ya que hemos traído hasta Siracusa más de veinte mil hombres, será para atacar, ¿no?

—Claro, claro, atacar —dijo Marcelo sin demasiada convicción—, pero debemos tomar precauciones. Todas las que tomemos son pocas. Me da miedo...

Los oficiales presentes en la sala se miraron unos a otros sorprendidos. Algunos de ellos llevaban muchos años combatiendo junto a Marcelo. Le habían visto arrojar-se contra un ejército galo liderando apenas un puñado de jinetes, y había combatido también en algunas escaramuzas contra el mismísimo Aníbal. Jamás había dudado. Jamás había dado muestras de miedo.

—¿Temes al ejército siracusano? —le preguntó Lucio, otro de sus tribunos.

—¡Por supuesto que no! —contestó casi enfadado Marcelo—. ¡Ya sé que mis tropas son superiores y están mejor preparadas!

—¿Sus barcos, quizás? —insistió Lucio.

—Tampoco. Nuestras naves son más rápidas, más numerosas y con mejor armamento.

—Entonces, ¿las murallas de la ciudad?

—¡Por favor! Nuestras legiones han derribado muros mucho más altos y fuertes que estos. No, no es eso lo que temo.

Los oficiales cada vez entendían menos. ¿Qué le ocurría a Marcelo? ¿De qué tenía miedo? Todos se lo preguntaban, pero nadie se atrevía a formular la cuestión directamente. No querían que su general se sintiese incómodo. Por fin, fue el propio Marcelo quien se decidió a explicarlo.

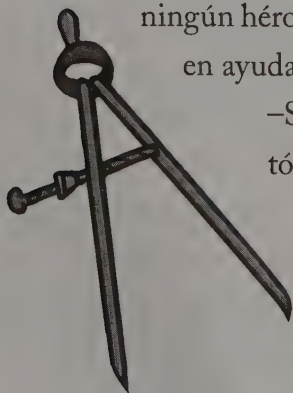
—Lo que me preocupa es Arquímedes.

—¿Arquímedes? —el nombre fue pronunciado a la vez por varios de los oficiales presentes—. Nadie sabía quién era; desde luego, no se trataba del rey de Siracusa, ni de ninguno de sus generales, ni tampoco era un nombre de ningún héroe cartaginés que hubiera podido acudir en ayuda de la ciudad.

—Señor, ¿quién es Arquímedes? —preguntó Valerio—. ¿Algún joven guerrero?

—¡Oh, no! Debe de tener más de setenta años —respondió Marcelo.

—¡Ah! Entonces, será algún general del que no teníamos noticias...



—Tampoco. Es un sabio. Estudia las estrellas, resuelve problemas matemáticos e inventa objetos muy curiosos.

—Con el debido respeto, señor —el tribuno Valerio tragó saliva antes de continuar—, ¿nos está diciendo que no hemos atacado todavía por miedo a un anciano que mira las estrellas y sabe contar?

—No, no tengo miedo a un viejo que mira las estrellas y sabe contar. Temo a uno de los hombres más sabios e ingeniosos que hay en el mundo conocido. Sé que Arquímedes está en Siracusa, y pondrá todo su ingenio al servicio de la defensa de la ciudad —Marcelo hizo una pausa, miró el mapa, y luego alzó la vista hacia sus oficiales. En sus rostros vio una mezcla de sorpresa y preocupación, así que decidió no sembrar más miedo en sus corazones—. Bueno, quizás tengas razón, Valerio. Puede que me esté preocupando por nada. Pongámonos manos a la obra y preparemos el ataque.

Dos días después, al amanecer, la flota romana, compuesta por más de sesenta quinquerremes, naves de cinco filas de remos a cada lado, se aproximó hasta unos pocos metros de distancia de las murallas de Siracusa. Los soldados, protegidos con escudos, casco en la cabeza y lanza

en la mano, aguardaban en la cubierta de las naves a que se pudieran colocar unas enormes planchas de madera con las que alcanzarían la parte superior de la muralla.

—¿Qué es eso? —preguntó un legionario señalando con la punta de la lanza hacia lo alto del muro defensivo.

Sus compañeros levantaron la vista y vieron cómo desde lo alto caían unos enormes ganchos metálicos, como anzuelos gigantes unidos a unas gruesas cuerdas que surgían de entre las almenas. Casi al mismo tiempo, cayeron al agua, justo a los lados de las proas de los navíos. Tras unos segundos de silencio, aquellos anzuelos, empujados por las cuerdas, se engancharon al casco de los barcos romanos.

—¡Son como cañas de pescar gigantes! ¡Y se han enganchado a nuestro barco! —gritó un legionario.

—¿Y qué van a hacer? ¿Pescarnos? Ja, ja, ja —le respondió divertido su compañero—. Esto es un quinquerreme de varios miles de kilos, no una merluza.

Las risas de los que estaban alrededor se cortaron en seco cuando comenzaron a sentir cómo el barco se estaba levantando por la proa hasta quedar totalmente fuera del agua. ¡El anzuelo estaba sacando el barco del agua!





Lo que vino a continuación fue un desastre. Varios navíos romanos, al encontrarse con la proa fuera del agua tras ser pescados como vulgares sardinas, comenzaron a inundarse por la popa. El agua invadió las bodegas y varios de ellos acabaron hundiéndose. Antes de que la situación fuese aún peor, el general Marcelo ordenó la retirada. Había perdido ocho quinquerremes y una gran cantidad de hombres. Junto a él, en el puente de mando del buque insignia, Valerio miraba los barcos destruidos sin saber qué decir.

—Arquímedes —murmuró Marcelo con voz apagada—. Ya os lo advertí. Ese “anciano que mira las estrellas” es muy peligroso. Su ingenio puede hacernos mucho más daño que todo un ejército de soldados perfectamente entrenados.

Entonces lo vio. A lo lejos, en lo alto de la muralla y rodeado de soldados, Marcelo pudo distinguir la silueta de un anciano, con barba blanca y apoyado en un bastón, que contemplaba los destrozos que habían provocado los anzuelos gigantes en los barcos romanos.

—Ahora ya sé de qué es capaz —dijo Marcelo—. No cometeré dos veces el mismo error.

Durante las dos semanas siguientes no ocurrió prácticamente nada. La flota romana seguía rodeando la ciudad, pero se mantenía a una distancia prudencial. En su camarote, Marcelo pasaba las horas pensando cómo podía forzar la rendición de la ciudad sin arriesgarse a caer en otra trampa ideada por el viejo Arquímedes. Por fin, decidió que lo mejor era atacar desde lejos.

—Construiremos catapultas —les dijo a sus oficiales—, y las instalaremos sobre los barcos. De este modo, podremos bombardear las murallas de la ciudad sin tener que



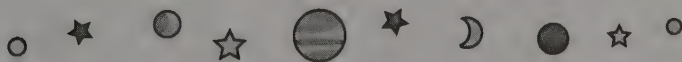
poner nuestras naves al alcance de los anzuelos contru-
idos por Arquímedes.

A todos los presentes les pareció bien la idea, y se pusieron manos a la obra. Las tropas romanas talaron los bosques cercanos, y con la madera que obtuvieron construyeron unas catapultas que cabían en las cubiertas de sus buques de guerra.

Por fin, cuando todos los barcos estuvieron preparados, Marcelo dio la orden de que se desplegasen en una bahía frente a la muralla de la ciudad. Más de cuarenta barcos maniobraban para fondear mirando a Siracusa, y se mantenían fuera del alcance de los garfios ideados por Arquímedes.

Desde su puesto de mando, Marcelo supervisaba con-
fiado cómo se desarrollaban las maniobras. Entonces, observó movimiento en lo alto de las murallas y en la playa que había al pie de los muros. Decenas de hombres se desplegaron y se quedaban quietos, separados por un par de metros. No llevaban cascos ni lanzas, ni espadas, tan solo un escudo cada uno.

—¿Qué pretenden? —preguntó el tribuno Valerio, que se encontraba detrás de Marcelo—. ¿Acaso van a detener nuestros proyectiles con unos escudos?

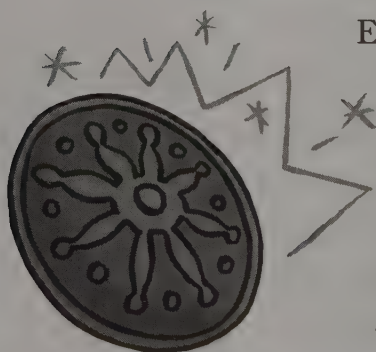


—No lo sé, la verdad —respondió Marcelo—. Pero creo que pronto lo sabremos. Sea lo que sea, creo que deberíamos darnos prisa en tener toda la flota en posición y lista para comenzar a disparar. ¿Cuánto tardaremos?

—Quizás una hora, señor —contestó Valerio—. Los barcos pesan mucho con las catapultas y son muy lentos. Todavía tienen que colocarse en posición, lanzar las anclas y fijarse bien al fondo para no moverse con los disparos, y después los hombres tendrán que montar las piezas móviles de las catapultas.

—Una hora... —la voz de Marcelo transmitía preocupación—. Esperemos que no sea demasiado.

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando vio cómo los siracusanos de la muralla y la playa comenzaban a fijar sus escudos en el suelo.



El sol ya estaba muy alto en el cielo, y al golpear sus rayos contra los escudos, hacía que estos fueran especialmente brillantes.

—¡Cómo brillan! —exclamó Valerio—. Parecen de oro.

—Más bien, parece que los han



recubierto con bronce —le corrigió Marcelo—. No sé si lo que pretenden es deslumbrarnos.

Con el paso de los minutos, los barcos comenzaron a anclar en sus posiciones definitivas y los soldados se dispusieron a instalar las catapultas. Hacía un sol de justicia, y Marcelo y Valerio seguían observando a los siracusanos plantados como estatuas con sus escudos. De repente, un grito les sacó de su letargo.

—¡Fuego!

Marcelo se giró hacia el lugar de donde procedía la voz. Un soldado romano señalaba con el dedo hacia la vela que se desplegaba por encima de sus cabezas. Tenía un pequeño agujero negruzco que se iba agrandando por momentos, devorado por las llamas.

—¡Fuego! ¡Fuego a bordo!

Esta vez el grito sonaba más lejano. ¡Venía del barco que tenían a babor!

—¡Fuego, fuego en la vela! ¡Rápido, traed cubos de agua!

¡Ahora gritaban desde estribor!

En pocos minutos, más de veinte barcos de la flota estaban ardiendo. Marcelo miró las velas en llamas, y



luego observó los escudos de los soldados siracusanos. ¡Habían reflejado la luz y el calor del sol contra las velas y las habían prendido fuego!

—Arquímedes, otra vez Arquímedes... —acertó a decir antes de ordenar la retirada a las naves que pudo salvar.

Cuenta la leyenda que, unos meses después, los romanos consiguieron tomar por fin la ciudad de Siracusa. Pese a todo el daño que les había infligido, Marcelo ordenó a sus soldados que respetasen la vida de Arquímedes, pues, en el fondo, lo único que sentía por el anciano era admiración. Sin embargo, cuando terminó la batalla, apareció muerto.

Algunos dijeron que un soldado romano lo mató porque lo descubrió estudiando unos dibujos que había trazado en el suelo y que, cuando le ordenó rendirse, le dijo que no le molestase mientras estudiaba sus círculos.



ARQUÍMEDES

Arquímedes de Siracusa (287 a.C.— 212 a.C.) fue un matemático, astrónomo, ingeniero e inventor griego. Su principal aportación a la Física fue el *Principio de Arquímedes*, que afirma que todo cuerpo sumergido en un líquido experimenta un empuje vertical y hacia arriba igual al peso de líquido que desaloja, lo que permite calcular el volumen de objetos de forma irregular. Se cuenta que Arquímedes descubrió este principio cuando el rey Hierón II le pidió que determinase, sin dañar el objeto, si una corona que le habían regalado era de oro sólido o contenía impurezas. Mientras se bañaba, observó que el nivel del agua subía al introducirse en la bañera y llegó a la conclusión de que ese hecho le ayudaría a determinar la densidad de cualquier objeto. Tan emocionado estaba con su descubrimiento, que salió de la bañera desnudo y comenzó a dar saltos gritando ¡Eureka!, que en griego significa “¡Lo he encontrado!” Además de este principio, se atribuyen a Arquímedes estudios de Física sobre la palanca.

En Matemáticas, su principal aportación fue llegar a una cifra aproximada del número π mediante la técnica del método exhaustivo. Por último, en su faceta de inventor, destacó por la invención del tornillo de Arquímedes y por las dos armas que aparecen en este cuento: la garra de Arquímedes y los espejos ustorios.



LEONARDO DA VINCI

EL BANQUETE

Leonardo Da Vinci no solo tenía tiempo para pintar o inventar nuevos ingenios mecánicos. También se ocupaba de cosas que tenían que ver con la vida diaria, como el arte del buen comer y establecer unas reglas de protocolo y buena educación en la mesa. Por eso mismo, inventó la servilleta. Y eso era algo realmente necesario para la gente de su época.

1495-1490: Códice sobre el vuelo de las aves,
redactado de modo que solo podía
leerse utilizando un espejo.

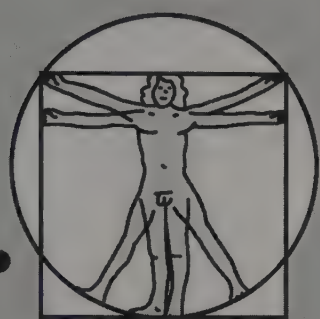
1490: Dibuja el Hombre de Vitrubio.

1498: Pinta *La última cena*.

1517: Pinta *La Gioconda*.

...from the Government and Justice ... since the ...

...from the Government, and being they would ...



Milán ●

Leonardo da Vinci
(1452-1519)



Florecia ●

Miguel Ángel Buonarrotti
(1475-1564)



Rafael
(1483-1520)

● Roma

...from the Government, and being they would ...

Milán, 1497

-M I SEÑOR, EL MAESTRO DA Vinci solicita ser recibido –anunció un criado de palacio.

Desde el otro extremo de una larga estancia con suelo de madera recién encerada, grandes ventanas y altos techos decorados con pinturas al fresco que representaban escenas de la mitología clásica, Ludovico Sforza, llamado “El Moro”, Duque de Milán, levantó la mirada de unos planos que estaba consultando y asintió con la cabeza al criado.

–¡Ah, sí, el maestro Da Vinci! Hazle pasar.

El criado abrió la puerta e hizo una leve reverencia. Entró en la sala un hombre de unos treinta y cinco años, con barba castaña y pelo largo. Hizo un gesto de agradecimiento al criado y, con paso decidido, avanzó por la habitación hacia donde se encontraba el Duque de Milán.

–¡Mi señor Ludovico! –saludó inclinando ligeramente la cabeza.

–¡Mi querido Leonardo! –el Duque de Milán rompió la supuesta frialdad que debía presidir una audiencia entre un señor y un súbdito y, dejando los planos sobre una mesa, abrazó a Leonardo–. Debo felicitarte por la fiesta de ayer. Todos los invitados se quedaron encantados con



el escenario que diseñaste para la representación teatral. ¡Qué magníficos mecanismos! ¿Cómo conseguiste que ese pavo real mecánico volase? ¡No me lo digas! Tú eres el genio y yo me limitaré a disfrutar de tus inventos.

—Muchas gracias, mi señor —respondió Leonardo—. La verdad es que quedó bastante bien. Pero no he venido por eso. Me gustaría hablar con vos del banquete.

—¿De la cena de anoche? Unos platos magníficos, ¿no es cierto? —respondió el Duque Ludovico.

—¡Oh, sí, una comida succulenta! —admitió Da Vinci. Hizo una pausa, se aclaró la garganta y continuó—. Pero no es de eso de lo que quería hablar.

—¿De qué, entonces?

—Veréis. La verdad, no sé cómo deciros esto. Hace ya varios años que trabajo a vuestro servicio...

—Y siempre del modo más satisfactorio —le interrumpió Sforza—. Habla sin miedo. Te escucho.

—Está bien. Recordaréis que, cuando me nombrasteis maestro de ceremonias de vuestro palacio, dijisteis que vuestro deseo era que los banquetes de vuestro palacio fuesen comparables a los de los desaparecidos emperadores de Constantinopla o de los califas de Córdoba.



—¿Y no lo son? —preguntó Ludovico extrañado—. ¿No ofrezco las mejores viandas preparadas por los mejores cocineros de Europa, como ocurría en la corte de Abderramán en Córdoba? ¿Acaso mis invitados no disfrutan en la mesa de los ingredientes más exóticos del mundo, como ocurría en la corte de los emperadores de Constantinopla? ¿Es que no se sirven decenas de platos diferentes en cada cena hasta que todo el mundo queda saciado? ¿No traigo a los mejores poetas, cantantes, grupos de bailarinas, para que nos entretengan durante estas celebraciones?

—Sin duda, es así, mi señor —admitió Leonardo—, pero eso no basta para compararse con las mejores mesas de los mejores palacios. Ellos, en Constantinopla o en Córdoba, tenían una cosa de la que carece vuestra mesa.

—¡Dime qué es! —le rogó el Duque—. ¿Dime qué es y ordenaré comprarlo, por costoso que sea! ¿Existe en Milán o habrá que enviar a alguien lejos a adquirirlo?

—Podríamos tenerlo en Milán, mi señor, pero no se puede comprar. Simplemente, se tiene o no se tiene.

—¡Vaya! ¿Y qué es eso que no se puede comprar? —inquirió el Duque con curiosidad.





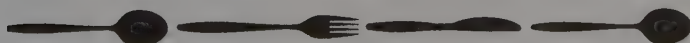
—Modales, mi señor.

—¿Modales? ¿Y eso qué es? —ahora sí que estaba intrigado el Duque.

—Pues, sencillamente, unas normas de educación para que los invitados no se sientan incómodos por alguna conducta que vean en la mesa.

—No acabo de entenderlo...

—Permitidme que le ponga unos cuantos ejemplos —le explicó Leonardo—. Todos son comportamientos que observé ayer mismo durante la cena. De hecho, he ela-



borado una pequeña lista con las conductas que deberían evitarse a la hora de comer.

—Está bien, adelante, muéstrame qué es eso de los modales —le ordenó el Duque.

Leonardo extrajo un rollo de papel que llevaba debajo del brazo. Lo desenrolló y comenzó a leer.

—Veamos, por dónde empiezo... —dijo—. Sí, ¡aquí está! Por ejemplo, que los invitados se sienten en la silla que les corresponde, pero no en la mesa, ni sobre las piernas de otro invitado, ni poniendo las piernas sobre la mesa.

—Ya veo —comentó el Duque Ludovico—. Todos sentados, cada uno en su lugar. Bueno, parece, como mínimo, más cómodo.

—Hay más, señor —continuó Leonardo—. Sobre los platos, los invitados no deberían ponérselos como sombreros para hacer una broma, y que cada uno coja la comida solo de su propio plato.

—¿No se puede coger comida del plato del vecino? —preguntó Ludovico extrañado—. Yo siempre lo hago. Si veo algo que me gusta, simplemente lo tomo.

—Pues no.

—Pues vaya...



—Permítame proseguir —dijo Leonardo consultando la lista—. No se debe sacar la comida de la boca a medio masticar, pero, si no tiene más remedio...

—Déjame adivinar. Seguro que no debo esconder el trozo de comida entre los rizos de la peluca de la mujer que encuentre más cerca. ¡Ya no puede uno ni divertirse en su propia casa!

—No había caído en la cuenta de lo de la peluca...

—Anoche lo hice en dos ocasiones, una en la peluca de la condesa Parinni, y otra en la de mi propia madre —admitió orgulloso Ludovico.

—En realidad, iba a decir que no se deben dejar esos restos de comida ni sobre la mesa, ni mucho menos en el plato del vecino, pero lo de la peluca tampoco está bien —Leonardo parecía pensar que aquello iba resultar muy complicado—. Sobre los cubiertos, en fin, no limpiarlos en el mantel, ni en la propia ropa, ni en la ropa del vecino, ni hacer marcas o escribir con ellos en los muebles.

—En eso tienes razón, querido Leonardo —interrumpió el Duque—. Tengo todos los muebles del comedor llenos de nombres de los invitados que han pasado por allí en



los últimos años. ¡Qué manía con grabar su nombre en todas partes!

—Me alegro de que estéis de acuerdo conmigo —sonrió Leonardo—. Respecto a la comida, no se debe dar un bocado y luego dejar la pieza de carne o fruta otra vez en la fuente, y tampoco en el plato del vecino.

—¡Cuántas normas! Ahora comprendo por qué no tenía modales —suspiró Ludovico.

—El siguiente punto —prosiguió Leonardo—, me resulta especialmente desagradable. Ayer estuve a punto de vomitar del asco que sentí. No se debe escupir en la mesa, ni a otro comensal, ni cortarse las uñas con los cuchillos de comer, ni hurgarse la nariz ni limpiarse las orejas en la mesa.

—¿Y por qué no? Me parece, maestro Leonardo, que eres un poco delicado —se rió Ludovico—. Todos lo hacemos alguna vez, ¿no?

—Le juro, mi señor Ludovico, que yo no lo hago. Anoche, el marqués de Pisa, mi vecino de mesa, se quitó las botas y se cortó las uñas de los pies, negras como mejillones, con el cuchillo. Luego, las recogió con la cuchara y las arrojó a mi plato —el rostro de Leonardo se iba



transformando en una mueca de repugnancia a medida que recordaba la escena.

—Bueno, bueno, le diré al marqués de Pisa que no vuelva a hacerlo.

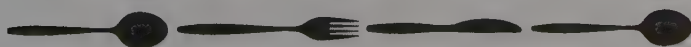
—¡Y los animales! —prosiguió Leonardo—. ¿Cómo es posible que la gente traiga a la mesa pollos, gallinas, serpientes, perros o gatos? Hasta un burro había ayer arrastrando su lengua por la mesa, comiéndose las sobras.



—Es simpático, ¿verdad? —confirmó Ludovico—. Le he comprado ese pollino a mi hijo pequeño. Todavía no sé cómo llamarlo. Quizás Carlos, como mi enemigo, el rey de Francia, ja, ja, ja.

—Ya estoy acabando —Leonardo ignoró el comentario de Ludovico y siguió adelante con su lista—. En fin, no gritar, no cantar, no cuchichear con el vecino, ni dar pellizcos o golpes a los comensales o los pajes que sirven la mesa. ¡Ah, y no prender fuego al compañero de mesa!

—Hay que reconocer que ayer se nos fue la mano con el embajador de Pisa —admitió el Duque—. Esta mañana



le he enviado a mis médicos para que le traten las quemaduras.

—Quizás hubiera sido más práctico no incendiar su traje con velas —comentó casi de pasada Leonardo—. Y por último...

—Tú dirás... —Ludovico empezaba a estar aburrido con tanta norma.

—He ideado un remedio para que los invitados no se limpien las manchas de grasa o salsa con el mantel o en la ropa propia o la del vecino —mientras hablaba, Leonardo desplegó una pequeña pieza de tela que llevaba en la mano y se la mostró al Duque—. Lo he llamado *servilleta*. Colocaremos un paño como este delante de cada comensal y podrá limpiarse las manos de forma discreta y elegante. ¿Qué le parece?

—Si tú lo dices... Ordenaré que lo hagan en la cena de esta noche. Ya que te nombré maestro de cámara, ahora tendré que aguantarme con tus normas. Leeré tu lista de “modales” —Lorenzo recalcó la palabra al pronunciarla— y pondremos una de esas... *servilletas* delante de cada invitado. Veremos si funciona.



Aquella noche, antes de comenzar el banquete, el Duque Ludovico Sforza ordenó que uno de sus pajes leyera la lista de comportamientos indecorosos que, a partir de ese mismo día, quedarían prohibidos en su mesa. La lectura no tuvo demasiado éxito. El griterío de los más de cuarenta invitados, los rebuznos del burro Carlos, los ladridos de los perros y los maullidos de los gatos impidieron que se escuchara prácticamente nada. Tampoco ayudó el trozo de pan mojado en vino que alguien arrojó a la cara del paje, ni que un gracioso le arrancara el papel de las manos y se lo diera a comer a su cabra, también presente en el banquete.

Dando esa batalla por perdida, Leonardo observaba con curiosidad cómo reaccionaban los invitados ante sus *servilletas*. Unos las colocaron en los bancos y se sentaron sobre ellas; otros, se sonaron la nariz y las arrojaron al suelo o al plato del vecino; más de uno la utilizó para envolver la comida que se llevaría a su casa. Dos se las pusieron en la cabeza haciendo unos nudos en las puntas.

Desanimado, Leonardo se levantó de la mesa y se dispuso a abandonar la sala.

—¿Nos dejas ya, maestro Leonardo? —preguntó apenado Ludovico.



—Se me ha quitado el hambre de repente, mi señor. Además, estoy trabajando en un proyecto muy interesante, y acabo de tener una idea.

—¿Y se puede saber de qué se trata? ¡Comparte tus ideas con mis invitados! —dijo alzando la voz para que todos se enterasen.

—Es un artilugio para volar. Estoy construyendo un armazón con una forma similar a la de los pájaros. Cuando lo tenga acabado, buscaré un voluntario que esté dispuesto a saltar con él desde una torre.

—¿Volar como un pájaro? Hummm, no sé —Ludovico chascó la lengua mientras se hurgaba las muelas con el cuchillo intentando extraer un trozo de carne que se le había quedado atrapado. Por fin, consiguió sacarlo—. ¡Aquí está! Decía, maestro Leonardo, que me parece muy complicado que un hombre pueda volar.

—Pues yo creo, mi señor, que antes aprenderemos a volar como pájaros que a comer como seres humanos.



LEONARDO DA VINCI

Leonardo da Vinci (Vinci, 1452 – Amboise, 1519) fue un pintor, escultor, arquitecto, científico, ingeniero, inventor, botánico, etc., es decir, un auténtico ejemplo de polimatía (de una palabra griega que significa “conocer muchos caminos”).

Tras formarse en el taller del pintor Verrocchio, vivió durante ciertas épocas de su vida en diferentes ciudades italianas, donde trabajó al servicio de los grandes mecenas de su tiempo, como el duque Ludovico Sforza de Milán y el Papa León X en Roma. Sus últimos años transcurrieron en Francia, donde fue acogido por el rey Francisco I.

Leonardo es el modelo de hombre del Renacimiento, capaz de ocuparse de muchos campos diferentes del saber y hacer grandes aportaciones en muchos de ellos. Quizás su faceta más conocida sea la de pintor, con obras como *La última cena* o *La Gioconda*, pero también nos ha dejado numerosas obras científicas sobre anatomía, medicina, ingeniería, óptica, botánica, zoología, matemáticas o química, y fue también un incansable inventor, adelantándose en varios siglos a ideas que con el tiempo se harían realidad, como el avión, el helicóptero o el submarino.

Fue también un apasionado de la gastronomía, y se ocupó tanto de elaborar nuevas recetas como de proponer unas normas de comportamiento adecuadas a la hora de comer.



GALILEO GALILEI

EL GRANIZO

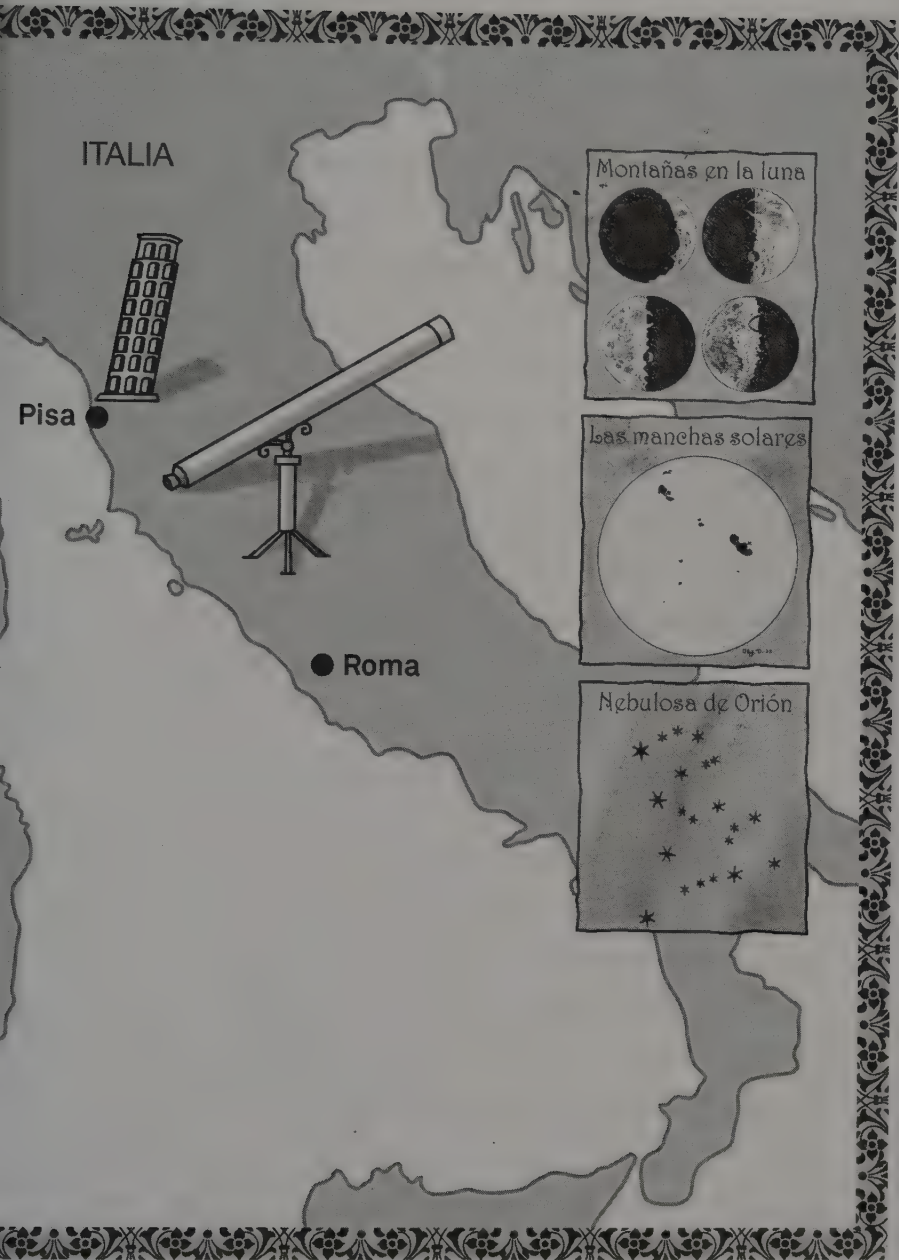
La mayoría de los genios científicos han tenido que desafiar alguna creencia que se consideraba probada en su época, y en ocasiones tuvieron que soportar incluso las críticas y el desprecio de otros estudiosos que se resistían a aceptar que sus ideas pudiesen estar equivocadas. Esto es lo que le ocurrió a uno de los padres de la ciencia moderna: Galileo Galilei.

1590: Galileo publica *De Motu*, donde expone sus conclusiones sobre la caída de los cuerpos.

1610: Galileo presenta su nuevo invento: el telescopio. Descubre, entre otras cosas, los anillos de Saturno.

1610: Publica su obra *Sidereus Nuncius*, donde explica sus observaciones astronómicas.

1633: Presionado por la Inquisición, Galileo se ve obligado a abjurar de sus ideas.

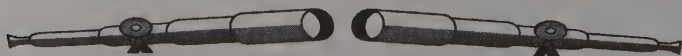


Pisa, 1590

GALILEO GALILEI MIRÓ AL CIELO y meneó la cabeza con gesto de contrariedad. Estaba negro como el fondo de un pozo, cubierto por unas nubes que amenazaban con descargar en cualquier momento. Se subió el cuello de la capa que cubría su cuerpo y apretó el paso. Tenía que llegar al edificio de la Universidad antes de que comenzase a llover; de lo contrario, se calaría hasta los huesos.

Llevaba unos pocos meses trabajando en la cátedra de Matemáticas de la Universidad de Pisa. Sonaba bien, pero, en realidad, era un trabajo por el que cobraba una miseria. Unos años atrás, Galileo había estudiado Medicina en esa misma Universidad, pero no había acabado sus estudios.

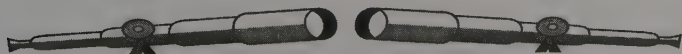
Durante su época de estudiante, Galileo había discutido a menudo con sus profesores, en especial con Girolamo Borro, un hombre arrogante pero al que se consideraba un gran sabio en el ambiente universitario. Las teorías de Borro eran bastante sencillas: se limitaba a repetir como un loro las doctrinas de su admirado Aristóteles sin plantearse siquiera que pudiera estar equivocado. Así había sido siempre, y así debería seguir siendo, decía.



El problema no era Aristóteles. Galileo sabía de sobra que aquel gran filósofo, discípulo de Platón y maestro de Alejandro Magno, había sido uno de los mayores genios de la humanidad y, sin duda, uno de los más sabios. Pero eso no significaba que siempre tuviera razón. El problema es que durante toda la Edad Media los estudiosos de cualquier campo de la ciencia habían aceptado sin rechistar las teorías aristotélicas, tanto las correctas como las que quizás fuesen erróneas.

Pero Galileo era un hombre muy observador, y sabía que Aristóteles no siempre había estado en lo cierto. Recordaba, por ejemplo, su afirmación de que la parte izquierda y derecha del cuerpo tenían temperaturas diferentes, o la de que los humanos eran los únicos seres con músculos en las piernas. Así pues, si pese a ser sabio podía equivocarse, ¿por qué repetir sus afirmaciones sin comprobarlas?

Mientras se acercaba a la Universidad mirando el cielo de reojo, Galileo recordó que una de las principales discusiones que había tenido con Borro había sido acerca de la velocidad a la que caían los cuerpos. Como no podía ser de otra manera, Borro afirmaba lo que en su día había dicho

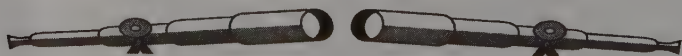


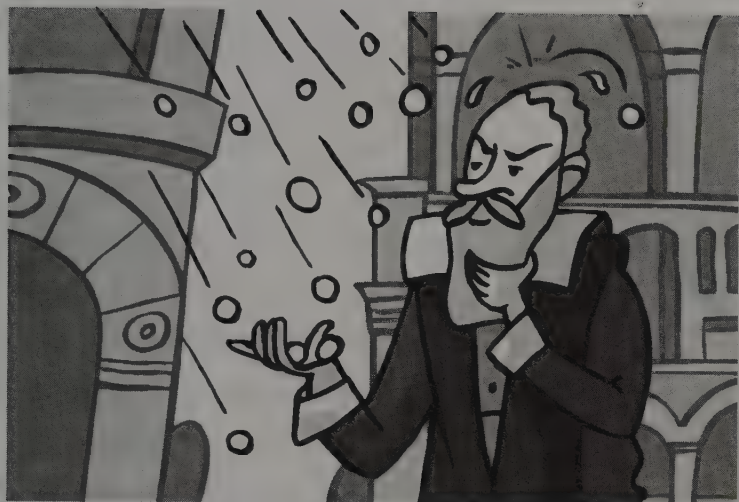
Aristóteles al respecto: los cuerpos caían a una velocidad proporcional a su peso, es decir, un cuerpo de dos kilos cayendo en vertical llegaría al suelo en la mitad de tiempo que otro cuerpo de un kilo. Aquello le había parecido una insensatez a Galileo, y su carcajada en clase le había valido una amonestación por parte del rector de la Universidad.

Galileo sintió un pequeño impacto en la cabeza. Aquello no era lluvia, era granizo. Otro impacto, y otro, y otro. Antes de que pudiera ponerse a cubierto, el cielo de Pisa se desplomó sobre él. Las primeras bolas de granizo eran pequeñas, pero a continuación empezaron a caer otras de mayor tamaño. Galileo se cubrió con la capa y corrió hacia un soportal cercano. A su alrededor, el granizo parecía perseguirlo.

De repente, algo hizo que dejase de correr. Ya no le importaba mojarse, ni recibir los impactos del granizo. Alzó la cabeza, sacó una mano de la capa y la puso con la palma hacia arriba. Dos bolas de hielo aterrizaron entre sus dedos. Cerró el puño, sonrió y se dio media vuelta. Decidió que no iría a dar clase. Haría una visita a Girolamo Borro.

Sabía dónde encontrarlo. Dirigió sus pasos hacia la facultad de Medicina, donde Borro impartía la asignatura



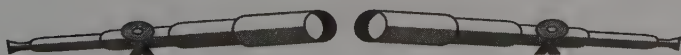


de Filosofía Aristotélica, y entró en su aula. Allí estaba Borro, parlotando ante un rebaño de atentos estudiantes. Galileo se quedó de pie junto a la puerta, respiró profundamente y se preparó para el enfrentamiento.

—Profesor Borro —dijo en un tono suficientemente alto como para que no le quedase más remedio que interrumpir la clase—, ¿se ha fijado en que está granizando?

Girolamo Borro se mostró sorprendido por la interrupción. Miró a Galileo y luego miró por la ventana.

—Efectivamente, está granizando —respondió sonriendo—. Su cara me suena. ¿Fue usted alumno mío? ¡Ah, ya



recuerdo! El insolente Galileo Galilei. ¿A qué se debe esta inesperada visita?

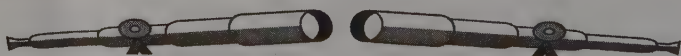
—¡Todas las bolas de granizo caen a la misma velocidad, sin importar su tamaño! —dijo Galileo mostrando las dos bolas que aún guardaba en su puño—. Usted, como casi siempre, y Aristóteles, al menos en esta cuestión, están equivocados.

—Veo que no solo es usted insolente, sino también terco como una mula vieja —contestó Borro—. No me extraña que no acabase sus estudios de Medicina. Lo que usted ha visto es que todas las bolas de granizo han llegado al suelo a la vez, pero las más grandes caen desde una mayor altura. Por eso, aunque caen más rápido, llegan al mismo tiempo.



En la sala se produjo un murmullo de aprobación. Los estudiantes conocían las tesis de Aristóteles y daban por buena esa explicación. Ahora miraban curiosos a Galileo, para ver qué contestaba ante aquella afirmación que a ellos les parecía definitiva.

—Entonces, Profesor Borro —Galileo volvió a la carga—, según afirma usted,



si lanzásemos dos balas de cañón, una de un kilo y otra de dos kilos, desde lo alto de la torre inclinada de nuestra ciudad, la más pesada tardaría la mitad de tiempo que la otra en llegar al suelo.

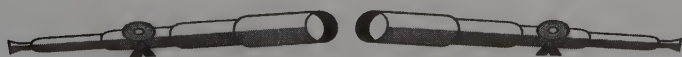
—Eso es tan cierto como que es de día y está granizando —confirmó Borro.

—¡Bien! ¡Hagámoslo, entonces! —le desafió Galileo—. Le espero mañana a mediodía al pie de la torre inclinada. Lanzaré esas dos balas de cañón y llegarán al suelo al mismo tiempo, y tendrá que reconocer que usted y Aristóteles están equivocados.

Antes de que Borro pudiera contestar, Galileo ya había abierto la puerta y se disponía a salir. Se detuvo por un instante, giró la vista atrás y dijo en voz alta:

—Por supuesto, todos los estudiantes serán bienvenidos. Hasta mañana.

La noticia del desafío entre Galileo y Borro corrió como un reguero de pólvora por la ciudad. Borro no había tenido tiempo de responder, pero no le quedaba más remedio que acudir. Al fin y al cabo, estaba tan seguro de tener razón que lo único que presenciaria sería la derrota del presuntuoso Galileo. Una hora antes del mediodía, la



explanada de la catedral ya estaba llena de curiosos, sobre todo alumnos de Borro y Galileo. Junto a la catedral se alzaba su campanario, una torre inclinada de casi sesenta metros de altura que producía admiración a cuantos la contemplaban.

A falta de media hora, apareció Galileo acompañado por varios de sus estudiantes. Llevaban unas cajas de madera con varias balas de cañón cada una. Galileo había querido asegurarse de traer varias piezas, por si se equivocaba en el momento del lanzamiento. Los estudiantes comenzaron a ascender los 294 escalones que conducían hasta lo alto de la torre. Mientras tanto, Galileo se dirigió a la multitud:

—Ha llegado el momento de aceptar que nunca deberemos dar por cierto una afirmación sin pasar la prueba definitiva de la demostración empírica. Durante muchos siglos se ha admitido que los cuerpos de diferentes pesos caen a diferente velocidad, tal como afirmó Aristóteles. Hoy veremos que no es cierto. Lanzaré dos balas de diferente peso y llegarán al suelo exactamente al mismo tiempo.

Entre los asistentes hubo diferentes reacciones. Los alumnos de Borro rodeaban a su profesor y mostraban un abierto desprecio ante esas palabras. También había



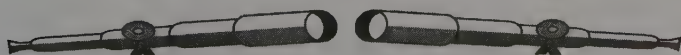
algunos estudiantes de Galileo, que esperaban que su maestro estuviese en lo cierto, y luego había una gran mayoría que había venido a presenciar el espectáculo y a la que poco le importaba quién tuviera razón.

Galileo subió las escaleras, llegó a lo alto de la torre y comenzó los preparativos. Exactamente a mediodía, dos alumnos de Galileo se asomaron por la barandilla. Uno sostenía una bala de cañón de un kilo; el otro, de dos kilos.

A la señal de su maestro, los estudiantes dejaron caer las balas. Todo el mundo siguió la trayectoria de los dos objetos en su caída y, por un instante, el tiempo pareció detenerse. Tras unos pocos segundos, las dos balas impactaron en el suelo casi al mismo tiempo.

Entre el público surgió un murmullo de sorpresa. ¿Qué había ocurrido? Algo era seguro: se habían oído dos impactos, muy seguidos, pero no simultáneos. ¿Qué significaba aquello? ¿Tenía razón Borro? ¿O Galileo?

—¿Lo han visto? —exclamó Galileo desde lo alto de la torre—. La bola más ligera no ha tardado el doble de tiempo en llegar al suelo. ¡Reconózcalo, Profesor Borro! Yo tenía razón, y usted y Aristóteles estaban equivocados.





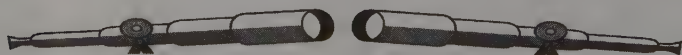
—¡De ninguna manera! —respondió Girolamo Borro desde la base de la torre mientras cogía una de las balas entre sus manos—: ¡No han llegado al suelo a la vez!

¡Reconozca usted que está equivocado!

Ahora sabemos que Galileo tenía razón y que todos los cuerpos son atraídos por la gravedad a la misma velocidad. Pero Galileo no contó con la resistencia del aire. Para demostrar con absoluta certeza su afirmación, Galileo debería haber lanzado las balas en el vacío, donde no hay resistencia que frene los objetos.

Aunque, basándose en cálculos teóricos, la ciencia acabó aceptando que Galileo tenía razón, tuvieron que pasar 381 años para comprobarlo mediante un experimento práctico, tal como había sido el deseo del gran sabio. El 30 de julio de 1971, el astronauta David R. Scott, miembro de la tripulación del Apolo XV, dejó caer un martillo y una pluma de ave sobre la superficie lunar. Al no haber en la Luna resistencia al aire, los dos objetos tocaron el suelo al mismo tiempo.

—Galileo tenía razón —concluyó Scott.



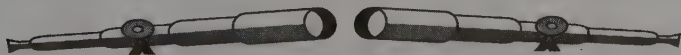
GALILEO GALILEI

Albert Einstein dijo una vez que Galileo Galilei (1564, Pisa–1642, Arcetri) era el padre de la Física moderna, pero fue más que eso. Típico sabio del Renacimiento, sus logros se encuentran en diferentes campos, pues, además de físico, fue astrónomo, ingeniero, matemático, filósofo e inventor.

Una de sus principales aportaciones consistió en desafiar las creencias medievales según las cuales la ciencia se sometía, sin discusión, a la Biblia y a las doctrinas de los grandes filósofos de la Antigüedad, en especial Aristóteles. Pero Galileo demostró que la verdadera ciencia residía en la observación, la recogida de datos y el análisis de los mismos, lo que debería conducir a la formulación de hipótesis, tal como funciona la ciencia actual.

Creativo, inconformista y rebelde, sus descubrimientos y su carácter le provocaron numerosos enfrentamientos a lo largo de su vida. El más importante fue con la Inquisición, que le obligó a abjurar de sus ideas a cambio de perdonarle una pena de cárcel de por vida.

Su invención del telescopio abrió un nuevo campo en los estudios astronómicos. Descubrió la naturaleza de la Vía Láctea, estableció que algunas luces que parecían estrellas eran en realidad, grupos de estrellas, observó por primera vez los anillos de Saturno y descubrió tres satélites alrededor de Júpiter.



WILLIAM SHAKESPEARE

LA VISITA

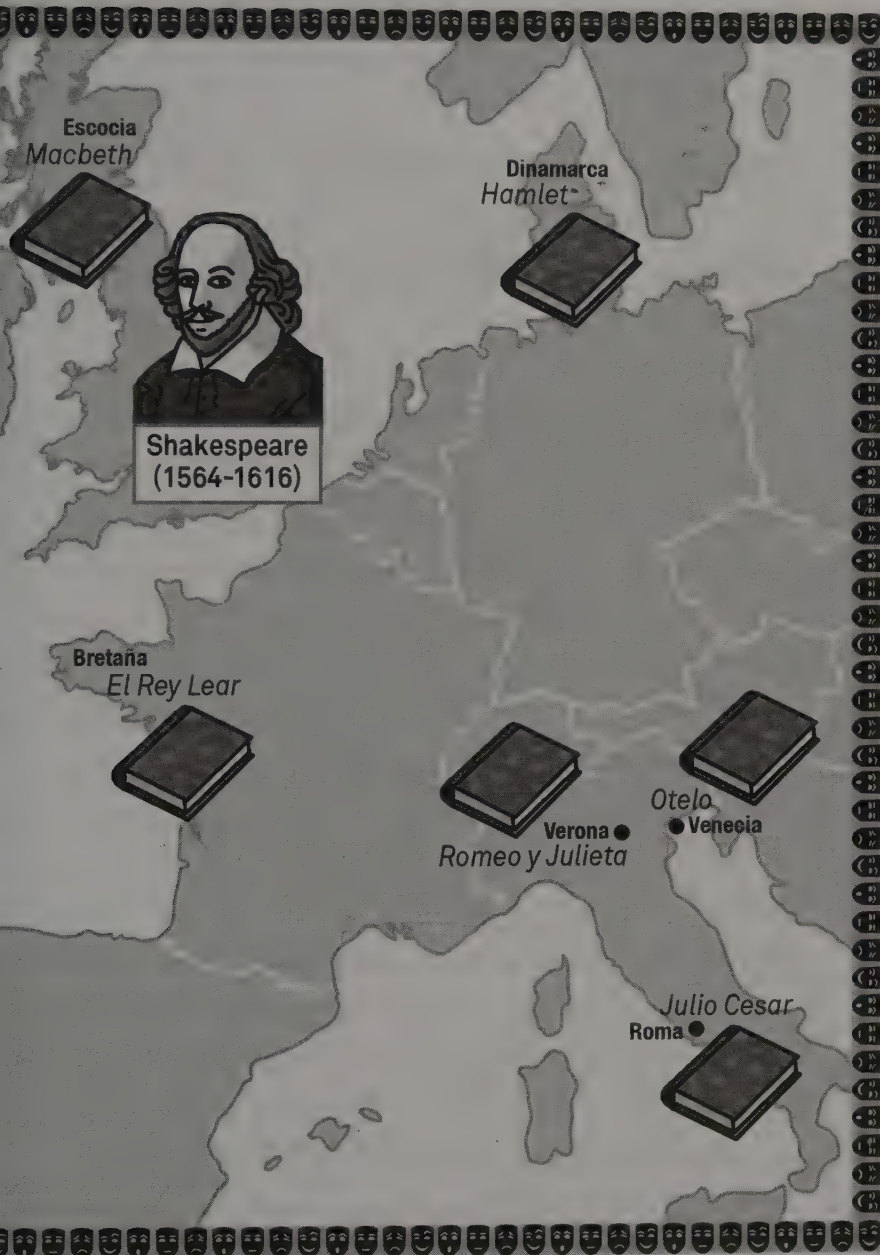
Con William Shakespeare se alcanza posiblemente una de las cimas de la creación literaria de cualquier época. Nadie antes de Shakespeare, ni nadie después de él ha creado tantos personajes diferentes que se hayan convertido en símbolos universales, unos personajes que siguen pareciendo cercanos y perfectamente humanos a los lectores de hoy en día. Tan cercanos que, a veces, parecen reales...

1564: William Shakespeare nace en
Stratford-upon-Avon, Inglaterra.

1585-1590: Los "años oscuros" en los que nada se
sabe acerca de la actividad de Shakespeare.

1592-1611: Desarrolla su carrera como
actor y dramaturgo en Londres.
Regreso a su ciudad natal.

1616: Shakespeare muere en
Stratford-upon-Avon.



Escocia
Macbeth

Dinamarca
Hamlet

Shakespeare
(1564-1616)

Bretaña
El Rey Lear

Verona ●
Romeo y Julieta

Otelo ●
Venecia

Julio Cesar
Roma ●

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Stratford-upon-Avon, 23 de abril de 1616

LA LUZ DE LA LUNA QUE SE COLABA entre las nubes era la única ayuda con la que contaba William Shakespeare para poder ver el camino que conducía a su casa y no golpearse con los cercados de los campos que flanqueaban la senda de tierra. Se le había hecho más tarde de lo habitual, pero había pasado una buena tarde con sus amigos, los también escritores Ben Johnson y Michael Drayton. Como siempre, habían acabado hablando de teatro, por el que los tres sentían una gran pasión. Y también como siempre, quizás habían bebido alguna cerveza de más.

Shakespeare se sentía un poco mareado. Caminaba con paso inseguro y tropezó un par de veces. El trayecto desde la cantina hasta su hogar se le hizo eterno, pero, por fin, llegó a su puerta. Introdujo la enorme llave de hierro en el ojo de la cerradura y la giró hasta que se abrió. Apoyándose en el marco, pasó al interior. Cerró tras de sí y, a oscuras, tanteando las paredes, entró en el comedor.

De repente, sintió un escalofrío, una sensación extraña. Se quedó quieto, en silencio. Nada.

—Demasiada cerveza, William —se dijo a sí mismo—. Ya estás mayor para estas cosas.



Tanteando con las manos encima de la mesa, localizó una pequeña lámpara con una vela a medio consumir. Acercó una varita de madera a las brasas que todavía calentaban la chimenea y la prendió fuego. Cuando se acercó a la vela para encenderla, vio por el rabillo del ojo unas sombras dentro de la habitación.

—Apaguemos la luz y después apaguemos su resplandor
—ordenó una voz gélida, pero poderosa.

Shakespeare se quedó paralizado. Por la ventana entraba un poco de luz procedente de la luna, y con el paso de los segundos, sus ojos comenzaban a acostumbrarse a la oscuridad. Sin moverse, obedeció la orden y sopló la varita para apagar el fuego.

—William Shakespeare...

—Soy yo —contestó intentando que no se notase el miedo que sentía.

—Lo sabemos —una de las sombras dio un paso hacia él. Era un hombre enorme, de piel oscura. Algo brillaba en su oreja, quizás un pendiente, y parecía llevar turbante y una capa amplia. Una vestimenta bastante extraña para Inglaterra.

—¿Y vos sois? —preguntó Shakespeare intimidado ante aquella presencia inesperada.



—¿No me reconocéis?

—No, la verdad. ¿Debería conoceros?

—Vos me habéis creado —respondió el hombre de piel oscura, y dio otro paso al frente. Ahora estaba apenas a medio metro de Shakespeare, mirándole fijamente a los ojos—. Sí, creo que deberíais conocerme.

Shakespeare lo miró de arriba abajo y, con una mezcla de miedo y sorpresa, vio por primera vez la mancha roja, parecida a las que deja la sangre, que tenía en el pecho. Luego lo miró a los ojos con cara de incredulidad.

—¡No puede ser! ¿Otelo? —dijo Shakespeare—. ¡Es imposible! ¡Vos no existís! ¡Solo sois fruto de mi imaginación!

—Al principio fue así, en efecto —le confirmó Otelo—. Pero vos creasteis un personaje tan perfecto que me he convertido en un ser inmortal.

—¡Eso es absurdo! —protestó Shakespeare— Sin duda, estoy sufriendo una alucinación. He bebido demasiado. Eso es todo.

—No, no es todo —otra figura surgió de entre las sombras y se situó junto al hombre de tez oscura—. Otelo no es el único, y esto no es una alucinación. Hemos venido a por vos, maestro Shakespeare.





—¿Sois, sois... —Shakespeare observaba a esta segunda figura, un hombre joven, con unas marcas secas en los labios, como las que deja el veneno cuando se bebe, y no daba crédito a lo que veían sus ojos— sois...?

—*Ser, o no ser, he ahí el problema* —contestó—. Soy Hamlet, príncipe de Dinamarca, a quien creasteis lleno de dudas, unas dudas que provocaron la muerte de muchas personas, algunas culpables de horribles crímenes, pero otras inocentes, como mi amada Ofelia.



—¡Pero eso no es más que una tragedia, una obra de teatro! —se defendió Shakespeare—. ¡No ocurrió en realidad!

—¡Sí que ocurrió! —bramó Otelo—. Y ocurre de nuevo cada vez que se representa. Y ocurrirá para siempre, porque nos habéis creado como personajes para la eternidad. Dentro de varios siglos, las dudas de Hamlet seguirán provocando la muerte de Ofelia, ¡igual que mis celos me harán asesinar con mis propias manos a mi amada Desdémona!



El gigante de piel oscura lanzó un grito en el que se mezclaba la rabia y el dolor. Los celos provocados por el malvado Yago, su hombre de confianza que había resultado un traidor, le habían llevado a matar al amor de su vida. Shakespeare pudo sentir en aquel llanto todo el sufrimiento que él había imaginado para aquel personaje.

—Lo siento... —acertó a balbucear—, yo no sabía...

—¿Lo sentís? ¿No sabíais? —preguntó otra voz oculta en la penumbra de la habitación. Era una muchacha,



hermosa, vestida con un traje blanco que no sé sabía si era una mortaja o un vestido de novia. Su tez era pálida como el mármol y, al igual que Otelo, también tenía una mancha de sangre en el pecho—. Es demasiado tarde para sentirlo. Ahora ya no tiene remedio.

—¿Julieta? —Shakespeare iba de sorpresa en sorpresa—. ¿Vos también aquí?

La muchacha se acercó hasta Shakespeare y le rozó la cara con la yema de los dedos. Estaba fría como la nieve. Un estremecimiento atravesó a Shakespeare de la cabeza a los pies.

—¿Por qué lo hicisteis? —preguntó Julieta con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué?

—No, no, no comprendo —se disculpó Shakespeare—. ¿Qué hice?

—Hicisteis que conociera el amor de Romeo —contestó Julieta—, me mostrasteis la felicidad absoluta, y luego me la arrebatasteis. ¡Hicisteis que nuestras familias, los Capuleto y los Montesco, fuesen enemigas irreconciliables, y de ese modo nuestro amor se convirtió en imposible! *¡Oh, Romeo, Romeo! Solo tu nombre es mi enemigo.*



—¡Y acabamos muertos los dos, trayendo la desgracia sobre nuestras familias! —otra voz masculina se unió al grupo. Shakespeare no se molestó en buscar la mancha de sangre. No había ninguna. A estas alturas, sabía que este había muerto envenenado.

—Romeo —le saludó con una leve inclinación de cabeza. Comenzaba a aceptar que aquello no era producto de su imaginación, ni fruto de una cerveza, de dos, o de más.

—Hubiera preferido que jamás nos crease —dijo Romeo—. Ahora sufrimos eternamente por un amor que es imposible, y seguiremos muriendo delante de los espectadores durante cientos de años. ¡Oh, Julieta! *Pues que así lo temo, permaneceré contigo y jamás abandonaré este palacio de la noche sombría.*

Shakespeare se sentía cada vez más agobiado. Aquello era una pesadilla. Todos sus personajes le culpaban de sus sufrimientos y él no sabía qué contestar.

—Pero, ¿qué queréis de mí? —gritó angustiado—. ¿Qué queréis? ¡Yo no puedo hacer nada!

—*Esta noche damos un solemne banquete, señor, y reclamamos vuestra presencia* —otra sombra surgió de la oscuridad. Era un hombre maduro, con capa y coraza, y llevaba su



cabeza cortada debajo del brazo—. Maestro Shakespeare, hemos venido a llevarle con nosotros.

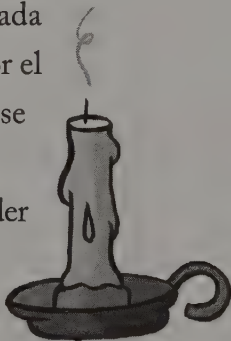
—¿Macbeth? ¿Sois vos? —dijo Shakespeare mirando horrorizado a la cabeza que le hablaba separada de su cuello.

—¡Yo era un caballero fiel a mi rey y vivía feliz así! —le espetó la cabeza parlante—. Pero la insistencia de mi esposa y mi propia ambición acabaron convirtiéndome en un criminal. ¡Me creasteis maldito! Ahora, cuando se habla de ambición desmedida, siempre se pone como ejemplo mi nombre.

—Queremos venganza —una silueta oscura y encorvada graznó con voz desagradable. Era un anciano, enjuto, con manos nudosas, nariz afilada y una mirada que destilaba odio—, queremos que pague por el daño que nos ha hecho, y queremos que no se lo haga a más personajes.

—Imagino que vos seréis Shylock, el mercader de Venecia —adivinó Shakespeare—, pero a vos no os hice morir.

—¿Eso creéis, maestro Shakespeare? —respondió Shylock—. ¡Todo el mundo me odia! ¡Por vuestra culpa! ¿Cómo se os ocurrió que pidiera un corazón de un hombre como pago por un préstamo?



¿Qué pensabais? *Que si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos cosquilleáis, ¿no nos reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos? Y si nos ultrajáis, ¿no nos vengaremos?*

Y, mientras Shylock recitaba esos versos de *El Mercader de Venecia*, todas las sombras fueron acercándose cada vez más a Shakespeare, extendieron sus manos hacia él mientras se desplomaba cubriéndose el rostro para no ver a aquellos seres sedientos de venganza.

A la mañana siguiente, encontraron el cadáver de William Shakespeare en el suelo de su salón. Tenía los ojos muy abiertos y una mueca de horror en el rostro. Con su mano derecha, rígida como el hierro, sostenía un papel arrugado en el que se podía leer la primera línea de un mensaje: *Este será el epitafio de mi tumba...*

Unos días después, William Shakespeare fue enterrado en la iglesia de Stratford-upon-Avon. En su lápida se puede leer: *Buen amigo, por Jesús, abstente de cavar el polvo aquí encerrado. Bendito sea el hombre que respete estas piedras, y maldito el que remueva mis huesos.*

Cuenta la leyenda que dentro de la tumba se encuentran las obras que Shakespeare dejó inacabadas. Quizás en ellas reposen algunos personajes desconocidos que no tendrán que soportar un sufrimiento eterno.



WILLIAM SHAKESPEARE

Nacido en 1564 en Stratford-upon-Avon, Inglaterra, William Shakespeare vivió una infancia y juventud en la que no destacó especialmente y de la que se sabe muy poco.

En 1590 comenzó su aventura teatral en Londres, donde pronto adquirió fama trabajando en *The King's Men*, la compañía que representaba sus obras en los teatros The Globe y Blackfriars. En realidad, antes de darse a conocer como autor, Shakespeare ya era famoso como actor.

Pero lo que hace de William Shakespeare uno de los mayores genios de la literatura de todos los tiempos es su faceta como autor de comedias y tragedias, casi todas ellas escritas entre 1595 y 1612. Entre las comedias, destacan *Mucho ruido y pocas nueces*, *La tempestad*, *El mercader de Venecia* y, sobre todo, *El sueño de una noche de verano*, obra favorita de las representaciones escolares en todo el mundo de habla inglesa. Entre las tragedias, las más famosas son *Julio César*, *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, *Otelo*, *El Rey Lear*, *Ricardo III* o *Macbeth*.

Shakespeare era un maestro retratando el carácter de los seres humanos, y muchos de los personajes de sus obras se han convertido en símbolos universales de pasiones o debilidades concretas, como el amor de Romeo y Julieta, la duda de Hamlet, la ambición de Macbeth, la maldad y avaricia de Shylock o los celos de Otelo.



ISAAC NEWTON

EL MANZANAZO

La típica imagen del genio que no se entera de nada de lo que ocurre a su alrededor no siempre es un simple recurso humorístico. En algunos casos es muy real, como ocurría con Isaac Newton, al que solo le interesaban las cosas relacionadas con sus estudios.

- 1665-66: Newton establece los principios del cálculo diferencial e integral.
- 1685: Ley de la Gravitación Universal.
- 1687: Publica los *Principia*, la obra científica más importante de la Historia.
- 1704: Publica *Opticks*, su tratado sobre Óptica.
- 1703: Es nombrado presidente de la Royal Society.



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Woolsthorpe, 1665

AUNQUE TODOS LOS HABITANTES de la ciudad de Cambridge habían aguantado el frío y húmedo invierno inglés con la esperanza puesta en la primavera, apenas habían aparecido las primeras flores cuando se anunció la terrible noticia: había peste en la ciudad. En pocos días, todos los que podían permitírselo, abandonaron Cambridge huyendo de la enfermedad. Aquella huida se dejó sentir sobre todo entre los estudiantes de la Universidad: abandonaron las clases, dejaron sus habitaciones de alquiler y regresaron a sus hogares repartidos por toda Inglaterra, buscando un lugar seguro donde quedarse hasta que pasara lo peor.

Entre los que regresaron a su hogar en aquellos días se encontraba Isaac Newton, un joven de poco más de veinte años que estudiaba en el Trinity College. En realidad, iba muy poco a clase. Se pasaba el día en la biblioteca estudiando Física, Matemáticas, Filosofía, Teología, Astronomía y cualquier otra cosa que llamase su atención. Le fastidiaba regresar a su hogar en Woolsthorpe, no porque no quisiera ver a su madre, sino porque allí no podría disfrutar de las maravillosas bibliotecas de Cambridge.



Además, seguro que su madre intentaría que trabajase en las tierras familiares.

—¡Qué contenta estoy de que hayas regresado, Isaac! —le dijo su madre la primera noche que pasó de nuevo en casa—. Ahora podrás ayudarnos aquí. ¡Hay mucho trabajo por hacer, y toda ayuda es poca!

Isaac sonrió a su madre. No era cuestión de hacerla enfadar el primer día, pero no le apetecía nada dedicarse a las labores del campo. Tenía otras cosas en la cabeza. Sobre todo, una: desde hacía unos meses, Isaac se preguntaba por qué unas cosas se mueven y por qué otras no, y cuáles serían las leyes que regían los movimientos de los objetos.

Pero esos pensamientos tendrían que esperar. Al día siguiente, la madre de Isaac lo despertó antes del amanecer.

—Isaac, ayuda a James, nuestro pastor, a llevar las ovejas a pastar.

Obediente, Isaac se levantó y se marchó con James a pastorear las ovejas. Caminaron un buen rato por los senderos del condado hasta que llegaron a un enorme prado. Allí se detuvieron y James le explicó a Isaac lo que iban a hacer.

—Como el rebaño es muy grande —le dijo—, nos dividiremos. Yo marcharé una milla más al sur. Tú quédate aquí con la mitad del rebaño, y ten cuidado de que nuestras ovejas no invadan los campos del señor Flamsteen, que están al otro lado de esa valla.

—Tranquilo —le respondió Isaac—. Ya me ocupé muchas veces de las ovejas cuando era niño.

James se alejó con su parte del rebaño y allí se quedó Isaac solo. Se sentó sobre una piedra, sacó un cuaderno que había metido en su alforja y comenzó a resolver unos problemas matemáticos que había anotado en una de sus hojas.

No sabría decir cuánto tiempo había pasado cuando escuchó unos gritos. A lo lejos, un hombre se lamentaba mientras intentaba ahuyentar a varias ovejas que se habían colado en sus pastos. Isaac deseó que la tierra le tragara cuando vio además que sus ovejas habían roto la cerca que separaba sus campos de los del señor Flamsteen.

—He tenido que pagar una multa y todos los gastos de reparación de la valla del señor Flamsteen. En total, tres chelines y cuatro peniques —la voz de su madre no transmitía precisamente alegría. Miraba fijamente a Isaac esperando, al menos, una muestra de arrepentimiento.



—Lo siento, madre, me distraje con las matemáticas —se disculpó—. No volverá a pasar.

—¡Por supuesto que no volverá a pasar! —confirmó la señora Newton—. No permitiré que lleves el rebaño nunca más. Mañana irás al pueblo con dos sirvientes. Es día de mercado.

A la mañana siguiente, tal como le había ordenado su madre, Isaac marchó a caballo con dos criados hasta el mercado que se celebraba en un pueblo vecino. Comprar verdura y vender pollos no eran actividades que le interesasen mucho a Isaac, así que les pidió a los dos criados que se encargaran ellos de todo mientras él, sentado junto a una fuente, leía un libro sobre las órbitas de los planetas.

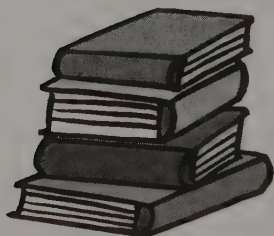


—Cuando terminéis, marchaos a casa —les dijo—. Yo iré por mi lado.

El plan era sencillo. Quedarse allí leyendo un par de horas, y partir hacia su casa antes que los criados. Cuando llegase, le diría a su madre que los criados llegarían poco después con las provisiones y su madre no sospecharía que no había colaborado en nada.

Cuando Isaac calculó que era el momento de regresar, estaba a medias de un capítulo muy interesante, así que decidió que, en lugar de montar en su caballo *Spirit*, iría caminando, con las riendas del caballo en una mano y el libro en la otra. Tardaría más en llegar, pero podría leer por el camino.

Por fin, llegó a casa. Apenas le quedaban tres páginas para terminar el libro. Sin duda, el paseo le había cundido enormemente. Satisfecho, se dirigió a la cuadra para encerrar al caballo.



—¿Dónde está *Spirit*? —le preguntó su madre, que en ese momento se asomó por una ventana.

—Pues aquí, madre, ¿donde va a estar? —respondió Isaac agitando la rienda que llevaba en la mano derecha.

Entonces, sintió algo extraño. Se dio cuenta de que la rienda no pesaba nada y que no ofrecía resistencia a los movimientos de su mano. Aterrado, miró hacia atrás y confirmó sus temores. ¡*Spirit* había desaparecido! Isaac no sabía qué decir. Miró a su madre y vio como esta meneaba la cabeza, no pudiendo creer que su hijo fuese tan despistado.



—Hijo mío, si, tal como decían tus profesores en las cartas que me enviaban, tú eras uno de los estudiantes más brillantes de Cambridge —dijo la señora Newton poniendo los ojos en blanco—, no quiero ni imaginar cómo serían tus compañeros.

La siguiente tarea que la señora Newton encomendó a su hijo no podía ser más sencilla. Solo tenía que coger un cesto lleno de restos de comida y echarlo dentro del cercado donde estaban los cerdos.

—¿Podrás hacer esto sin provocar ningún desastre? —preguntó la madre con una mezcla de ironía y seria preocupación.

—Por supuesto, madre.

Isaac entró en la cocina para coger el cesto con los desperdicios. Lo cargó sobre el hombro y salió hacia la pocilga. Al salir de la cocina, sintió cómo el sol, todavía bajo en el horizonte, le golpeaba en los ojos. Cuando pudo acostumbrar su mirada, observó que, al contraluz, las hojas de los árboles eran mucho más oscuras que a plena luz, casi negras.

“¿Por qué no se verán igual los colores al sol y a la sombra?”, se preguntó. Y comenzó a pensar en cómo in-

fluía la luz en los colores mientras se acercaba al cercado. Abrió la puerta, apartó a varios cerdos para llegar hasta el comedero y volcó el contenido del cesto en su interior.

Volvió a mirar al árbol desde ese punto y comprobó que ahora las hojas se veían más verdes. “Hay una relación directa entre luz y color”, pensó. Luego, volvió a colocarse el cesto al hombro y lo devolvió a su lugar en la cocina antes de encerrarse en su habitación para experimentar con su colección de relojes de sol.

—¡Isaac! —a lo lejos se escuchaba la voz de su madre. Una vez más, no estaba contenta—, ¡Isaac! ¿Qué has hecho con los cerdos? ¡Están comiéndose el maizal de nuestro vecino, el señor Flamsteen!

—¡No puede ser! —dijo Isaac levantándose de la cama. Se acercó a la ventana y vio el maizal de su vecino lleno de los cerdos de los Newton. Estaban zampándose todas las mazorcas, pisoteando los tallos y rebozándose por el suelo. La señora Newton estaba enfadada, pero los cerdos parecían felices.

Isaac no comprendía qué había ocurrido. Había hecho lo que le habían ordenado. Seguro que esa vez no había sido por su culpa. Repasó todos sus movimientos: entró





en la cocina, cogió el cesto, fue a la pocilga, abrió la puerta, vació el cesto en el comedero, salió de la pocilga y...

—¡La puerta! —Isaac se dio una palmada en la frente—. ¡No cerré la puerta y se han escapado todos los cerdos!

En esta ocasión, los daños provocados por los cerdos le costaron a la señora Newton más de cinco chelines. A este paso, el señor Flamsteen se quedaría sin campos, pero sería rico.

—Creo que lo mejor es que no nos ayudes —le dijo la señora Newton a su hijo. Eres bienvenido en casa, pero,

por el amor de Dios, no nos ayudes. ¡No toques nada! ¿Podrás hacerlo?

A partir de aquel día, Isaac pudo dedicarse a estudiar, leer, y meditar sobre todos los problemas de Matemáticas, Física o Astronomía que se le pasasen por la cabeza. Pasaba los días leyendo en su habitación o paseando por el campo. Una tarde, después de un paseo, se tumbó debajo de un manzano a descansar. Volvía a darle vueltas al problema de por qué unos cuerpos se mueven y otros no lo hacen.

De repente, mientras estaba allí tumbado, una manzana cayó del árbol y le golpeó la cabeza.

Isaac se rascó y miró la manzana que había quedado en el suelo. Luego alzó la vista a la copa del árbol. Otra vez a la manzana, y de nuevo a la copa. Repitió el gesto varias veces.

—¿Por qué la manzana cae directamente al suelo y no en otra dirección? —se preguntó en voz alta—. Debe de haber algo en la tierra que la atrae en esa dirección.

Rascándose de nuevo la cabeza, se puso en pie y sonrió. Había descubierto la fuerza de la gravedad.





ISAAC NEWTON

Sir Isaac Newton (Woolsthorpe, Inglaterra 1642–Kensington, 1727) fue uno de los mayores genios científicos de la Historia. Sus estudios abarcan temas de Física, Matemáticas, Química, Óptica, Astronomía, Teología, Filosofía, etc.

Entre sus logros están el desarrollo del cálculo matemático, las leyes del movimiento y la formulación de la Ley de Gravitación Universal, que describe la atracción que ejercen todos los objetos unos sobre otros dependiendo de la masa de cada uno, por ejemplo, la Tierra sobre todos los cuerpos que hay en ella.

Según la leyenda, Newton pensó en la existencia de esta Ley cuando una manzana le cayó en la cabeza. Estos avances le permitieron calcular la masa de los planetas, así como ofrecer una teoría para las mareas.

Newton explicó la naturaleza de la luz y formuló una teoría sobre los colores. Además, inventó un nuevo tipo de telescopio con espejos parabólicos para evitar que se alterasen los colores reales de las cosas, como ocurría hasta entonces.

Newton demostró también que la tierra no era una esfera perfecta, sino que está achatada por los polos, y calculó la distancia al centro de la Tierra desde diferentes lugares. Calculó también la velocidad del sonido y formuló leyes que explicaban cómo los cuerpos adaptan sus temperaturas a la temperatura ambiente que los rodea.

WOLFGANG AMADEUS MOZART

LA FLAUTA MÁGICA

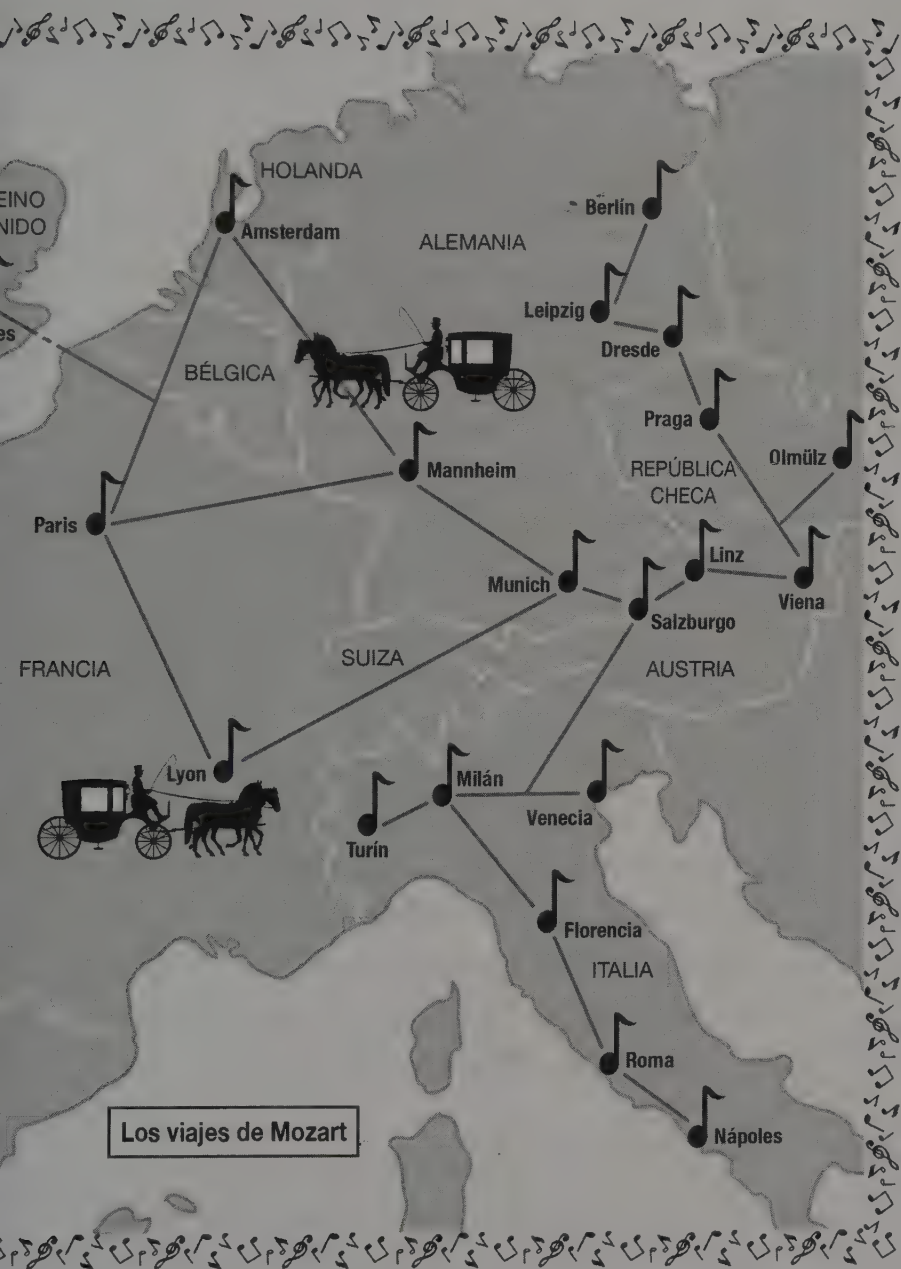
¿Sabías que Mozart odiaba las flautas? Le molestaba tanto su sonido que introdujo el clarinete dentro de las orquestas solo para sustituirlo. Las pocas obras que compuso para flauta fueron por encargo, pero jamás escribió música de flauta por propia iniciativa. Le gustaba tan poco que decía que solo había algo peor que una flauta, y eran dos flautas. Sin embargo, a veces la vida resulta muy caprichosa.

1782: Mozart estrena *El rapto en el serrallo*.

1786: Estreno de *Las bodas de Figaro*.

1787: Estreno de *Don Giovanni*. Compone *Eine kleine Nachtmusik*.

1791: Estreno de *La flauta mágica*.
Muerte de Mozart.



Los viajes de Mozart

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

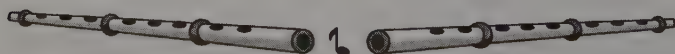
Viena, 1791

SI SE CELEBRABA UNA FIESTA EN el salón de alguna gran dama de Viena, era seguro que Mozart andaría por allí. Había pocos personajes tan conocidos y admirados en la sociedad vienesa. Era un gran compositor, magnífico intérprete de piano y uno de los mejores compañeros de fiesta que nadie pudiera desear. Aquella noche, se habían dado cita varios amigos en casa del conde Joseph Deym y charlaban, cómo no, de música.

—Dinos, Wolfgang —preguntó Joseph Haydn, también compositor y amigo de Mozart—, ¿qué estás escribiendo ahora?

—Bueno, hace unos días terminé una pequeña obra para órgano mecánico que me había encargado nuestro generoso anfitrión, el conde Deym —Mozart levantó en ese momento su copa en señal de saludo al conde, que no estaba en el corrillo que charlaba, pero que había oído mencionar su nombre—, y, además, me han encargado un Réquiem, pero no sé si aceptaré el encargo. Tengo un mal presentimiento.

—¿Otra vez con tus supersticiones? —le dijo Franz Süssmayer mientras le daba una palmada en la espalda—.



Te voy a decir yo lo que es más que un presentimiento: si no aceptas los encargos, no te pagarán, y al ritmo que llevas derrochando dinero, muy pronto estarás arruinado.

—Ya lo sé —admitió Mozart—. Supongo que al final lo haré. A veces hay que hacer cosas que van contra lo que creemos o queremos hacer.

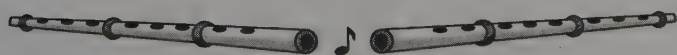
Por un momento, se hizo el silencio en el grupo. Todos eran amigos y se lo estaban pasando bien, pero no ignoraban que los problemas económicos de Mozart eran muy serios. Para relajar el ambiente, otro de los amigos, Joseph Eyble, intentó bromear con aquel tema.

—Mientras no te obliguen a escribir música para flauta, todo irá bien, ¿verdad, Wolfgang?

Todos rieron a gusto el comentario, porque sabían del odio que le tenía Mozart a aquel instrumento. Siempre que salía el tema en una conversación, sus amigos repetían a coro su famosa frase: “Lo único peor a una flauta, son dos”.

—¡Por supuesto! —continuó Mozart la broma—. ¡Propongo hacer una gran hoguera con todas las flautas que encontremos en Viena!

—Mira que eres exagerado con esa manía de las flautas, Wolfgang —señaló Süßmayer solo para provocarlo,



mientras guiñaba un ojo a los demás—. A mí tampoco me emociona su sonido, pero no es para tanto...

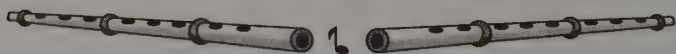
—¿Que no es para tanto? ¡La flauta es una aberración! —exclamó Mozart en un tono de voz cada vez más alto. Estaba de broma, pero las copas de vino que se había tomado ayudaban a darle dramatismo a la escena—. ¡Jamás escribiré nada relacionado con las flautas!

Mientras todos los amigos reían al ver tan airado a Mozart, este se acercó a una pequeña estatua que decoraba una esquina del salón del conde Deym. Todos la reconocieron: representaba a Euterpe, la musa de la música, de quien el mito griego decía que era especialmente protectora de los intérpretes de flauta.

Mozart se detuvo junto a la estatua, plantó su mano sobre la cabeza de la musa y dijo en tono solemne:

—Delante de todos vosotros juro que jamás en mi vida tendré la menor relación con una flauta. Pongo a Euterpe por testigo, y dejo que ella decida mi castigo si algún día rompo este juramento.

La fiesta se prolongó hasta altas horas de la noche. Cuando terminó, Mozart regresó a casa en compañía de otro de sus amigos, Emanuel Schikaneder, propietario



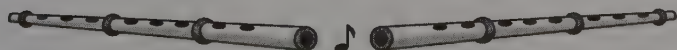


del Theater auf der Wieden. Los dos caminaban alegres y en silencio, recordando algunos de los momentos divertidos de aquella noche.

—Siempre estáis igual con lo de las flautas —habló por fin Mozart—. Mira que os reís a mi costa con esa tontería.

—Pues te va a parecer broma, pero, ahora que estamos solos, quería hablarte precisamente de una flauta —respondió Emanuel.

—¿No será verdad? —rió Mozart a gusto—. ¿No has tenido suficiente con mi juramento ante Euterpe?



—Hablo en serio, Wolfgang—Emanuel cambio el tono de su voz—. Necesito tu ayuda.

Mozart se dio cuenta de que las bromas habían terminado. Intentó recuperar la compostura y mostrarse dispuesto a ayudar a su amigo.

—Cuéntame. Te escucho.

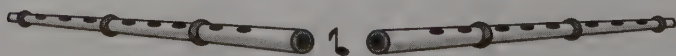
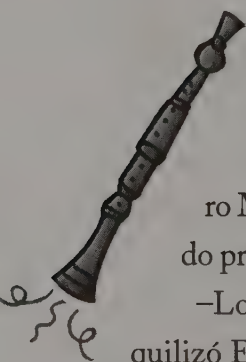
—No eres el único que tiene problemas económicos—confesó Emanuel—. Las cosas no marchan demasiado bien en mi local. El otro teatro musical de Viena, el Burgtheater, ofrece unas obras magníficas, y se lleva a todo el público.

—No lo sabía. Lo siento—dijo en tono sincero Mozart—. Pero, ¿qué puedo hacer yo? No puedo prestarte dinero. Apenas tengo para sobrevivir.

—Lo sé, Wolfgang, no se trata de eso—le tranquilizó Emanuel—, pero creo que me puedes ayudar a la vez que te ayudas a ti mismo.

—¿Cómo?

—Compón la música para este libreto que he escrito—Emanuel le entregó a Mozart una carpeta que llevaba bajo el brazo. La había llevado consigo durante toda la noche, pero nadie había reparado en ella—. Algo fresco,

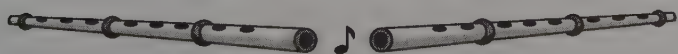


divertido, pero que emocione. Una ópera para todo el mundo, no solo para los entendidos. Que la gente venga a escucharla y que luego la cante en su casa. ¿Lo harás?

Mozart tomó la carpeta y la abrió. En la primera página pudo leer el título: *La flauta mágica*.

—Emanuel —dijo Mozart sonriéndole—, con la cantidad de instrumentos que hay, ¿tenía que ser una flauta? ¿No podía ser el trombón mágico? ¿El violín mágico?

—No, no, tiene que ser una flauta, pero te va a encantar —respondió Emanuel emocionado al ver que Mozart parecía no rechazar la propuesta—. Es una historia de belleza, sabiduría y amor. Verás, la historia trata de Tamino, un príncipe al que persigue una serpiente gigante y se esconde en un bosque que pertenece a la reina de la Noche. La reina le ofrece casarse con su hija Pamina si la libera del secuestro al que la tiene sometida el malvado demonio Sarastro. Tamino acepta, pero cuando llega junto a Pamina, descubre que, en realidad, la reina de la Noche es malvada y que Sarastro está protegiendo a Pamina, así que Tamino cambia de bando. Al final, Tamino y Pamina, ya enamorados, tienen que superar varias pruebas, y consiguen derrotar a la reina. ¡Ah! La



flauta, casi se me olvidaba. La flauta es el arma de Tamino. Cuando la toca cambia el estado de ánimo del que la escucha. Al feliz lo entristece, y al triste lo alegra.

—Suenan bien —admitió Mozart—. Está bien, escribiré la música para tu libreto, aunque acabe de prometer no tener nada que ver con las flautas.

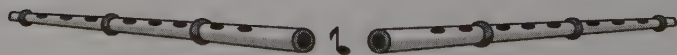
Emanuel se puso muy contento, le agradeció a Mozart su generosidad y, dándose un abrazo, se despidieron. Mozart continuó caminando solo por las calles de Viena.

Al pasar por un callejón ya cercano a su casa, se topó con una anciana. La conocía, porque vivía en la calle y se dedicaba a leer el futuro de la gente en las rayas de la mano. Mozart le había consultado a veces antes de aceptar algunos encargos. La miró y, por un instante, pensó en preguntarle.

—Estás pensando si has hecho bien al aceptar componer esa obra, ¿verdad, joven? —la anciana se adelantó a su pregunta—. Dame la mano y te responderé.

Sorprendido, Mozart se acercó a la anciana y extendió su mano, mientras con la otra le entregaba una moneda; conocía de sobra la tarifa.

—¿Cómo has sabido...?



—No existen secretos para mí, maestro Mózar —respondió la anciana—, ni en el pasado ni, sobre todo, en el futuro. Sobre esa ópera de la flauta..., debes elegir.

—¿Elegir? ¿Qué tengo que elegir? —preguntó Mozart, cada vez más intrigado por lo que sabía la adivina.

—Si no la compones, vivirás muchos años, serás un músico de cierto éxito, pero cuando hayan desaparecido los hijos de tus hijos, nadie te recordará, y tu nombre y tu música se perderán para siempre.

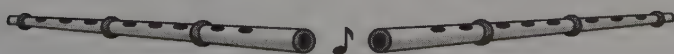
—¿Y si la compongo?

—Si la compones, esa ópera os hará famosos, vuestros nombres se recordarán para siempre, pero Tamino y tú moriréis jóvenes —concluyó la anciana, y soltó la mano de Mozart. Luego lo miró a los ojos y sonrió—. Ese será el castigo.

—¿Castigo? —preguntó Mozart—. ¿Por qué?

—¿Aún no me reconoces? —le dijo la anciana—. Llevo toda la vida viviendo al lado de tu casa, ofreciéndote mi protección, pero esta noche has jurado sobre mi nombre y me has encargado que te castigase si no cumplías tu palabra.

Antes de que Mozart pudiera responder, la anciana se escabulló entre las sombras y desapareció de su vista.



Mozart se quedó quieto, asombrado, sin estar seguro de si lo que había ocurrido era real o solo un sueño.

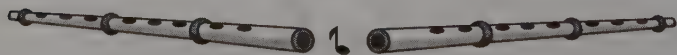
Reemprendió el camino a su casa y, de repente, se dio cuenta de algo extraño. ¿Por qué la anciana Euterpe había dicho “Tamino y tú moriréis” y no “tú morirás”? ¿Y cómo podía ser que Tamino muriese, si era un personaje de ficción? Meneando la cabeza, Mozart decidió olvidarse del asunto. Sin duda, las copas de vino que había tomado le habían traicionado.

En septiembre de aquel mismo año, el Theater auf der Wieden de Emanuel Schikaneder estrenó *La flauta mágica*, y obtuvo un éxito clamoroso. Mozart se consagró como uno de los mayores genios que ha dado la música y, apenas dos meses después, murió con solo 35 años.

Pero, lógicamente, a Tamino no le ocurrió nada, porque no era más que una invención, ¿o no?

En 1956, un joven tenor alemán llamado Fritz Wunderlich alcanzó la fama gracias a su interpretación del personaje de Tamino de *La flauta mágica*. Diez años más tarde, una extraña caída de una escalera acabó con su vida. Tenía 35 años. Los mismos que Mozart.

Euterpe había cumplido su palabra.



WOLFGANG AMADEUS MÓZART

El 27 de enero de 1756 nació en Salzburgo uno de los mayores genios de la música, Wolfgang Amadeus Mozart. Hijo de Leopold Mozart, que era músico y profesor, Wolfgang demostró unas habilidades extraordinarias desde muy pequeño: a los cuatro años tocaba el clavicordio y componía, y a los seis tocaba el violín y el clavecín. Pronto se convirtió en un niño prodigio que viajaba por toda Europa exhibiendo su talento ante nobles y reyes.

Los dos Mozart trabajaban como maestros de capilla para el arzobispo de la ciudad. Aquella era la forma de vida habitual de los músicos, pero Wolfgang también fue un innovador en este aspecto, pues decidió trasladarse a Viena y sobrevivir por sus propios medios sin depender de ningún señor, solo con el valor de su talento musical. Fracaso, y murió en 1791 arruinado, pero marcó el camino para compositores posteriores como Beethoven o Schubert, que ya no trabajarían para un patrón.

La obra de Mozart abarca todo tipo de composiciones: sinfonías, cuartetos de cuerda, conciertos, sonatas, misas, réquiems y óperas, y en todos ha dejado obras maestras, aunque quizás sean sus óperas, como *El rapto en el serrallo*, *Las bodas de Fígaro*, *Don Giovanni* o *La flauta mágica*, las que le han hecho más famoso para el gran público.



ADA LOVELACE

LA ENCANTADORA DE NÚMEROS

Ada Lovelace tuvo en 1842 una idea genial que, con el tiempo, se convertiría en una de las bases de nuestra vida moderna. Sin aquella idea, hoy no tendríamos ni ordenadores, ni teléfonos inteligentes, ni televisión, ni siquiera un ascensor con memoria. Fue una matemática que imaginó cómo sería el futuro.

1815: Ada Byron nace en Londres. Su padre, Lord Byron, abandona a la familia a los pocos meses. Nunca llegaron a conocerse.

1834: Conoce a Charles Babbage, quien le presenta la idea de la máquina analítica, aunque nunca llegó a construirla.

1842: Traduce un artículo de Luigi Federico Manabrea que describe la máquina analítica y añade sus *Notas*.

1979: El Departamento de Defensa de EE.UU. crea el lenguaje ADA.

10 de noviembre de 1815

Nacimiento de Ada Lovelace.

1823

Muere su padre,
el poeta Lord Byron.

1852

Muere a causa
de una enfermedad
y es enterrada,
a petición propia,
junto a su padre.

1833

Conoce a
Charles Babbage
(profesor de
matemáticas
en la Universidad
de Cambridge y
padre de las
computadoras).

1843

Ada Lovelace
publica sus
'Notas' sobre
la Máquina
analítica.

1842-1843

A petición de Babbage,
Ada Lovelace traduce una
memoria en francés sobre
la Máquina analítica.

1835

Se casa y,
al tiempo, tiene
tres hijos.



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Londres, 1824



NO SALGAS DE TU HA-

bitación hasta haber acabado de hacer todas las tareas que te ha mandado tu profesor de Matemáticas!

—Sí, madre.

Ada cerró la puerta de su habitación y se sentó delante del escritorio. Abrió el libro de Matemáticas por la página marcada y comenzó a leer.

—Uno al cuadrado, uno; dos al cuadrado, cuatro; tres al cuadrado, nueve; cuatro al cuadrado, dieciséis; cinco al cuadrado, veinticinco —Ada suspiró de aburrimiento y continuó con la cantinela que debía memorizar. La había repasado tantas veces que la podría recitar hasta dormida—; once al cuadrado, ciento veintiuno; doce al cuadrado, ciento cuarenta y cuatro; trece al cuadrado, ciento sesenta y nueve...

Ada apartó la mirada del libro y lo cerró. Aquello era una tortura. ¿Por qué se empeñaba su madre en que estudiase Matemáticas a todas horas?

En realidad, Ada conocía perfectamente la respuesta. Poco después de nacer Ada, sus padres se separaron y ella quedó a cargo de su madre. Nunca volvió a ver a su padre,

aunque tuvo numerosas noticias de él, porque era un personaje muy famoso: nada menos que Lord Byron, poeta romántico, aventurero, viajero, luchador por la libertad, idealista, enamorado y un poco enloquecido. De hecho, sabía que había muerto unos meses atrás en Grecia, mientras luchaba contra los turcos por la independencia del país de Homero, Eurípides, Praxíteles y tantos otros artistas.

Desde el día en que aquel hombre extraordinario, pero de convivencia imposible, abandonó la casa, Anna Isabella, la madre de Ada, se había prometido que su hija no seguiría los pasos de su padre, y se dedicaría únicamente al mundo de la razón y la lógica, tan apartado de las pasiones y locuras del padre poeta. Y la mejor forma de conseguirlo era a través de las Matemáticas.

—Las Matemáticas ordenarán tu mente —le decía su madre—, y así evitarás ser una loca impredecible como tu padre.

Ada asentía en silencio y seguía estudiando, aunque le dolía que siempre se hablase mal de aquel hombre tan conocido que ella no recordaba. Agarró un colgante que llevaba al cuello con el retrato de Lord Byron y comenzó a jugar con él entre los dedos. Era el único recuerdo

que le había permitido conservar su madre. Por el reverso, sobre el oro pulido, había una inscripción diminuta: *Imagina y se hará realidad.*

—Me hubiera encantado conocerte —dijo apretando el puño alrededor del colgante y cerrando los ojos mientras se recostaba ligeramente en su silla—. Me hubiera encantado poder hablar contigo, me hubiera encantado...

—Hola Ada.

—¿Padre?

—Aquí me tienes.

—¿Esto es un sueño?

—Digamos que sí, pero es tu sueño, lo que tu imaginación ha querido crear. Ya sabes... *imagina, y se hará realidad.*

Padre e hija se quedaron mirándose a los ojos un instante, sonriéndose, felices por estar al fin cara a cara, aunque fuera en un sueño.

—¿Qué estabas leyendo? —dijo Lord Byron señalando el libro que yacía sobre la mesa.

—Estudiaba Matemáticas... —contestó Ada un poco avergonzada, imaginando que a un poeta rebelde y bohemio le horrorizaría.



—¿Matemáticas? ¡Me encantan!

—¿En serio? —Ada no podía creer lo que acababa de escuchar—. Pero si mi madre siempre me dice que no hay nada más alejado de ti que las Matemáticas. De hecho...

—De hecho... —le interrumpió su padre—, te obliga a estudiar Matemáticas para que jamás te parezcas a mí, para alejarte de mis gustos, de la poesía...

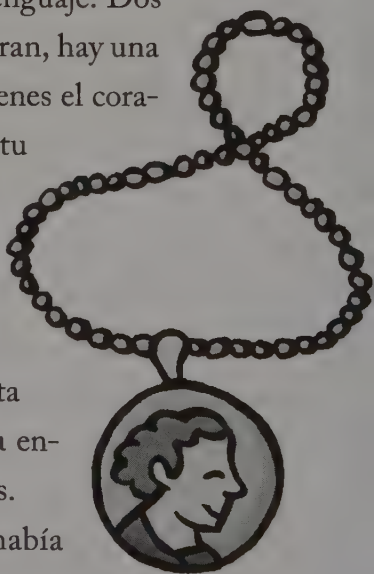
—Sí, así es —ahora Ada no solo estaba un poco, se sentía realmente avergonzada.

—Pues se equivoca. Las Matemáticas forman parte del mundo, están en todas partes, y te pueden inspirar pensamientos poéticos, buscar nuevas formas de expresión, divertirse, crear. En cierto modo, la poesía es Matemáticas y las Matemáticas son poesía.

Ada observaba a su padre sin comprender muy bien a qué se refería.

—Mira, por ejemplo, nuestro lenguaje. Dos enamorados son un par. Si se separan, hay una fracción; cuando no te quieren, tienes el corazón quebrado; si te portas bien, tu conducta es recta; si te empeñas en algo, tienes la cabeza cuadrada; el tiempo, cuando no está la persona amada, te parece infinito; y cuando está, se reduce hasta parecer cero —Lord Byron parecía encantado con los juegos de palabras.

—La verdad es que nunca había pensado en el vocabulario matemático



de ese modo —reconoció Ada. Déjame intentarlo. Alguien que no aporta nada es un cero a la izquierda, y quien no tiene compañía está más solo que la una.

—Eso es evidente, como que dos y dos son cuatro —bromeó Lord Byron.

—Evidente, siempre que no le busques tres pies al gato —siguió Ada la broma.

—Ya sabes que los poetas hacemos juegos de palabras cada dos por tres.

—Pues parece que los matemáticos hacen tres cuartos de lo mismo —se rio Ada.

—Deja de reír, porque, de lo contrario, acabarás hecha un cuatro —dijo el padre.

—Bueno, ya veo que se pueden utilizar las Matemáticas para expresarnos con un lenguaje creativo —dijo Ada.

—¡Y no solo eso! Aún hay más. Fíjate en la geometría. La esfera del sol, las elipses de las órbitas de los planetas, los círculos de las ondas cuando tiras una piedra al agua, los triángulos que ves en los picos de las montañas —Lord Byron miró a su hija—. ¡Vamos, continúa!

—A ver... —Ada se tomó unos segundos para pensar—, los hexágonos de las colmenas, las espirales de un caracol,

una estrella de cinco puntas en el corazón de una manzana, triángulos en el interior de una naranja cortada...

—¡Excelente! Veo que vas cogiendo la idea —dijo su padre—. En realidad, la poesía y las Matemáticas son como hermanas. Las dos se adentran en lo más profundo de la realidad e intentan descubrir lo que no se ve a simple vista.

—¿Como hermanas?

—Sí, dos hermanas idénticas en unos aspectos y completamente diferentes en otros —hizo una pausa e hizo una mueca divertida—. ¿Cómo se llamarían si utilizases una metáfora matemática?

—Pues... ¡Ya sé! ¡Una sería un número racional y la otra un número irracional! —respondió Ada.

—Sin duda, eres hija mía —dijo Lord Byron orgulloso. Volvió a mirar el libro de Matemáticas de Ada—. Por cierto, ¿sabes por qué se preocupan los libros de Matemáticas?

—¿Se preocupan? —preguntó Ada extrañada—. Ni idea...

—¡Porque tienen muchos problemas! —respondió su padre muerto de risa. Luego, de repente, la cara comenzó a reflejar seriedad—. Tengo que irme, Ada, y tú debes despertarte.

—¿Volveré a verte?

—Siempre estaré contigo, susurrándote ideas al oído

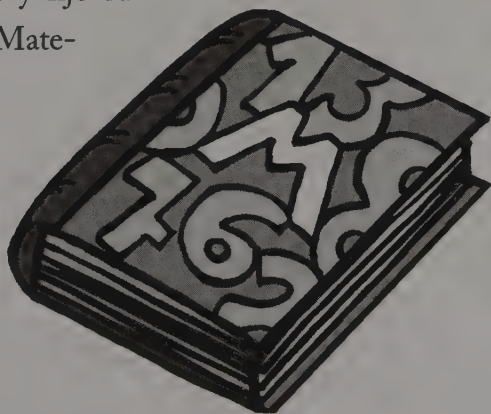
—Lord Byron acarició los rizos de su hija y pensó que allí también había Matemáticas y poesía: eran espirales perfectas—. Ahora, despierta y sigue estudiando. Pero recuerda que puedes ver el mundo de otra manera. No serás una matemática normal, sino una hechicera, una encantadora de números.

—*Imagina y se hará realidad*—adivinó Ada.

La imagen de su padre fue diluyéndose poco a poco mientras se despertaba y volvía a la realidad. Se frotó los ojos y fijó su atención en el libro de Matemáticas.

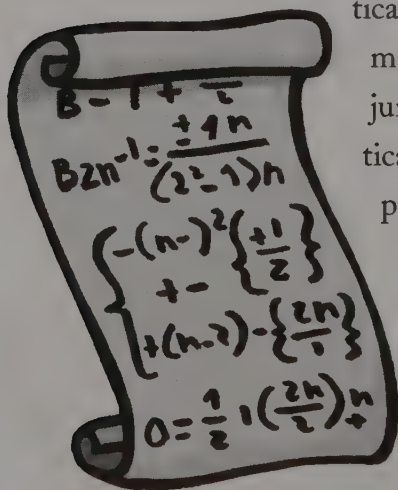
—Pobrecito libro
—dijo acariciándole el lomo—. No sabía que tuvieras tantos problemas.

Muchos años más tarde, Ada Byron, convertida en condesa de Lovelace, redactó una serie



de observaciones sobre lo que debería ser un programa de computadora, pero lo hizo ¡más de cien años antes de que se fabricase el primer ordenador! Fue, sin duda, una maravillosa mezcla de conocimientos matemáticos e imaginación propia de una poetisa.

Ada murió muy joven, a la misma edad que su padre. Y, a pesar de no haberlo conocido y ser una matemática tal como había deseado su madre, pidió que la enterrasen junto a Lord Byron. Matemáticas y poesía descansan juntas para siempre.



ADA LOVELACE

Augusta Ada Byron, condesa de Lovelace (Londres 1815–1852) fue una matemática británica a la que se considera la primera programadora de ordenadores de la Historia, antes incluso de que se inventaran.

Ada era hija del poeta Lord Byron, al que no llegó a conocer, pero cuyo carácter caótico, rebelde y romántico marcó para siempre su vida. La madre de Ada intentó alejarla de aquella influencia que ella consideraba negativa y la animó a dedicarse a las Matemáticas y la Lógica, enormemente apartadas de los gustos de su padre.

En 1834 conoció a Charles Babbage, quien había concebido la idea de una máquina analítica, un ingenio que pudiera ser programado para realizar todo tipo de cálculos matemáticos. Ada quedó fascinada con la idea y, varios años más tarde, tradujo un artículo de un ingeniero italiano sobre la máquina que ella completó con una serie de observaciones propias. Estas observaciones, conocidas como *Notas*, eran un algoritmo (conjunto de instrucciones matemáticas) necesario para crear lo que se considera el primer programa de una computadora.

Una de sus ideas fue el uso de unas tarjetas perforadas para introducir información en los ordenadores, tal como sucedería más de cien años más tarde en las primeras computadoras modernas.

KARL MARX

UNA NOCHE AGITADA

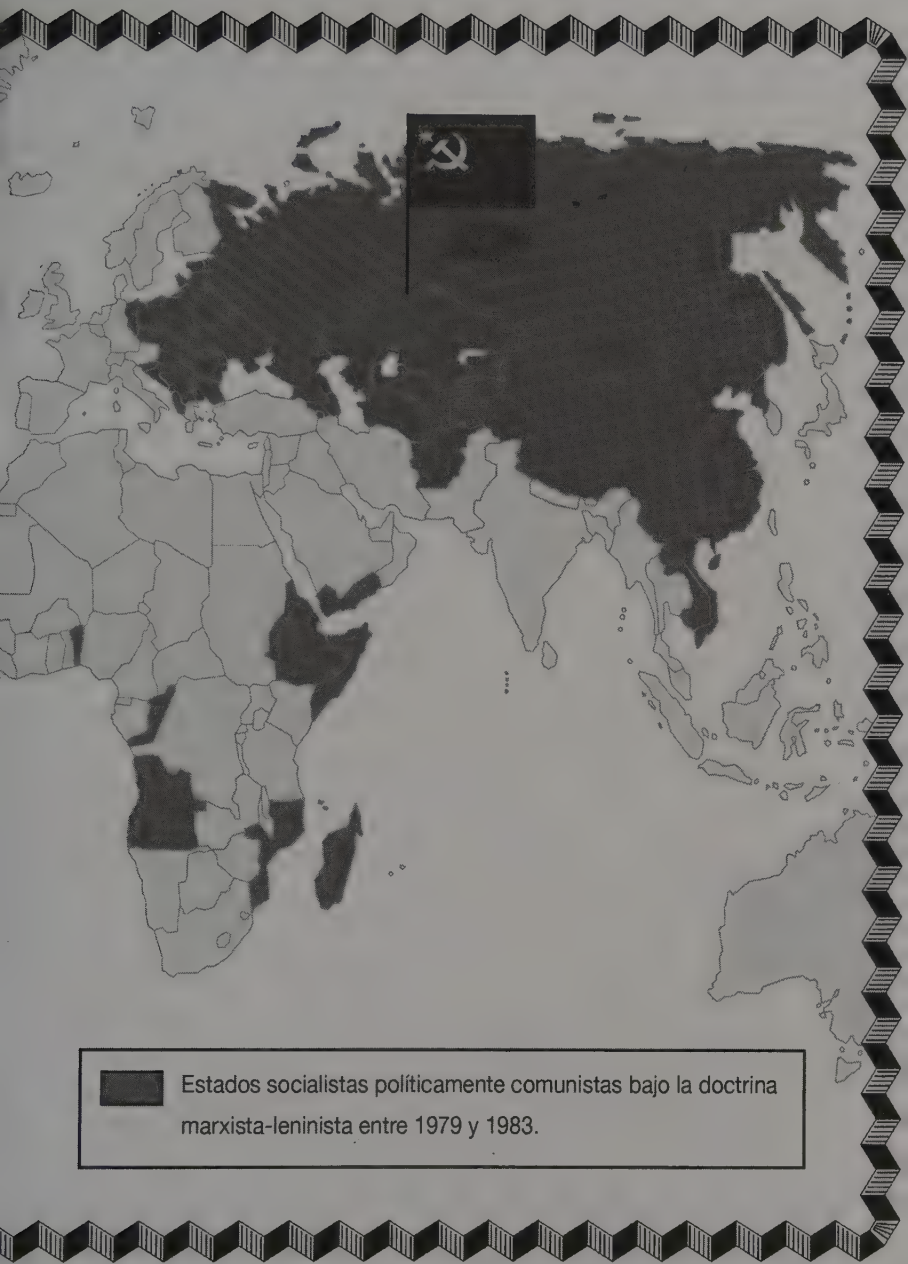
Cuando vemos las fotografías de Karl Marx y leemos sus obras, nos imaginamos a un hombre serio, consciente de sus obligaciones, centrado en sus ideas, en escribir y preocupado por grandes cuestiones sociales como la defensa de los trabajadores. Quizás incluso un hombre aburrido. Sin embargo, Karl Marx también fue joven una vez, y no precisamente de los más responsables.

1842: Inicia su carrera periodística.

1848: Junto a Friedrich Engels, publica el *Manifiesto del Partido Comunista*.

1864: Junto a Engels y Bakunin, participa en la *Primera Internacional de Trabajadores*.

1867: Publica *El Capital*.



Estados socialistas políticamente comunistas bajo la doctrina marxista-leninista entre 1979 y 1983.



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Bonn, 1836

SENTADO DELANTE DE SU ESCRITORIO, y alumbrado tan solo por una vela, el joven Karl Marx abrió la carta con un cuchillo. La desdobló y la acercó a la luz para poder leerla. Su padre le escribía una vez por semana, y él solía responder, aunque era algo más perezoso. Su madre no sabía escribir, así que las únicas noticias de su familia que recibía eran las de su padre.

Era la primera vez que él o cualquiera de sus ocho hermanos abandonaban la casa familiar en Trier y se marchaba a vivir solo a otra ciudad. Bonn estaba a unos ciento cincuenta kilómetros, una gran distancia para recorrerla en carro o caballo. Karl comenzó a leer:

Querido hijo:

En casa estamos todos bien. Nos ha alegrado saber que eres feliz en Bonn y que te gusta la universidad. En tu última carta cuentas que te has matriculado en nueve cursos y pienso que, quizás, sean demasiados. No me gustaría que empezases algo mayor de lo que puedes abarcar. Pero si no encuentras dificultades y, tal como repites en tus cartas, dedicas todas



las horas del día al estudio, tanto mejor. Hay mucho que aprender y muy poco tiempo. Aprovechalo.

Tu madre y tus hermanos te envían saludos.

Cuídate.

Tu padre, Hershel Mordechai Marx

Karl dobló la carta y suspiró. A veces echaba de menos su hogar y a su familia, pero estaba encantado con su vida en Bonn. ¿Cómo no iba a estarlo? Tenía dieciocho años, y acababa de emprender la aventura de vivir en solitario. Además, su padre le pagaba sus estudios en la universidad, de manera que no tenía que trabajar para ganarse la vida.

Y lo mejor de todo: Bonn era una ciudad llena de estudiantes, miles de jóvenes como él dispuestos a comerse el mundo, y en ocasiones a bebérselo. Karl sonrió pensando en su suerte, aunque se sintió un poco culpable por no contarle toda la verdad a su padre. Era verdad que se había matriculado en nueve cursos, pero no era cierto que dedicase todo su tiempo a estudiar. Ni mucho menos. La verdad era que había suspendido la mayoría de los exámenes.



—¡Karl! —una voz le llamaba desde la calle. Karl se acercó a la ventana, la abrió y se asomó. Era su amigo Heinrich, uno de sus compañeros de clase—. ¡Vamos! Baja ya. Te estamos esperando.

—Ahora mismo bajo —dijo saludando con la mano.

En un par de minutos, Karl estaba en la calle junto a Heinrich. Se dirigieron hacia el centro de la ciudad, a la

cantina *Romikulum*, donde solían reunirse los miembros de la Asociación de Estudiantes de

Trier. Había muchas organizaciones simila-

res, una por cada gran ciudad alemana, y

los estudiantes se unían a la de su ciudad

de origen. La Asociación de Estudiantes de

Trier reunía a unos cuarenta jóvenes a los que no

solo unía su amor por aquella ciudad antiquísima y su mo-

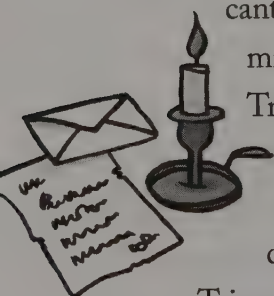
numento más famoso, la Porta Nigra. Todos ellos, como

buenos alemanes, aprovechaban la menor ocasión para

saborear una buena cerveza. Además, también compar-

tían su afición por la literatura, en especial por la poesía.

Había una última característica común a todos los miembros de la Asociación de Estudiantes de Trier: en cuestiones políticas eran rebeldes, defensores de las



clases bajas y partidarios de crear una gran Alemania. Lógicamente, existía un grupo de estudiantes rival: los BorussiaKorps, conservadores, defensores de las clases aristocráticas y partidarios de una Prusia fuerte que dominase al resto de regiones alemanas.

Heinrich y Karl llegaron a la cantina y saludaron a sus amigos: Klaus, Otto, Lasse y Alex. Pidieron una cerveza y se sentaron a una mesa a charlar. Estuvieron allí durante un par de horas. Cerca de medianoche, el dueño de la cantina tocó una pequeña campana que había sobre la barra. Significaba que en poco tiempo cerraría y todos deberían abandonar el local. Otto y Lasse se levantaron y se pusieron el abrigo.

—¿No estaréis pensando en marcharos ya a casa? —dijo Karl—. ¡Vamos, la noche no ha hecho más que empezar! ¡Sigamos divirtiéndonos!

Ni Otto ni Lasse se resistieron lo más mínimo a la invitación de Karl. Esperaron a que los demás se pusieran también sus abrigos y juntos salieron a la calle.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Alex—. Están cerradas todas las cantinas. ¿Adónde vamos?

—¿Os apetece dar un paseo en coche de caballos? —propuso Karl señalando un carruaje que estaba al otro lado



de la calle. El dueño lo había dejado allí con el tiro de caballos enganchado—. ¡Venga, no tenemos mucho tiempo antes de que vuelva el dueño!

Sin pensárselo dos veces, los seis amigos se subieron en el carruaje y salieron de allí todo lo rápido que pudieron. Con Karl manejando las riendas, atravesaron un par de calles y llegaron hasta una gran explanada de hierba que había delante de la universidad.

—Y ahora —anunció Karl—, ¡el tiovivo!

Nada más decirlo, Karl hizo que los caballos girasen hacia la izquierda y comenzaron a dar vueltas. Los seis amigos reían y gritaban mientras el coche giraba cada vez más rápido, cada vez más alocadamente, hasta que empezó a apoyarse solo sobre las ruedas que iban por el exterior del círculo. Finalmente, volcó. Karl y los demás salieron despedidos rodando por la hierba.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Alex muerto de risa.

—¡Genial! —contestó Lasse—. ¡Vamos a repetirlo!

—Me temo que no va a ser posible —dijo Karl también riendo—. Se ha roto uno de los ejes del carruaje.

—Será mejor que nos vayamos antes de que llegue el dueño del coche —propuso Otto.





—¿Y qué hacemos con los caballos? ¿Vamos a dejarlos aquí? —preguntó Klaus.

—¿Y si los metemos en alguna clase de la universidad? —propuso Lasse.

—¡Mejor en el despacho del profesor de Filosofía! —añadió Karl encantado con la propuesta.

De nuevo, el grupo de amigos aceptó la insensatez de Karl como si fuera una idea genial. Cogieron los caballos, llegaron hasta la puerta de la universidad, forzaron la cerradura y se introdujeron por los oscuros pasillos



en dirección a la zona donde estaban los despachos de los profesores.

—Es aquí —dijo Karl señalando una puerta. La abrió, y dejó paso para que Otto y Alex introdujeran los caballos mientras los demás intentaban contener la risa—. Adiós, caballitos, pasadlo bien estudiando Filosofía.

El grupo salió de la universidad tan tranquilo aprovechando la oscuridad y el hecho de que a esas horas ya no hubiera nadie por la calle. Entre risas, volvieron hacia el centro de la ciudad.

Llegaron a una pequeña plaza donde las autoridades locales acababan de erigir una estatua dedicada a Federico Guillermo III, rey de Prusia. Una estatua imponente, con el monarca vestido de militar.

—Alex, tú vives aquí cerca, ¿no? —preguntó Karl.

—Sí. ¿Por qué?

—Y tienes una hermana que es bailarina, ¿verdad?

—Sí, mi hermana Isabella.

Karl se acercó a Alex y le dijo algo al oído. Alex sonrió, guiñó un ojo y salió corriendo. Unos minutos más tarde, Alex estaba de vuelta.



—Aquí lo tienes, Karl —dijo entregándole un bulto de color blanco que llevaba en la mano.

Karl lo tomó y se encaramó al pedestal de la estatua. Cuando estuvo arriba, desplegó lo que le había entregado Alex. ¡Era una falda de bailarina! La abrió y la extendió alrededor de la cintura de la estatua. Cuando estuvo colocada, ajusto las cuerdas y descendió del pedestal.

—Ha quedado genial —dijo Karl mirando satisfecho su obra—. Le queda mucho mejor la falda de bailarina que el uniforme.

—¿Os parece divertido vestir a nuestro rey de bailarina? ¿Quién ha hecho esto?



Tan ocupados estaban con la travesura de la falda que no se habían dado cuenta de la llegada del grupo rival, ocho jóvenes de los BorussiaKorps.

—¡He sido yo! —dijo Karl dando un paso al frente—. ¿Es que acaso no te gusta?

—¡Quítale esa falda ahora mismo o te las verás conmigo! —ordenó uno de los *borussers*.

—¡Antes muerto! —respondió Karl.



En pocos segundos, siguiendo la costumbre de la época, ambos jóvenes se colocaron a una distancia de diez pasos y extrajeron las pistolas que llevaban escondidas bajo sus abrigos. Un compañero de cada uno les ayudó a cargar las armas y se dispusieron a iniciar el duelo.

—Cuando cuente hasta tres —dijo Lasse, que había sido nombrado juez de aquel combate—. Una, dos, tres, ¡Disparen!

Karl Marx salió de aquel duelo a pistola solo con un rasguño en una ceja. Sin embargo, aquel incidente provocó que su padre supiera la verdad sobre lo que realmente hacía su hijo en Bonn. Sus malas notas, sus juergas continuas, alguna noche que pasó en el calabozo por alterar el orden público y el haber estado a punto de morir en un duelo fueron más que suficiente para acabar con la etapa de estudiante de Karl en Bonn.

Al año siguiente, Karl fue enviado a la mucho más seria Universidad de Berlín, donde maduró y comenzó a tomarse los estudios más en serio. Se doctoró y luego emprendió una carrera profesional como periodista a la vez que desarrollaba sus teorías económicas y políticas que cambiarían la historia de los siglos XIX y XX.



KARL MARX

Karl Marx (Trier 1818—Londres 1883) fue un periodista y filósofo alemán cuyas ideas han influido más que las de cualquier otro pensador de la historia en el desarrollo político de los países occidentales.

Marx examinó los modos de producción humanos, desde el feudalismo medieval al capitalismo moderno, y completó su análisis del pasado con predicciones acerca del futuro: de la mano de la revolución del proletariado, el comunismo sustituiría al capitalismo.

Marx escribió varias obras, entre las que destacan dos: *El Capital* y el *Manifiesto Comunista*. No se puede entender la historia mundial del siglo xx sin conocer las teorías de Marx, y muchos de los movimientos sociales, y especialmente los que defienden los derechos de los trabajadores, deben sus orígenes y sus logros a sus teorías e ideología, reflejada en frases como “el obrero tiene más necesidad de respeto que de pan”, “los trabajadores no tienen nada que perder salvo las cadenas” o “la religión es el opio del pueblo”.

Su impacto en el mundo real fue enorme: entre 1917 y hasta la caída del Muro de Berlín en 1989, la mitad de la población mundial vivió en países herederos del pensamiento marxista. Aún hoy en día subsisten algunos de ellos, como la República Popular China o Corea del Norte.



JULIO VERNE

EL DUELO

¿En qué se parece Julio Verne a D'Artagnan? A pesar de que Verne era real y el mosquetero era un personaje de ficción,

tenían muchas cosas en común. La admiración de Verne por el personaje que creó Alejandro Dumas le llevó a vivir uno de los episodios más extraños de su vida. Y es que, igual que en las historias que escribiría tiempo después sobre viajes a la Luna o en submarino, la realidad imita a la ficción.

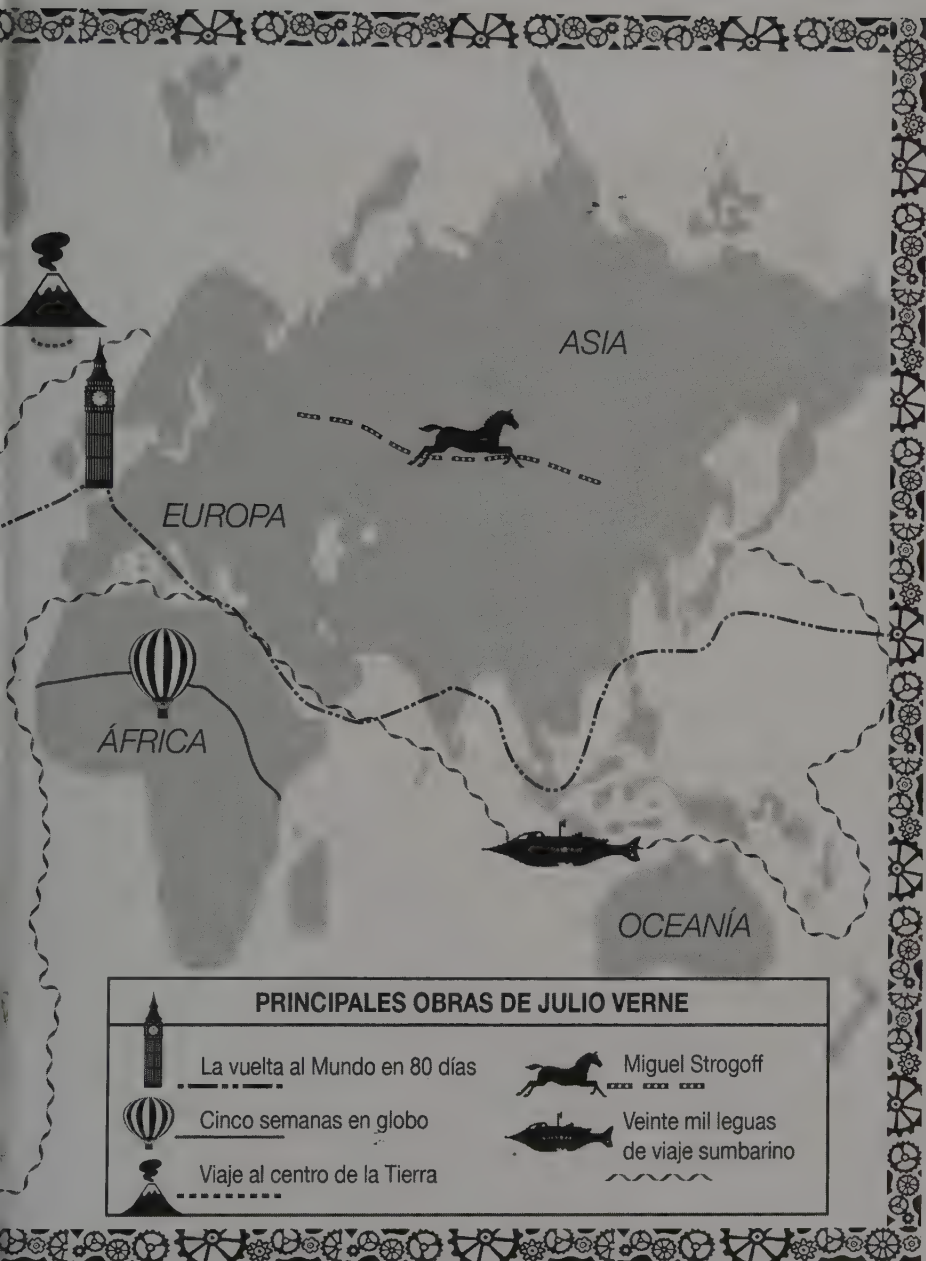
AMÉRICA

1828: Jules Verne nace en Nantes, Francia.

1847: Se traslada a París.

1863: Comienza la publicación de sus
Viajes Extraordinarios.

1905: Muere en Amiens.



PRINCIPALES OBRAS DE JULIO VERNE



La vuelta al Mundo en 80 días



Cinco semanas en globo



Viaje al centro de la Tierra



Miguel Strogoff



Veinte mil leguas
de viaje submarino

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

COMO TODOS LOS VIERNES, Jules Verne había acudido a la casa de Madame Barreré, uno de los salones de tertulias literarias más famosos de París. Jules no se perdía ni una sola reunión. Cada noche, los asistentes debatían, unas veces en tono amistoso, y otras no tanto, sobre las últimas novedades literarias, comentaban historias y alababan o criticaban ferrozmente a los autores. Aquella noche, el tema de discusión era un libro publicado unos años antes, en 1844, por capítulos en el periódico *Le Siècle* y en 1846 ya como un único volumen: *Los tres mosqueteros*, del gran Alejandro Dumas.

Jules había dedicado toda la semana anterior a leer, a devorar, las aventuras de Athos, Portos, Aramis y D'Artagnan. Jules se sentía especialmente identificado con D'Artagnan. Los dos eran muy jóvenes, Jules apenas veinte años y D'Artagnan quizás algo menos; los dos eran de provincias, Jules de Nantes y D'Artagnan de Gascuña; los dos eran pobres hasta rozar la miseria, y los dos habían decidido ir a París en busca de una vida mejor, Jules como novelista y D'Artagnan como mosquetero. Pero era más que eso: igual que D'Artagnan, Jules sentía una pasión incontenible por las aventuras y las empresas



arriesgadas. Tanto se identificaba con el mosquetero que, por las mañanas, al mirarse al espejo, se decía a sí mismo “¡Buenos días, D’Artagnan!”.

Al leer la novela de Dumas, le habían impresionado sobre todo las primeras páginas, cuando D’Artagnan, recién llegado a París, desafía en duelo en un solo día a los tres famosos mosqueteros que, con el tiempo, se convertirían en sus inseparables compañeros. ¡Qué insensato! ¡Pero qué valiente! ¡Y qué afán de aventuras!

Lo malo era que D’Artagnan no alimentaba, y hacía ya dos días que Jules Verne no comía nada. El poco dinero que ganaba se le iba en pagar el alquiler de un cuartucho inmundo y en comprar libros. Si quería ser un gran escritor, debía crear una gran biblioteca y leerla atentamente. Aunque se muriera de hambre.

La reunión resultó muy interesante. Cuando terminó, Jules, todavía absorbido por la novela de Dumas y su protagonista D’Artagnan, comenzó a bajar las escaleras que llevaban desde el piso de Madame Barreré hasta la calle olisqueando en cada sombra una aventura y en cada persona con la que se cruzaba una oportunidad de batirse en duelo.



Al girar en un rellano de la escalera, Jules tropezó con un hombre que subía resoplando por el esfuerzo. Tenía el pelo canoso y alborotado, vestía un elegante traje negro con camisa blanca, chaleco negro y pajarita y debía de pesar bastante más de cien kilos. El pobre Jules, bastante más delgado por naturaleza, a lo que había que añadir el peso que había perdido por comer poco, salió rebotado al impactar con la panza de aquel rollizo caballero.

Durante unos instantes, Jules guardó silencio, esperando que aquella mole humana se disculpase, pero no lo hizo. Bastante tenía con mantener la respiración después de los tramos de escalera que ya había ascendido. Al ver que no llegaba la disculpa, se apoderó de Jules el espíritu de D'Artagnan.

—¡Vaya! Veo que el caballero ha cenado bien hoy —dijo en tono ofensivo. En el fondo, más que haberse tropezado, le había molestado ver a alguien tan bien alimentado, cuando él solo tenía un gran vacío en el estómago.

—Pues, a decir verdad, caballero —respondió el hombre—, he cenado estupendamente. Una tortilla de tocino al estilo de Nantes.

Al escuchar el nombre de su ciudad natal, el pulso de Jules se aceleró. ¿Cómo se atrevía aquel tipo a pronunciar





el nombre de su ciudad? ¿Y cómo tenía la desfachatez de hablar del plato típico de la región, ese mismo que su madre preparaba mejor que nadie en el mundo?

—¿Una tortilla nantesina en París? —le espetó Jules—. ¡Habrá que ver qué birria de tortilla se ha zampado usted! Las tortillas de París son espantosas.

—¿Cómo dice?

—Seguro que no le ha puesto azafrán —se explicó Jules—. Ustedes, los parisinos, son unos ignorantes que no

saben cocinar. Los parisinos no preparan tortillas nantesinas, “perpetran” tortillas nantesinas.

—Me ofende usted, joven —el caballero comenzaba a sentirse realmente agredido por el tono de voz de Jules.

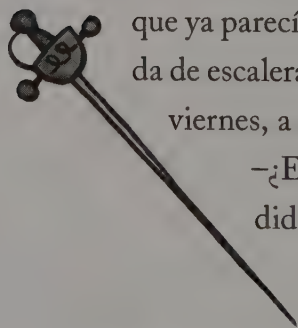
¡Era su oportunidad! Jules comprendió que, igual que D’Artagnan, también él podría retar a un duelo a algún parisino presuntuoso. Además, sería presa fácil, porque no tenía aspecto de ser un gran luchador o un experto espadachín. Jules hinchó el pecho como un pavo, adoptó un porte digno y habló despacio pero en tono firme.

—Caballero, eso tiene fácil solución. Si se siente ofendido, estoy dispuesto a darle cumplida satisfacción donde usted quiera y con el arma que usted elija.

—¡Ja! ¡Valiente insolente! —exclamó el caballero, que ya parecía más recuperado de la fatigosa subida de escaleras—. Bien, será en mi casa, el próximo viernes, a las seis de la tarde.

—¿En su casa? —preguntó Jules sorprendido. Aquello sí que no se lo esperaba.

—Eso he dicho, en mi casa —le confirmó el caballero mientras



arrancaba una página de una libreta y escribía en ella la dirección—. No irá a echarse atrás ahora, ¿no?

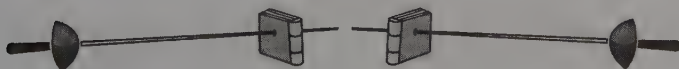
—¿Echarme atrás? ¡Jamás!

—Entonces, hasta el viernes —concluyó el hombre, que reemprendió la marcha escaleras arriba mientras hacía un gesto casi imperceptible con el sombrero en señal de despedida.

—Eh... sí, claro. ¡Hasta el viernes! —confirmó Jules, aunque el hombre se encontraba varios escalones más arriba y ya no le prestaba atención.

La semana transcurrió para Jules como en un sueño. Se imaginaba combatiendo en un duelo a espada por las calles de París, o bien a pistola en algún parque alejado del centro de la ciudad, donde los caballeros de honor solían dirimir sus diferencias. Y se veía conociendo de repente a nuevos amigos, mosqueteros quizás, y formando con ellos un grupo de almas inseparables. “¡Todos para uno y uno para todos!” Se sentía emocionado, con nueva vida, pese al hambre que siguió pasando durante todos aquellos días.

Por fin, llegó el día señalado. Dos horas antes, ya estaba preparado, recién afeitado y vestido con el úni-



co traje elegante que tenía. Bueno, en realidad, era un traje que compartía con su amigo y compañero de piso Edouard Bonamy, tan pobre como él. Procuraban que sus compromisos sociales no coincidiesen para poder ir siempre bien vestidos.

—Me preocupa que te pueda pasar algo, Jules —confesó Edouard con gesto inquieto—. Esto de los duelos es muy serio. ¡Podrías morir!

—¡No seas tan trágico! —le respondió Jules—. No va a pasarme nada malo. Es el otro caballero quien debe tener cuidado. Lo que te pasa es que tienes miedo de que manche de sangre nuestro traje, ¿verdad? Ja, ja.

Cuando acabó de ajustarse la corbata, se miró al espejo, se puso el sombrero y se despidió de Edouard, saliendo a la calle a toda prisa. No quería llegar tarde y que su rival pensara ni siquiera por un minuto que tenía miedo. A la hora fijada, estaba ante la puerta de la casa del caballero. Comprobó la dirección en el papel y llamó a la puerta con toques enérgicos, pero no violentos.

Unos segundos más tarde, le abrió la puerta un criado.

—Buenas tardes, señor —le saludó—, acompáñeme, por favor. Le están esperando.



Jules siguió al criado por los pasillos de la casa. Era una vivienda muy grande, sin duda propiedad de alguien con grandes medios económicos. Muebles lujosos, estanterías llenas de libros, cuadros en las paredes y elegantes lámparas. Por fin, llegaron a la cocina, donde le esperaba el caballero de pelo canoso.

—¡Ah, mi querido amigo, veo que ha dado con mi casa sin problemas! Pase, pase. Acabemos con nuestras diferencias cuanto antes.

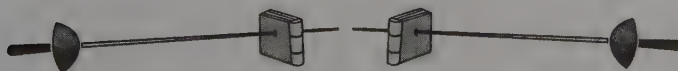
—A eso he venido, tal como acordamos —respondió Jules, un poco sorprendido por el tono amistoso de aquel hombre y por el extraño lugar elegido para el duelo.



—Excelente. Pues, si estamos de acuerdo, aquí tiene todo lo necesario —dijo el caballero señalando a una mesa repleta de comida—. Estaré en la biblioteca esperando. Cuando termine, cenaremos.

—¿Disculpe? —replicó Jules confundido—. Perdone, pero no comprendo.

—Está bien claro. ¡La tortilla a la nantesina! Aquí tiene todos los ingredientes, incluido el azafrán. Dispone de toda



mi cocina para preparar esa maravilla que, según usted, nadie sabe cocinar en París. Es su oportunidad de demostrar que es usted un verdadero experto en este plato que, por su acento, deduzco que procede de su ciudad natal. Si necesita algo, no dude en pedirselo a mi criado Jean-Claude. Voy a ir abriendo una botella de vino para la cena.

Jules se quedó sin habla. Había acudido a aquella casa pensando que libraría un duelo a muerte y ahora resultaba que tenía que preparar una tortilla. ¡Hasta le había dejado preparado un delantal! Respiró profundamente, reflexionó unos instantes y sonrió. ¡Qué demonios! Prepararía la mejor tortilla a la nantesina que hubiera probado aquel caballero en toda su vida.

Y cenaron la tortilla a la nantesina, y comenzaron a hablar, y descubrieron que los dos eran unos apasionados de la literatura y de las historias de aventuras. Y, con el tiempo, aquel caballero pasado de peso se convirtió en uno de los mejores amigos de Jules Verne, le aconsejó en cuestiones literarias y protegió a su joven amigo durante toda su vida.

Aquel caballero que retó a Jules Verne a preparar una tortilla se llamaba Alejandro Dumas.



JULIO VERNE

El escritor, poeta y dramaturgo Jules Verne (1828–1905) puede ser considerado, con toda justicia, como el padre del género literario de Ciencia Ficción.

Desde muy joven, y contra el deseo de su padre, que quería que fuese abogado, Verne decidió que quería dedicar su vida a la literatura. Muy joven, marchó desde su ciudad natal de Nantes a París, donde se introdujo en los círculos literarios de la época y conoció a algunos de los grandes escritores franceses del momento. Gracias al apoyo de algunos escritores consagrados como Alejandro Dumas, Verne consiguió sobrevivir hasta que logró sus primeros éxitos con sus *Viajes Extraordinarios*.

El genio de Verne ha producido varias novelas de viajes y aventuras que siguen entreteniéndolo y emocionando casi dos siglos después de su aparición, como *Cinco semanas en globo*, *Viaje al centro de la Tierra*, *De la tierra a la luna*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Miguel Strogoff* o *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

Más allá de la brillantez literaria, lo que más destaca en Verne es su carácter visionario para imaginar situaciones que se han hecho realidad en el futuro, como los viajes espaciales o los vehículos submarinos.



THOMAS ALVA EDISON

GATO ENCERRADO

Uno de los rasgos más característicos de muchos genios es la tenacidad con la que persiguen sus objetivos. Para lograrlo, trabajan sin descanso e insisten una y otra vez hasta que los logran. Sin duda, si hubo un genio tenaz desde niño, ese fue Thomas Alva Edison.

- 1859: Comienza a trabajar con doce años vendiendo periódicos y golosinas en el tren.
- 1868: Primera patente de un invento: máquina para el recuento electrónico de votos.
- 1877: Inventa el fonógrafo.
- 1879: Consigue una bombilla incandescente que ilumina durante dos días completos.

1868

Instrumento para el recuento
mecánico de votos

1897

Se enzarza en una
'guerra de patentes'
con los hermanos
Lumière por la
primera máquina
de cine

1873

Telégrafo
automático

1877

Fonógrafo

1879

Consigue hacer
funcionar una
bombilla
incandescente
durante 48 horas

1883

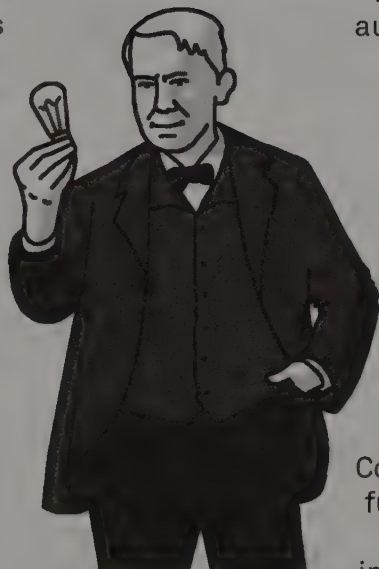
Efecto Edison
(futuro fundamento
de la electrónica)

1894

Sus quinetoscopios
llegan a Europa

1896

Vitascopio



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

A LA HORA PREVISTA, ANUNCIADA por el campanario de la iglesia, Thomas y Michael se reunieron junto a la oficina del jefe de estación de la compañía de ferrocarriles Baltimore & Ohio Railroad, una casucha de madera con un ventanuco en el que se vendían los billetes. El andén, también de madera, comenzaba a llenarse de elegantes caballeros de traje oscuro y damas con vestidos hasta los pies, sombreros atados con lazos y sombrillas para protegerse del sol. Se disponían a tomar el tren diario a Detroit, donde disfrutarían de todas las ventajas de una gran ciudad, con sus tiendas repletas de novedades, sus avenidas para pasear y los teatros donde se estrenaban las obras de moda. A Thomas y Michael les encantaba sentarse junto a las vías y ver pasar la humeante locomotora mientras charlaban y hacían grandes proyectos para el futuro.

Aquellos dos amigos apenas tenían quince años, pero trabajaban desde los doce para ayudar a sus familias a salir adelante en aquella época tan complicada, y más en los últimos meses, con el estallido de la guerra entre el Norte y el Sur de Estados Unidos. Michael ayudaba al herrero del pueblo a herrar caballos y arre-



glar ruedas de carros, mientras que Thomas se había montado su propio negocio de venta de periódicos y golosinas en el tren que hacía la ruta diaria entre Port-Huron y Detroit. Además se había hecho amigo del jefe de estación, el señor MacKenzie, que le había enseñado a utilizar el telégrafo, y así se ganaba un dinero extra enviando mensajes cuando MacKenzie no podía atender el servicio.

—Hola —dijo Michael.

—Hola —dijo Thomas sentándose a su lado.

Los dos amigos permanecieron unos segundos en silencio. De repente, se escuchó un sonido silbante, acabado en una especie de vibración múltiple que hizo retumbar incluso los tablones sobre los que estaban sentados. Michael puso cara de no haberlo escuchado, pero pronto la peste envolvió a los dos muchachos.

—Michael —le dijo Thomas tapándose la nariz—, estás podrido.

—La culpa es tuya —respondió Michael enfadado—. Llevo una semana con dolor de estómago, y tirándome pedos a todas horas. ¡Hasta mi perro huye de mí!

—¿Y es culpa mía que seas un pedorro?

—¡Pues claro! Me hiciste tragar doscientos gramos de polvos de bicarbonato de sosa y una buena cantidad de ácido tartárico para crear burbujas en mi estómago y hacerme volar como si fuera un globo aerostático.



—En teoría, debería haber funcionado —se defendió Thomas—. Quizás seas tú, que no sirves para estos experimentos.

—Eso jamás habría funcionado —respondió Michael—. Es imposible que un cuerpo humano se eleve del suelo creando una enorme bolsa de gas en su estómago.

—Bueno, da igual. Se me ha ocurrido otra idea. ¿Quieres saber de qué se trata?

—Vas a contármelo de todas formas...

—Verás, la verdad es que lo que me paga el señor MacKenzie para ayudarlo a enviar mensajes con el telégrafo es una miseria. Hay meses que no llego ni a un dólar de ganancia. Así que he pensado crear mi propia compañía de telégrafos.

—¿Tu propia compañía? ¿Y cómo lo vas a hacer? Necesitas un montón de cosas, y mucho dinero.

—Lo tengo todo pensado, tranquilo —le explicó Thomas.



—Que lo tengas todo pensado es justo lo que no me tranquiliza —corrigió Michael.

—¡Anda, deja de quejarte! ¿Me ayudarás? —dijo Thomas riéndose—. Serás mi socio. ¿De acuerdo?

—¿Puedo negarme?

—No.

—Entonces, de acuerdo. Te ayudaré —dijo Michael resignado.

—¡Genial! Verás —comenzó a explicarle Thomas lleno de emoción—, hace unas semanas compré un libro en el que se explica cómo construir una línea de telégrafo. Necesitaremos los aparatos y material para tender la línea. Yo había pensado comenzar desde aquí hasta Point Edward. Son menos de tres millas.

—¿De dónde sacaremos el material para la línea? —preguntó Michael.

—Tengo ya varias bobinas de alambre normal que he ido comprando desde hace unos meses —respondió Thomas.

—Veo que no es una ocurrencia de ayer por la tarde —observó Michael.

—No, nada de eso —sonrió Thomas—. Como te decía, tengo ya el alambre suficiente. Lo iremos tendiendo de

árbol en árbol, y utilizaremos como aislantes botellas de vidrio vacías y tazas de loza. En pocos días podríamos tender la línea completa entre los dos.

—¿Y los transmisores?

—¡Todo previsto! —respondió Thomas satisfecho—. El electroimán lo construiremos con hierro y alambre y lo aislaremos con papel. El resto de las piezas las construiremos en el taller de mi casa. Tengo herramientas para construir cualquier cosa en madera o hierro.

En vista de que todo parecía estar bien planeado, los dos amigos se pusieron manos a la obra. Primero fabricaron los dos transmisores, uno para Port-Huron y el otro que en su momento se llevaría hasta Point Edward. Tras unas pocas semanas de trabajo estuvieron terminados.

Entonces, Michael y Thomas dedicaron los cinco días siguientes a tender la línea que comunicase los dos pueblos. Con la ayuda de un par de caballos que cargaban el material y les permitían ir más deprisa, fueron colocando los aislantes y el cable de alambre en una línea de árboles que corría paralela al río St. Clair.

Cuando hubieron terminado, los dos amigos contemplaron su obra satisfechos.





—Bueno, pues ya está acabado —dijo Michael—. ¿Podemos probar ya el telégrafo?

—No está acabado —dijo Thomas—. Queda lo más difícil.

—¿Y qué es?

—El telégrafo necesita electricidad para funcionar. Tenemos que generar electricidad.

—¿Y cómo vamos a generarla? —preguntó Michael.

—Hace unos meses leí un libro de Benjamin Franklin en el que explicaba cómo. Durante sus experimentos, había generado electricidad mediante frotamiento —contestó Thomas—. Franklin frotó cristales contra pieles de

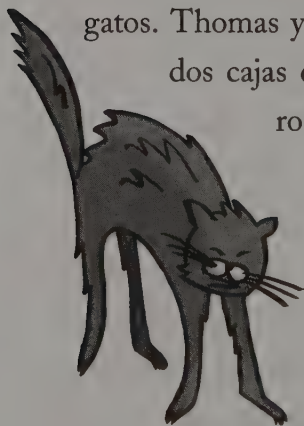
gatos y generó electricidad. Creo que, si hacemos lo mismo, tendremos electricidad suficiente para nuestra línea de telégrafo.

—Conseguir vidrio será fácil, pero ¿de dónde sacamos una piel de gato? —inquirió Michael—. ¿No pensarás despellejar un gato para hacer esto, verdad? ¡Me niego!

—Tranquilo, Michael. Vamos a necesitar algo más que una piel de gato. ¡Utilizaremos gatos vivos, muchos gatos vivos! Y tú sabes igual que yo dónde podemos encontrar muchos gatos vivitos y coleando.

Aquella misma noche, los dos amigos se colaron en silencio en el establo de la señora Wandersman, una anciana viuda que vivía acompañada por más de veinte gatos. Thomas y Michael fueron introduciendo en dos cajas de madera a cuantos gatos pudieron atrapar ofreciéndoles golosinas.

Cuando estuvo completa la carga felina, marcharon a un pequeño cobertizo construido cerca de la casa de Thomas donde habían instalado el transmisor y el inicio de la línea.



Una vez dentro del cobertizo, fueron sacando los gatos de las cajas y poniéndoles, uno a uno, una especie de armazón de alambre con un extremo comunicado a un cable. Cuando todos los gatos estuvieron colocados y con sus armazones puestos, pudieron iniciar la siguiente fase de la operación.

—Ya sabes lo que hay que hacer —le recordó Thomas a Michael mientras le entregaba una botella de vidrio vacía—. Frotar rápido y fuerte la botella contra el lomo de los gatos, y pasar de un gato a otro rápidamente. ¿Está claro?

—¡Todo claro!

—A la de tres. Una, dos y...

En pocos segundos, el cobertizo se convirtió en un campo de batalla entre humanos y gatos. Los mininos, asustados por el brusco roce de las botellas, comenzaron a saltar y maullar, pegaron arañazos y mordiscos a diestro y siniestro, hasta conseguir desembarazarse de sus prisiones de alambre y salir como alma que lleva el diablo por las gateras y las ventanas.

Cuando el cobertizo recobró la calma, solo quedaba un amasijo de alambres desperdigado por el suelo,

un transmisor hecho pedazos, trozos de vidrio roto y dos muchachos llenos de arañazos y heridas por todo el cuerpo.

—¡No tienes una sola idea buena, hijo mío! —refunfuñaba la señora Edison mientras lavaba las heridas de Thomas con agua y un trapo limpio. Espero que hayas aprendido algo positivo de esta ocurrencia.

—Sí, madre, he aprendido la lección —contestó Thomas mientras volvía a ponerse la camisa y abandonaba la habitación—. Gracias por curarme, madre.

Thomas cerró la puerta tras de sí y salió a la calle. Se detuvo un instante en el porche de su casa, respiró el aire fresco de la mañana y dijo:

—He aprendido una forma de no generar energía. Está claro que con gatos vivos no funciona. Pero seguro que encontraré otra manera de conseguirlo...



THOMAS ALVA EDISON

Thomas Alva Edison (Milán, Ohio, 1847–West Orange, Nueva Jersey, 1931) fue un inventor que desarrolló la mayor parte de su carrera en el campo de la electricidad y sus aplicaciones prácticas. Patentó durante su vida más de mil inventos, entre los que destacan la bombilla incandescente, el fonógrafo, la silla eléctrica, el quinetoscopio (un mecanismo para reproducir imágenes en movimiento, anterior al cinematógrafo de los hermanos Lumière), el acumulador de Edison (una batería eléctrica), el micrófono de gránulos de carbón, el mimeógrafo (un precursor de multicopista) y el telégrafo automático.

Además de su gran intuición para dar soluciones prácticas diferentes y creativas a los problemas, una de las virtudes más alabadas en Edison fue su actitud de no rendirse nunca ante los fracasos.

Tras realizar durante años más de mil intentos fallidos para crear una bombilla, le preguntaron en cierta ocasión si no le deprimían tantos fracasos. “En absoluto”, respondió Edison. “Con cada intento fallido, estoy más cerca del éxito. Ahora ya conozco más de mil maneras de no fabricar una bombilla”.

Por fin, en 1879, Edison realizó en California la primera demostración de una bombilla incandescente que iluminó ininterrumpidamente durante dos días completos.

PABLO PICASSO

LA BANDA DE PICASSO

¿Sabías que el pintor Pablo Picasso fue durante un tiempo sospechoso de haber robado uno de los cuadros más importantes de la Historia del Arte? Ocurrió en París, cuando todavía era un artista desconocido para el gran público.

1901-1904: Período azul.

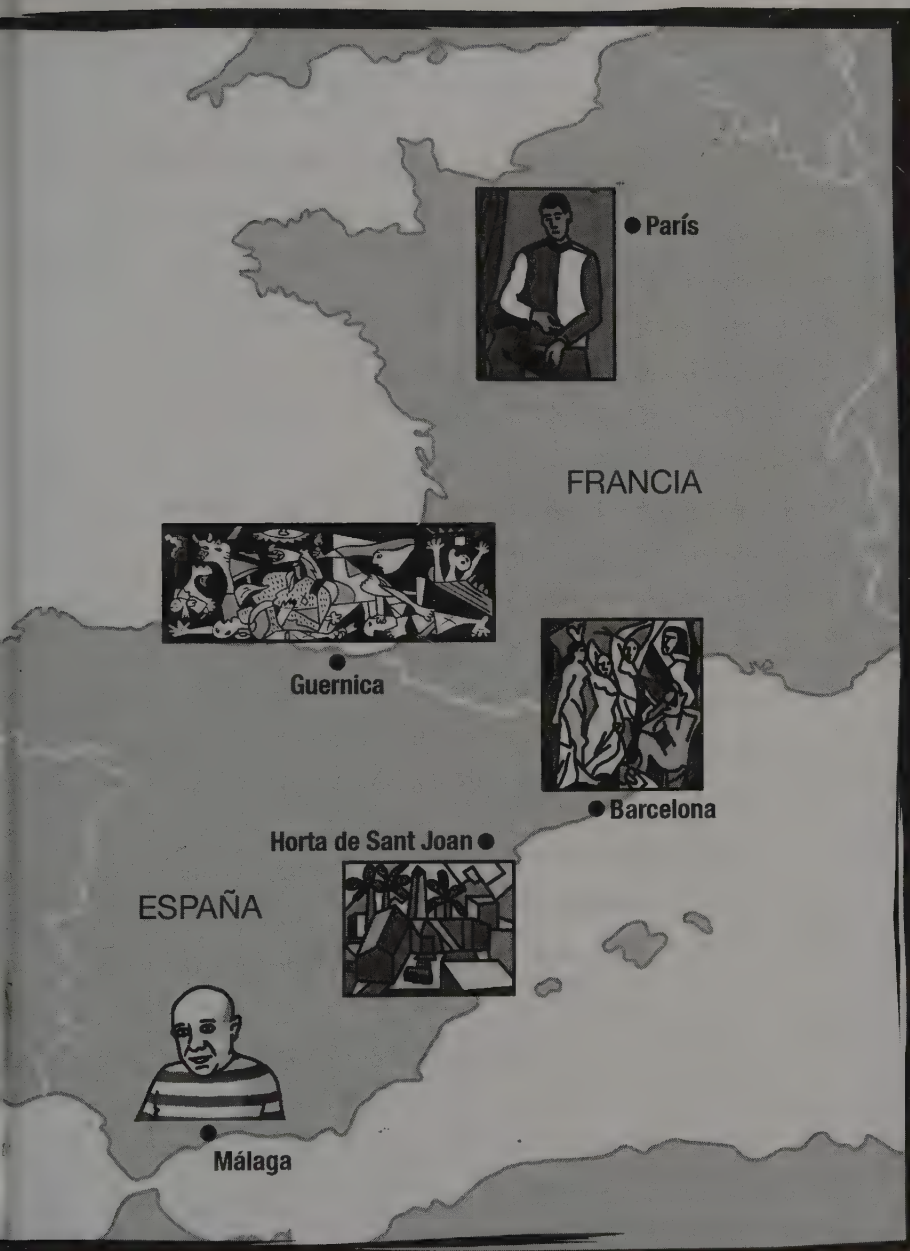
1905-1907: Período rosa.

1907: Picasso pinta *Las señoritas de Aviñón*.

1937: Pinta su obra más famosa, el *Guernica*.

1949: Dibuja *La paloma de la paz*.





| | | | |
|--|---------------|-----------------|-----------------------|
| | | | |
| | | | |
| | Edad Media | Edad Moderna | Edad Contemporánea |

DURANTE EL MES DE AGOSTO, París era un desierto. Todo el que podía escapaba de aquella ciudad que comenzaba a llenarse de coches a motor, tranvías y otros ingenios ruidosos y se refugiaba en la tranquilidad de alguna casa de campo o de la brisa marina y las olas en las playas de Normandía.

Los mandos de la *Gendarmerie* de París no eran una excepción. El comisario se había marchado el primer día del mes y no se esperaba su regreso hasta principios de septiembre. Los oficiales que habían quedado al mando habían esperado hasta el día 3 para hacer las maletas, de manera que ahora, la principal autoridad policial de París era el teniente Crétin.

El teniente se había graduado en la Academia gracias a las recomendaciones de varios amigos influyentes, y su única experiencia policial había consistido en arrestar a un perro callejero por orinar en una boca de metro. Crétin no tenía amigos, y se consideraba un auténtico genio de la ciencia policial. Había leído todas las novelas de Sherlock Holmes que habían caído en sus manos y se veía a sí mismo como la versión francesa del detective de



Conan Doyle. Incluso fumaba en pipa como su héroe y de vez en cuando decía “¡elemental!” sin quitarse la pipa de la boca. Entre los gendarmes de su comisaría había división de opiniones. Unos pensaban que Crétin era tonto, mientras otros opinaban que era un zoquete.

Sea como fuere, todos estaban de acuerdo en que menos mal que en París nunca ocurría nada en agosto, porque Crétin sería incapaz de enfrentarse a ningún problema serio.

—Mi teniente —por la puerta del despacho asomó un gendarme—, preguntan por usted. Es un hombre muy elegante.

—Hágale pasar.

Un hombre impecablemente vestido con traje oscuro, bigote bien cuidado y modales exquisitos entró en el despacho. Estrechó su mano con la del teniente y se sentó en una silla enfrente de él.

—Teniente... —el hombre hizo una pausa para que se presentase. Era la primera vez que lo veía.

—Teniente Crétin, para servirle —dijo Crétin, orgulloso.

—Encantado, teniente Crétin —dijo el hombre—. Imagino que sabe quién soy, ¿no es cierto?



—¡Por supuesto, mi querido amigo! —mintió Crétin. No tenía la menor idea de quién era aquel señor que parecía muy cómodo en la *Gendarmerie*. Crétin supuso que sería algún mandamás de la ciudad acostumbrado a tratar con sus superiores—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, *La Gioconda* ha desaparecido.

—¿*La Gioconda*? —repitió Crétin.

—En efecto, *La Gioconda* —confirmó el hombre.

—Dígame, esa... *Gioconda*, ¿es alguna cantante del Moulin Rouge o de algún otro cabaret de Montmartre? —preguntó Crétin mientras comenzaba a tomar notas en un cuaderno. Sherlock Holmes lo recordaba todo de memoria, pero él prefería apuntar las cosas. Por si acaso.

—¿Está burlándose de mí, teniente Crétin? —el hombre se irguió en su asiento al tiempo que se le borraba la sonrisa diplomática que había lucido hasta ese momento—. ¿De verdad cree que yo, Louis de Cantineau, el director del Museo del Louvre, voy a venir a denunciar la desaparición de una corista? ¡*La Gioconda*!, teniente Crétin, ¡*La Gioconda*!, ¡*La Mona Lisa*! ¡El cuadro pintado por Leonardo da Vinci! ¡Ha desaparecido!



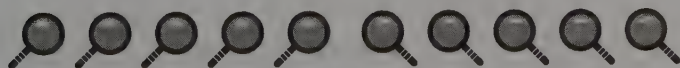
Los siguientes minutos de conversación transcurrieron entre excusas de Crétin por su ignorancia, que intentó disfrazar de broma, y lamentos del director del Louvre por la importante pérdida. Al final, Crétin le aseguró que la *Gendarmerie* daría con los responsables y recuperaría el cuadro en pocas horas. Cuando Cantineau abandonó el despacho, el teniente se dejó caer en su silla.

¿Qué haría Sherlock Holmes si estuviera en su lugar? Crétin recordó que Holmes siempre encontraba la pista correcta en el lugar más insospechado. Debería ir al Louvre, sin duda, pero quizás el indicio más importante estuviera lejos de la escena del crimen, quizás delante de sus propias narices.

Mientras reflexionaba sobre los métodos detectivescos de Holmes, Crétin comenzó a pasar con dejadez las páginas del periódico *Le Siècle* que tenía sobre la mesa. De repente, se detuvo en una página y leyó el titular de una noticia.

La Banda de Picasso declara la guerra al arte.

Crétin mandó venir a todos los gendarmes de servicio. Cuando estuvieron reunidos en el despacho, el teniente, orgulloso y estirado como un pavo real, comenzó a hablar.



—Hace apenas diez minutos que el director del Louvre ha denunciado el robo de un importante cuadro, la *Girolonda*...

—Querrá decir, *La Gioconda*, señor —le corrigió el gendarme Chabal.

—Bueno, eso —respondió Crétin molesto por la interrupción—. Decía que hace apenas diez minutos que se ha denunciado el robo y yo, la mayor mente detectivesca de la *Gendarmerie* de París, y quizás de toda Francia, ya he solucionado el caso sin salir de mi despacho.

Y, diciendo esas palabras, se acomodó en el respaldo de su silla mientras arrojaba el periódico sobre la mesa para que los gendarmes pudieran leerlo.

—Ese Picasso y su banda —continuó Crétin con aires de triunfo—, integrada por un tal Juan Gris, un tal Modigliani, y un tal Apollinaire, entre otros, son tan estúpidos que informan en el periódico sobre sus reuniones de conspiradores. Lean, lean, y verán que se declaran enemigos de todas las artes, y llegan a afirmar que se deberían destruir todos los museos porque paralizan la imaginación. ¡Ellos han robado la Glotona!

—En la noticia se dice dónde se reúnen —señaló el





gendarme Chabal renunciando a corregir el nombre del cuadro—. Un lugar llamado Bateau-Lavoir, en el número 13 de la calle Emile Goudeau. ¡Eso está en Montmartre!

En poco más de veinte minutos, todos los gendarmes de servicio, dirigidos por el brillante Crétin, estaban frente a la puerta del Bateau-Lavoir. La abrieron de golpe y entraron en tropel para detener a la peligrosa banda. Pero solo encontraron a un hombre de unos treinta años, moreno, con el pelo alborotado y lleno de pintura. Lo detuvieron para que lo interrogase Sherlock Crétin.



—¿Cuál es su nombre?

—Picasso... Pablo Ruiz Picasso.

—¡El jefe de la banda! —exclamó triunfante el teniente—. Bien, Picasso, ¿dónde está?

—¿Dónde está quién?

—La Giorona, la Mona Plana. No se haga el inocente, monsieur Picasso —le advirtió Crétin.

—Querrá decir *La Gioconda*, *La Mona Lisa* —dijo Picasso—. Pues en el Louvre. Es un museo de pintura que hay en París. ¿Ha estado allí alguna vez?



El teniente Crétin fulminó con la mirada a dos de los gendarmes que intentaban reprimir la risa por la respuesta de Picasso. Crétin comenzó a dar vueltas por la habitación mientras jugueteaba con su pipa. El suelo y las paredes estaban repletos de lienzos, unos recién pintados, otros, con aspecto de llevar allí varios meses a la espera de comprador. Crétin se detuvo ante un cuadro muy colorido en el que aparecían cinco mujeres desnudas. Eran muy extrañas, con



las narices de lado, y las diferentes partes de su cuerpo construidas por formas geométricas.

—¿Lo ha pintado usted, monsieur Picasso?

—Sí —respondió Picasso orgulloso—. Se llama *Las señoritas de Avignon*. ¿Le gusta?

—En realidad, no comprendo cómo le puede gustar ni siquiera a usted —respondió Crétin—. ¿No sabe dibujar mejor? Mi sobrina de cinco años pinta con más gusto que usted. Y este otro, ¿es usted? —Crétin señaló un retrato de un hombre joven con rasgos similares a los de Picasso, pero construido también a base de trazos rectos y formas geométricas.

—Sí, es un autorretrato.

—¿Y esto? —inquirió Crétin procurando que se notase en el tono de su voz el disgusto ante lo que estaba viendo.

—Es un bodegón.

—¿Un bodegón? ¿Quiere decir frutas, panes y otras comidas? ¿Y por qué todo es cuadrado? Usted, monsieur Picasso, tiene un problema...

—Se llama cubismo. Intento representarlo todo utilizando formas geométricas.

—Bueno, basta de charla —el teniente cortó la conversación de raíz—. Volvamos a nuestro asunto. Sé de muy



buena tinta, monsieur Picasso, que usted es el cerebro de un peligroso grupo criminal internacional llamado *La banda de Picasso*. ¿Lo admite usted?

—Admito que *La banda de Picasso* existe —dijo el pintor.

—¡Elemental! —exclamó Crétin poseído por el espíritu de Conan Doyle.

—¿Elemental? ¿Qué es elemental? —preguntó Picasso extrañado.

—¡Todo, *mon cher ami*, todo es elemental! —contestó Crétin mordisqueando la pipa—. Para las grandes mentes, como la de Sherlock Holmes y la mía, dedicadas a la lucha contra el crimen, desenmascarar a su organización ha resultado un juego de niños.

—¿Pero de qué está hablando? —Picasso comenzaba a mostrar una mezcla de nerviosismo y desesperación ante la imaginativa estupidez de Crétin—. La banda de Picasso es un grupo de pintores y otros artistas que nos reunimos para hablar sobre nuevas formas de expresar nuestro arte. ¡Eso es todo!

—¡No intente engañarme! ¿Acaso no han declarado los miembros de su banda que habría que destruir todos los museos porque paralizan la imaginación.

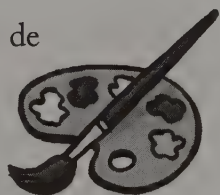


—¡Por favor! Solo es una forma de expresarse para llamar la atención del público.

—¡Basta ya de tonterías! —estalló Crétin—. ¡Usted y su banda han robado el cuadro de la *Mona Lisa* o como se llame! ¿Dónde está?

—Puede registrar mi estudio —dijo Picasso con voz de aburrimiento—, pero no la encontrará, por la sencilla razón de que yo no la he robado. Aquí solo hay cuadros míos. ¿No lo ve?

Tras examinar uno por uno las decenas de cuadros que había en el estudio, los gendarmes, y sobre todo el teniente Crétin, tuvieron que rendirse a la evidencia. Allí no había ni rastro de *La Gioconda*.



—Mi teniente —dijo el gendarme Chabal—, no tenemos ni una sola prueba contra Picasso. La declaración de un grupo de artistas diciendo que no les gustan los museos no es suficiente. Deberíamos irnos de aquí.

Los gendarmes comenzaron a abandonar el estudio del Bateau-Lavoir. Antes de cerrar la puerta, Crétin miró por última vez a Picasso y los cuadros que poblaban el estudio.



—No he terminado con usted —le dijo—. Conseguiré demostrar que lo ha robado. ¡Ah! Y, mientras tanto, cambie de profesión. Pintando así no tiene futuro. Jamás venderá uno de esos cuadros y, desde luego, nunca será un artista famoso ni nadie querrá robar sus pintarrajos.

Por fortuna, después del mes de agosto siempre llega septiembre, y con él la normalidad regresaba a las calles de París y a su *Gendarmerie*, que volvía a estar en manos de expertos policías. Se tardó casi dos años en recuperar la *Mona Lisa*, que había sido robada por Vincenzo Peruggia, un carpintero italiano que trabajaba en el Louvre. El cuadro apareció en Italia, que lo devolvió a Francia en enero de 1914.

Afortunadamente para Picasso, el teniente Crétin no acertó en ninguna de sus predicciones.

Elemental.



PABLO PICASSO

Pablo Ruiz Picasso (Málaga, 1881–Moulins, Francia, 1973) fue un pintor español considerado uno de los padres del arte contemporáneo. Gran parte de su vida transcurrió en París, donde conoció a los principales representantes de las artes y la intelectualidad de su época.

El arte de Picasso pasó por diferentes etapas. Comenzó con el llamado *período azul*, que abandonó tres años más tarde para iniciar el *período rosa*. A partir de 1907, Picasso dio un paso que cambiaría el arte del siglo xx al crear el estilo cubista, cuya primera gran obra maestra es *Las señoritas de Avignon*. Más tarde, Picasso abandonó el cubismo e inició una etapa más figurativa.

El inicio de la guerra civil española en 1937 hizo nacer en Picasso una mayor conciencia política. La obra maestra de este período, y posiblemente la más famosa de Picasso, es el *Guernica*, una denuncia del bombardeo que sufrió la ciudad del País Vasco en 1937, el primero de la historia contra una población civil.

La genialidad de Picasso consiste en haber explorado nuevas formas de expresión artística, rompiendo las reglas de representación artística de su época que, con ligeros matices, estaban vigentes desde hacía quinientos años. La idea de observar un objeto desde diferentes puntos de vista, como propone el cubismo, es absolutamente revolucionaria.



MARIE CURIE

LA BRUJA

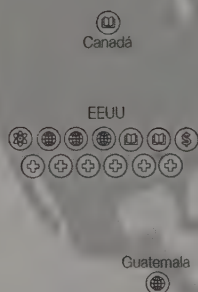
Marie Curie demostró que una mujer puede ser tan brillante como un hombre en cualquier actividad intelectual. Sin embargo, sus éxitos llevaban ocultos una maldición que no pudo comprender hasta que fue demasiado tarde. Y es que a veces las cosas buenas y las malas van unidas de manera inseparable.

1898: Descubre el polonio y el radio.









1903: Recibe el Premio Nobel de Física junto a Pierre Curie.

1906: Se convierte en Catedrática de Universidad.







1911: Recibe en solitario el Premio Nobel de Química.



Algunas mujeres galardonadas con el Nobel

| | |
|--|--|
|  Marie Curie |  Doris Lessing |
|  Gabriela Mistral |  Alice Munro |
|  Madre Teresa |  May-Britt Moser |
|  Rigoberta Menchú |  Malala Yousafzai |

Premios Nobel femeninos

| | |
|--|--|
|  Física |  Química |
|  Paz |  Medicina |
|  Literatura |  Economía |



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

París, 1912

AUNQUE TENGO MÁS DE CIENTO años, mi memoria es excelente. Recuerdo que en la época en la que todavía llevaba lazos de colores y jugaba con muñecas, me ocurrió una cosa que jamás he contado a nadie. Ahora, por primera vez, os la contaré a vosotros.

Era el año 1912, y yo vivía en París junto a mis padres, los señores Kozlowsky, en un bonito piso de la calle Lhomond. Era un barrio agradable, cerca de los Jardines de Luxemburgo, adonde iba a menudo a jugar, y donde vivían muchos emigrantes polacos, como nosotros.

Estaban los Podolsky, los Nowak, los Opieczonek y los Jempolowsky, pero recuerdo con especial claridad a la señora Maria Sklodowska y a sus dos hijas, Irene, que tendría unos quince años, y Eva, que tenía 8, dos años más que yo. Las tres Sklodowska vivían en el edificio que estaba al otro lado de la calle, en el primer piso. En el bajo, había un local muy grande que también era de su propiedad, pero en aquel momento yo no sabía para qué servía.

La señora Sklodowska era una mujer de poco más de cuarenta años, cabellos rubios y ojos claros y tristes.



Cuando le preguntaba a mi madre por qué la señora Sklodowska estaba triste, siempre escuchaba la misma respuesta:

—Está triste y punto —decía mi madre—. Eres muy pequeña para estas cosas...

Aquella respuesta me creó la sensación de que había algo horrible en la vida de Maria Sklodowska, tan horrible que era mejor que una niña como yo no lo conociera. Por supuesto, eso no hizo más que espolear mi curiosidad ¿De qué se trataría?

La señora Sklodowska era amiga de mis padres, y era muy amable conmigo. Siempre que venía a casa, me traía caramelos, y siempre que íbamos de visita a la suya, me preparaba algún postre delicioso. Aunque eran mayores que yo, me encantaba jugar con Irene y Eva. La señora Sklodowska era como de nuestra familia.

Y entonces ocurrió.

Fue una noche de verano. Aquella tarde, había estado con otros niños del barrio jugando a disfrazarnos de fantasmas. Bueno, los mayores se habían puesto una sábana con dos agujeros para los ojos, mientras los pequeños, entre ellos yo, gritábamos aterrorizados.



Cuando llegó la hora de dormir, seguía tan asustada que no podía dormir. Cerré los ojos, pero fue inútil. Al cabo de un par de horas, decidí levantarme. Hacía calor, y las ventanas estaban abiertas para que entrase un poco de frescor nocturno.

Me asomé y miré el edificio de enfrente. En el primer piso, las luces estaban apagadas. Sin embargo, de las ventanas del piso inferior salía luz. No era una luz normal de bombilla. Era como un resplandor, por momentos verde, por momentos azul. Me quedé boquiabierta observando aquel espectáculo.

A través de la ventana pude ver unas mesas repletas de extraños objetos: unos eran como cacerolas, grandes y pequeñas, otros eran recipientes de cristal, pero no vasos y jarras como los nuestros. Tenían formas diferentes. Más altos, más bajos, con cuello, retorcidos. Y todos brillaban. Era como si de ellos saliesen olas de color. Me quedé apoyada en el alféizar de la ventana contemplando aquella maravilla.

De repente, observé que alguien se movía por la sala. Una silueta blanca sobre la que se estampaban los reflejos verdeazulados que salían de los recipientes. Se movía de





un lado a otro como flotando, o al menos eso me pareció.
¡Era un fantasma!

Pese al calor, mis dientes comenzaron a castañetear de miedo, pero no podía dejar de mirar. El fantasma iba de un lado a otro cogiendo cosas y amontonándolas en una mesa. Por fin, se paró delante de la mesa y pude verlo mejor. ¡Era la señora Sklodowska!

Estaba vertiendo líquidos en algunos de aquellos recipientes que despedían luz y haciendo cosas extrañas con ellos. ¿Serían pócimas mágicas? ¿Algún hechizo? A lo mejor me había equivocado, y no era un fantasma, sino



una bruja. Me quedé allí observando durante un rato, hasta que la señora Sklodowska bajó las persianas y salió de la sala. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero lo que estaba claro era que tampoco iba a pegar ojo el resto de la noche. No señor. Sabía perfectamente lo que hacían las brujas con los niños pequeños. Conocía la historia de *Hansel y Gretel* al dedillo.



—Pareces cansada, mi pequeña Alina —me dijo mi madre por la mañana dándome un beso—. ¿No has dormido bien?

¿Debía contárselo a mamá? ¿Debía decirle que la señora Sklodowska era un fantasma, o una bruja? Seguro que no me creería, como ocurrió la vez que le conté que nuestro gato hablaba, o cuando dije que había visto un elefante volando. Claro que en esas ocasiones me lo había inventado.

—No me pasa nada, mamá —dije para tranquilizarla—, estoy bien.

—¡Perfecto! Entonces, vístete, que vamos al parque.

Nada más salir de nuestro portal, mi madre y yo nos encontramos cara a cara con la señora Sklodowska. Al verla, sentí un escalofrío que recorría mi espalda y mi



corazón comenzó a latir tan rápido que casi se me salió por la boca. Me agarré a la mano de mi madre con todas mis fuerzas e intenté esconderme detrás de ella.

—Buenos días, Maria —dijo mi madre.

—Buenos días, Laska, buenos días, pequeña Alina —respondió la señora Sklodowska con una sonrisa.

¡Estaba perdida! ¡Me había visto! En menos de un segundo, corrieron por mi mente las imágenes de la noche anterior, y me imaginé a la señora Sklodowska encerrándose en una jaula, como al pobre Hansel, para cebarme antes de comerme.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —dijo Maria Sklodowska acercándose a mí para intentar acariciarme.

Al tenerla tan cerca, me fijé horrorizada en detalles en los que nunca había reparado. El rostro de Maria Sklodowska estaba surcado de arrugas, y parecía tener muchos más años de los que en realidad tenía. ¡Y sus manos! Estaban llenas de manchas grises y quemaduras, y se movían con dificultad, como si estuvieran agarrotadas. Aquello era la prueba definitiva. ¡Manos de bruja! ¡La señora Sklodowska era una bruja! Aterrada, me arrimé tanto a mi madre que casi me metí debajo de su falda.



—No le hagas caso, Maria —se disculpó mi madre. Se ha levantado un poco rara. Cosas de niños.

Mi madre y Maria Sklodowska se despidieron y yo respiré aliviada. En el parque estuve jugando con otras niñas y disfruté un montón, aunque, de vez en cuando, me asaltaba el recuerdo de las garras de la señora Sklodowska y el miedo volvía a invadir mi corazón.

Durante toda la semana, estuve levantándome de la cama por la noche para observar el piso bajo que, ahora lo sabía, era la guarida de una bruja. Y todas las noches volvía a ver las mismas luces y la misma silueta fantasmal fabricando horribles pócimas cuyos efectos no me atrevía ni siquiera a imaginar.

Por el día, me pasaba las horas encerrada en mi cuarto. Era el único lugar donde me sentía segura, sobre todo debajo de la cama.

Una noche de viernes, escuché desde mi habitación cómo mi madre le explicaba a mi padre los planes para el día siguiente.

—Maria Sklodowska cuidará mañana de Alina —le dijo—. Me ha dicho que lo hará encantada. Podremos ir al teatro y después a cenar a algún restaurante sin preocu-



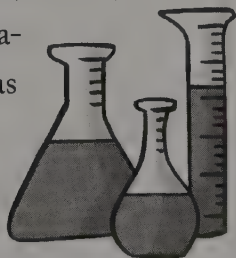
parnos por la hora de volver a casa. Alina dormirá en casa de Maria y la recogeremos el domingo por la mañana. ¿Te parece bien?

¿Que si le parecía bien a mi padre? ¡Y lo peor fue que dijo que sí! ¡Mis padres me abandonaban, igual que los padres de Hansel y Gretel los habían abandonado en el bosque! Solo que los míos no dejaban nada a la improvisación y me entregaban directamente a las garras de la bruja.

Aquello fue demasiado para una niña de seis años. Sin que nadie lo advirtiera, salí de mi habitación, bajé las escaleras y abrí la puerta de la calle. Corrí. Corrí y no paré hasta llegar a la estación de Austerlitz, donde pretendía tomar el primer tren que saliese de París.

Evidentemente, ni llevaba dinero ni en la estación nadie quiso montarme en un tren. Un gendarme se hizo cargo de mí y me llevó de vuelta a casa, donde, para aquel momento, mis papás ya estaban desesperados buscándome por todas partes.

No me quedó más remedio que contarles la verdad. Entonces no en-



tendí muy bien por qué, pero se rieron tanto que acabaron llamando a Maria Sklodowska para contarle mi ocurrencia aquella misma noche. Maria también se rió mucho, pero yo no me fui a la cama muy convencida de que solo se tratase de imaginaciones mías.

Ahora que soy mayor, muy mayor, hace ya muchos años que comprendí lo que había ocurrido. Para nosotros era Maria Sklodowska, aunque el resto del mundo la conocía como Marie Curie, por el apellido de su esposo, Pierre Curie, que había muerto unos años antes en un terrible accidente.


Comprendí entonces por qué parecía triste, y me enteré también de que trabajaba haciendo experimentos sobre una cosa llamada radioactividad, que provocaba que algunos objetos brillasen en la oscuridad. En ese momento, ni siquiera Maria Sklodowska era consciente de ello, pero la radioactividad la estaba matando lentamente, y por eso tenía aquellas quemaduras en las manos.

Pero, para gran alivio mío, también me enteré de que no era en absoluto una bruja, sino una de las mujeres más brillantes que ha existido jamás. Y tuve la suerte de conocerla personalmente, aunque casi me muero del susto.


































MARIE CURIE























Maria Skłodowska, conocida como Marie Curie (Varsovia 1867–Passy, Francia, 1934) fue una física y química que realizó grandes descubrimientos y avances en el campo de la radioactividad.








Estudió en la Universidad de la Sorbona en París, y allí conoció a Pierre Curie, profesor de Física, con quien se casó. Los Curie dedicaron sus esfuerzos a estudiar el descubrimiento de Henri Becquerel de unos rayos desconocidos emitidos por las sales de uranio. Estos rayos tenían relación con el descubrimiento de los Rayos X de Wilhelm Röntgen.



Los Curie descubrieron la radioactividad del torio, así como dos nuevos elementos químicos: el polonio y el radio, y consiguieron obtener muestras puras de estos elementos. Por estos avances recibieron el Premio Nobel de Física en 1903 y, tras la muerte en accidente de Pierre Curie en 1906, a Marie se le concedió en 1911 el Premio Nobel de Química.



Marie Curie fue una mujer extraordinaria y una trabajadora incansable en un mundo, el de la ciencia, donde solo destacaban los hombres. Fue la primera mujer en obtener una cátedra en la Universidad de París y también la primera en ganar un Premio Nobel. Murió a causa de la radioactividad a la que se expuso durante toda su vida. Su hija Irene continuó sus estudios y también obtuvo el Nobel de Química en 1935 junto a su marido Frédéric Joliot.



COCO CHANEL

LA GUERRA DEL CORSE

Hace aproximadamente un siglo, una mujer de origen muy humilde revolucionó por completo la forma de entender la moda femenina. Original, atrevida, rebelde, gran amante de la libertad de la mujer, Coco Chanel contribuyó a la lucha por la igualdad de derechos de las mujeres desde su propia profesión: la alta costura.

1910: Abre *Chanel Modes* en París, su primera tienda.

1916: Primera aparición de sus diseños en la revista *Vogue*.

1921: Lanza su perfume *Chanel N° 5*.

1931: Comienza a diseñar vestuario de películas para grandes actrices de Hollywood.

1957: Recibe el premio *Neiman Marcus Fashion Award* por ser "la diseñadora más influyente del siglo".



BOLSO 2.55



CAMELIA



LBD
(LITTLE BLACK DRESS)



ESTAMPADO
MARINERO



PERLAS



PERFUME CHANEL N.5

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

EL HIPÓDROMO DE LA PEQUEÑA localidad de Deauville era un hervidero de gente aquella tarde, a pesar de que el calor, especialmente intenso aquel verano, no daba tregua ni siquiera a la sombra. En las gradas, hombres y mujeres charlaban animadamente entre carrera y carrera, y abajo, en el *paddock*, los más aficionados observaban de cerca a los caballos para decidir a cuál apostar.

Allí estaba la flor y nata de la sociedad parisina, que había escapado en tropel de la capital francesa. Unos, simplemente para tomarse unos días de vacaciones; otros, porque cada vez era más seguro que la guerra que acababa de estallar en Europa acabaría por extenderse a la frontera entre Francia y Alemania. Todo el que había podido, se había alejado hasta las playas de Normandía en busca de paz y descanso. Hasta Poincaré, el presidente de la República, estaba allí con su familia descansando durante un par de semanas.

Gabrielle Chanel, a la que todo el mundo conocía como Coco Chanel, paseaba con su hermana Antoinette por el *paddock*. Tenía una sombrerería en París, y era famosa en la alta sociedad porque sus sombreros habían

salido en alguna revista y porque Gabrielle Dorziat, una de las actrices del momento, había lucido uno de sus modelos en una obra de teatro.

Ahora, también Coco Chanel había escapado de París, y había fundado una boutique en Deauville. Si mis clientes con dinero están en Deauville, yo también debería estar allí, se había dicho.

—Estoy pensando que, además de sombreros, en la nueva tienda de Deauville debería vender ropa —le comentó Coco Chanel a Antoinette—. ¿Qué te parece?

—¿Ropa? —Antoinette la miró sorprendida—. No sé si es una buena idea. La mayoría de estas mujeres tienen sus modistas de toda la vida en París, y algunas de ellas han trasladado sus tiendas aquí, igual que tú. Te resultaría muy complicado conseguir clientas.

—Son muy elegantes, ¿verdad? —dijo Coco observando a dos damas que se cruzaron con ellas. Una de ellas iba seguida por un caballo que se estaba comiendo las flores de su sombrero. Coco vio el desastre, pero no advirtió a la dama.

—Sí. Hay que reconocer que algunos de estos trajes son preciosos —respondió Antoinette intentando contener la risa.

—Dime una cosa, Antoinette, ¿sabrías reconocer diferentes estilos en estos trajes? Quiero decir, viendo uno cualquiera, ¿sabrías decirme sin dudar si es una creación de, por ejemplo, Worth, Poiret, Paquin o Delauney?

—No sé, cambian las tallas, los colores y algunos detalles decorativos, pero son todos iguales —admitió Antoinette mirando a las mujeres que había a su alrededor—. Creo que no podría saber quién los ha diseñado.

—¡Voilà! —exclamó Coco—. A eso me refería. Quiero vender una ropa que todo el mundo identifique como mía al instante. Que de cualquier mujer que lleve un traje mío, la gente pueda decir que lleva “un Chanel”, y que todas sus amigas la envidien y quieran tener también “un Chanel”.

—¿Y cómo serían esos “Chanel”? —preguntó Antoinette mientras se abanicaba para intentar aliviar el terrible calor que estaban sufriendo.

En ese momento, las dos hermanas vieron un grupo de personas que formaban un círculo y hacían aspavientos y gestos de preocupación. Picadas por la curiosidad, se acercaron para poder ver qué ocurría.

Tumbada en el césped había una mujer que era atendida por varias personas. Se había desmayado, probable-

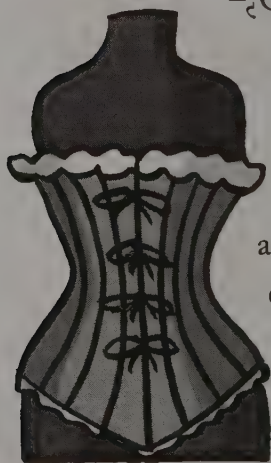


mente a causa del calor. Entre su marido y otras damas estaban intentando aflojarle los botones del traje y los lazos del corsé que llevaba debajo para que pudiera respirar.

—No me extraña que se haya desmayado —comentó una señora que observaba la escena junto a Coco—. Lo que no entiendo es por qué no nos desmayamos todas dentro de estos corsés.

En ese instante, Coco tuvo un momento de inspiración. Miró a la mujer que había hecho el comentario, le dio un beso en la mejilla y dijo:

—¡Muchas gracias, señora! —Luego, agarrando a su hermana por el brazo, se apresuró a alejarse de aquel lugar—. ¡Lo tengo, Antoinette! ¡Lo tengo!



—¿Qué es lo que tienes? —Antoinette la miraba sin entender qué estaba ocurriendo.

—¡Ya sé cómo será la ropa que voy a crear! —dijo Coco emocionada— ¡Se acabaron los corsés! ¡Ya no habrá más estructuras de varillas ni lazos apretados más fuertes que las maromas de los barcos!

—Pero, Coco, eso es absurdo —Antoinette intentó rebajar la euforia de su hermana—. Los corsés son parte de la moda femenina desde hace cuatrocientos años.

—¿Y qué? —contestó Coco—. Si algo está de moda, puede pasar de moda, ¿no?

—Bueno, sí, pero ¿quién dice qué está de moda y qué no está de moda?

—¡Yo lo haré! —dijo Coco muy segura—. ¡La ropa de Chanel dictará la moda!



—¡Vaya! No sabía que mi hermanita fuese tan importante —se burló Antoinette.

—Lo seré, no lo dudes —respondió Coco sin ofenderse por el comentario—. Contéstame a una pregunta: ¿Por qué llevan corsés las mujeres? ¿Quizás porque creen que es cómodo?

—No, claro que no. No es cómodo en absoluto. Nadie puede estar cómoda dentro de un armazón rígido apretado hasta cortarte la respiración y que te presiona tanto la cintura que sientes que el estómago se te va a salir por la boca.

—Entonces, ¿por qué? —insistió Coco.

—Imagino que porque resultan atractivas.

—A los hombres...

—Sí, a los hombres —confirmó Antoinette.

—¡Bien! Pues, entonces —concluyó Coco—, si tanto les gustan los corsés a los hombres, que se los pongan ellos. ¿Acaso las mujeres dictamos la moda de los hombres? ¡No! Su moda la marcan ellos, y te aseguro que van bien cómodos. Elegantes y apuestos, pero cómodos.

—¿Y cómo vas a convencer a las mujeres para que lleven tus trajes? Sus maridos no les permitirán llamar la atención rompiendo las reglas seguidas por la mayoría.

Entonces, Coco leyó un cartel colocado en una de las paredes de la grada. Dentro de exactamente un mes, el Presidente Poincaré ofrecería allí mismo, en el hipódromo, una gran fiesta. Sería la despedida de los soldados que debían incorporarse al ejército para ir a la guerra contra Alemania.

—No te preocupes. Tengo un plan.

Durante los siguientes treinta días, Coco diseñó varios modelos de prendas, todas ellas, por supuesto, sin corsé y que resultasen muy cómodas. Algunos eran pantalones, algo que hasta aquel momento las mujeres solo llevaban para montar a caballo. También faldas largas, pero no hasta el tobillo, sino por debajo de la rodilla, y camisas ligeras sin ajustar a la cintura. Eran prendas totalmente revolucionarias.

De todos los modelos, realizó primero dos ejemplares, uno para su hermana Antoinette y otro para su tía Adrienne, que, como ellas, tenía también unos treinta años. Las dos se dedicaron a lucirlos a la menor ocasión, siempre que quedaban con alguna amiga de su edad.

—¿Te gusta mi nuevo modelo? Lo ha diseñado Coco. Es tan atrevido que, si te lo pusieses, a tus padres les

horrorizará –decían Antoinette y Adrienne a todas sus amigas-. ¿No te apetece ir cómoda y, además, llamar la atención? ¡Será divertido!

El día señalado para la celebración de la fiesta, en el hipódromo no cabía un alfiler. Ese día no habría carreras de caballos; tan solo comida de picnic, bailes y juegos al aire libre, desde la gallinita ciega hasta el croquet. Coco estaba muy nerviosa por ver la reacción de la gente ante sus diseños.

Tal como había planeado, cerca de quince jóvenes de importantes familias parisinas se habían atrevido a desafiar la moda del corsé y se habían comprado los pantalones o las faldas sueltas diseñadas por Coco Chanel. Las mujeres más mayores las miraban sorprendidas.



–A mí no me parece mal –comentaba una.

–Pues a mí me parece horrible –replicaba otra escandalizada-. ¿Dónde se ha visto una mujer sin corsé? ¡Y con esas faldas tan cortas! ¡Pero si se les ven los tobillos! ¡Está casi desnuda! ¡Esto es el fin del mundo!

—Mademoiselle Chanel —una dama se acercó a Coco acompañada por su hija, que lucía uno de sus modelos más atrevidos. ¡Era la esposa del presidente Poincaré!—, me gustaría preguntarle si podría usted hacerme uno de esos modelos de falda para mí.

—Por supuesto, Madame Poincaré —le contestó Coco con una enorme sonrisa—. Mañana mismo puede pasarse por mi boutique, junto al hotel Normandía, para que le enseñe diseños y le tome medidas.

—Excelente. Mi esposo es muy tradicional y no le hace ninguna gracia, pero como mañana regresa él solo a París, no verá lo que he comprado hasta que no lo encuentre ya colgado en mi armario —respondió Madame Poincaré guiñando un ojo.

—Esperemos que la guerra dure poco —respondió Coco—, pero, mientras tanto, las mujeres aprovecharemos para declarar la guerra al corsé.

COCO CHANEL

Gabrielle Chanel (Saumur 1883-París, 1971), conocida como Coco Chanel, fue una diseñadora de alta costura que cambió radicalmente la forma de entender la moda y la personalidad de las mujeres.

En 1909 inició su camino en el mundo de la moda con una tienda de sombreros. A partir de 1913, Coco Chanel amplió su campo de trabajo a la moda de mujer, donde, tomando como inspiración la cómoda y elegante ropa masculina de la época, diseñó creaciones en las que liberaba a la mujer de los corsés, los grandes sombreros y las ropas incómodas e innecesarias, y les proporcionaban una libertad de movimientos desconocida hasta entonces.

Fue también la primera en imponer la moda de la piel bronceada frente a los rostros pálidos que lucían las mujeres de su época. Y también fue ella quien propuso que no solo las mujeres ricas lucieran joyas auténticas, sino que cualquiera pudiera llevar adornos similares de bisutería. Su diseño del perfume Chanel n° 5 también cambió para siempre el mundo de la perfumería.

Algunas de sus ideas, reflejadas en frases como "el perfume anuncia la llegada de una mujer y alarga su marcha", "la simplicidad es la clave de la verdadera elegancia" o "todo lo que es moda pasa de moda; el estilo jamás" han marcado para siempre la historia de la moda femenina.

EL CHÓFER

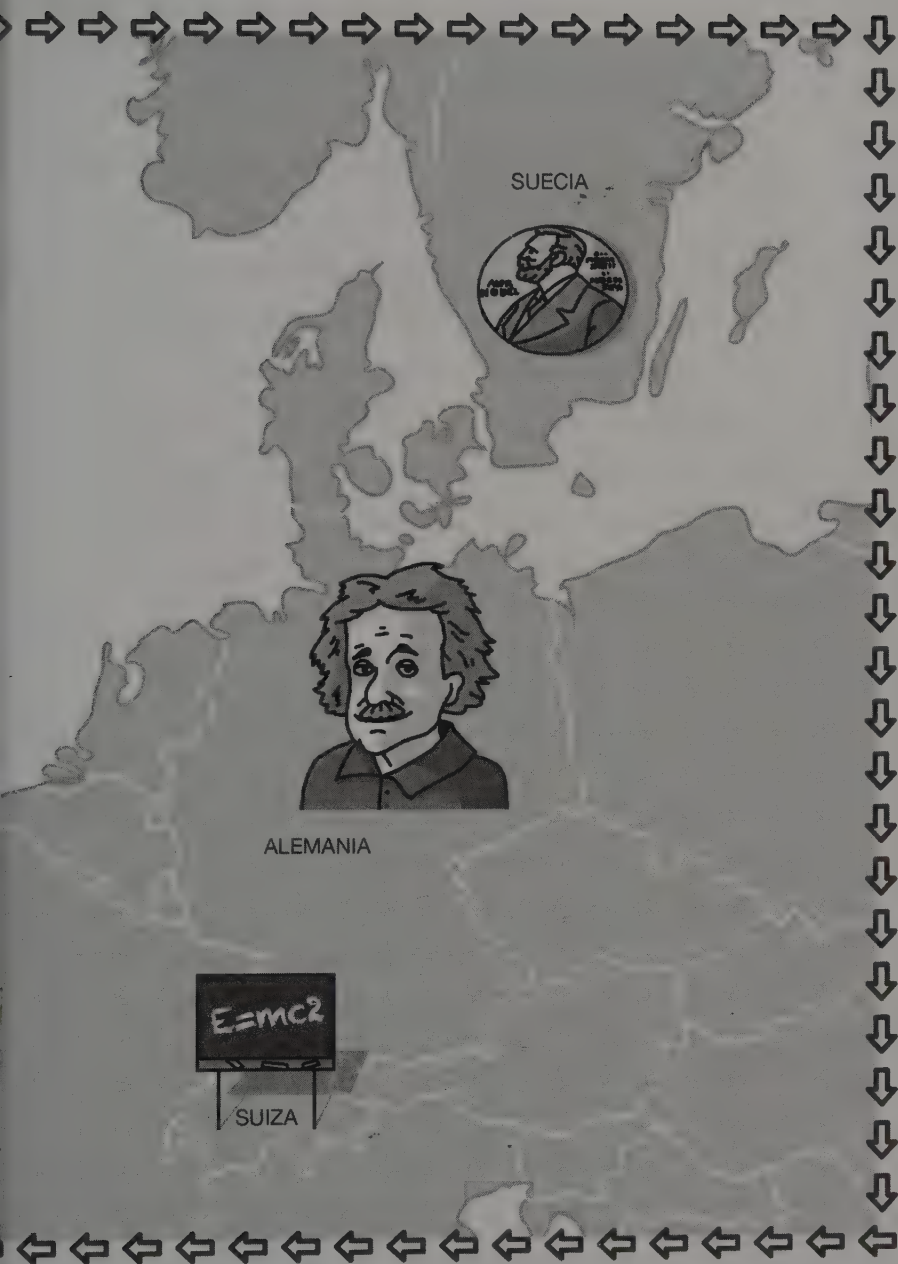
Además de ser uno de los mayores genios científicos de toda la historia de la Humanidad, Albert Einstein era un hombre con un gran sentido del humor, y no dejaba pasar una oportunidad de gastar una buena broma. Esto es lo que se le ocurrió durante un viaje a Estados Unidos.

1905: Einstein publica su Teoría de la Relatividad Especial.

1915: Presenta su Teoría de la Relatividad General.

1921: Se le concede el premio Nobel de Física.

1932: Abandona Alemania y se instala en Estados Unidos.



| | | | |
|--|------------|--------------|--------------------|
| | Edad Media | Edad Moderna | Edad Contemporánea |
|--|------------|--------------|--------------------|

COMO CADA MAÑANA, ALBERT

Einstein se levantó muy temprano, y tras asearse, abrió el armario y se dispuso a elegir la ropa que se pondría aquel día. En realidad, no resultaba una elección difícil, porque toda su ropa era idéntica: pantalones negros, camisas blancas, corbatas negras y chaquetas oscuras. De ese modo, no consumía energía escogiendo colores para combinar sus ropas y podía emplearla en resolver problemas más importantes. Luego, mientras desayunaba, ojeó el periódico del día, en el que se anunciaba su estancia en la ciudad:

Hoy, día 23, a las doce de la mañana, el físico alemán Albert Einstein pronunciará una conferencia sobre sus últimos descubrimientos en el campo de la Física en la Facultad de Ciencias de la Universidad Estatal.

—Pronunciará una conferencia sobre sus últimos descubrimientos... Y otra conferencia, y otra, y otra, y otra —murmuró mientras se acercaba a la boca la taza de café y daba un último sorbo—. Todos los días lo mismo.

Se secó los labios con la servilleta y salió al vestíbulo del hotel, donde, como todos los días, le aguardaba Andrew, el chófer que le acompañaba desde hacía más



de dos meses en aquella interminable gira por Estados Unidos.

El chófer le abrió la puerta trasera del automóvil, y Einstein se deslizó al interior rápidamente. Los primeros minutos de trayecto transcurrieron en silencio, algo muy poco habitual, porque a Einstein le encantaba charlar con Andrew. Extrañado, el chófer se atrevió a preguntar.

—¿Se encuentra bien, Herr Einstein?

—Ehhhh, sí, sí, me encuentro bien, gracias —respondió sin demasiada convicción.

Transcurrió otro par de minutos, y Einstein se decidió a hablar.

—¿Sabe, Andrew? Estoy deseando volver a mi casa en Alemania. Esta gira de conferencias por toda América es agotadora. ¡Y encima me roba tiempo para trabajar en mis nuevos proyectos!

—Ya lo imagino, Herr Einstein, pero es usted uno de los científicos más importantes del mundo. Todo el mundo quiere escucharle y conocerle personalmente. ¡Es usted el padre de la Teoría de la Relatividad!

—¡Vaya! —exclamó Einstein—. Veo que estás muy informado sobre mi trabajo.



—Bueno, llevo dos meses acompañándole a todos lados. Nos pasamos el día en el coche, charlando, usted me cuenta cosas, yo le cuento cosas, y así se conoce la gente.

—Entonces, si me conoces —le dijo Einstein divertido—, sabrás que me aburre enormemente repetir un día tras otro la misma conferencia, las mismas explicaciones, hasta los mismos chistes. ¡Es insufrible!

—Si quiere —le respondió Andrew—, le puedo sustituir en la conferencia de hoy. La he escuchado tantas veces que podría repetirla palabra por palabra.

Nada más acabar de pronunciar esas palabras, Andrew se arrepintió. Pensó que Einstein se enfadaría. ¿Cómo se atrevía él, un simple chófer, a pensar que podía hacer el trabajo del mayor científico del mundo? Guardó silencio, esperando que Einstein se olvidara del comentario.

—¿Y cómo lo haríamos? —preguntó Einstein.

—¿Perdón?

—¿Que cómo lo hacemos? ¿Decimos en la universidad que va a hablar mi chófer o te haces pasar por mí? Yo creo... —Einstein se tomó unos segundos para pensar— que sería mejor que dijésemos que tú eres Albert Einstein y yo..., y yo tu chófer. ¡Sería divertido!





—Herr Einstein —Andrew no podía creer que el científico fuera en serio—, es una broma, ¿no?

—¡En absoluto! ¡Me parece una idea genial! ¿De verdad te has aprendido la conferencia de memoria?

—Palabra por palabra, gesto por gesto, Herr Einstein. De eso estoy seguro.

—¡Pues no se hable más! Hoy pronunciarás tú la conferencia. Nadie me conoce personalmente, así que no hay peligro. Nos cambiaremos la ropa, y así tú serás Albert Einstein, y yo Andrew, tu chófer. ¿Puedes poner un poco de acento alemán al hablar? Le dará más realismo a la comedia.



-Trrrrres trrrristes tigrrrres comen trrrrrrigo en un trrrrrigal -dijo Andrew exagerando las erres mucho más de lo que lo hacía el Einstein auténtico y poniendo un tono muy enérgico.

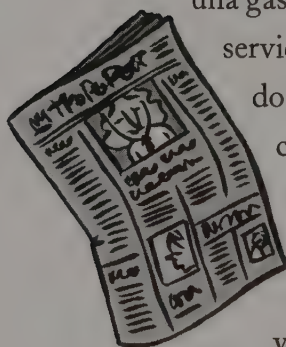
-¡Así es genial! ¡Habla usted con un acento alemán perrrrfecto! Ja, ja, ja -respondió Einstein.

Antes de llegar a su destino, el automóvil se detuvo en una gasolinera. Los dos hombres entraron en los servicios y se intercambiaron las ropas. Cuando salieron, Einstein, ya vestido de chófer, con su gorra puesta, le abrió la puerta trasera a Andrew y le invitó a entrar.

-Herr Einstein -dijo Einstein imitando la expresión favorita de Andrew y guiñándole un ojo.

-Grrrracias, Andrew -respondió el chófer exagerando de nuevo la pronunciación. Devolvió el guiño al científico y entró en el coche.

El coche reemprendió la marcha con Einstein al volante. Unos minutos después, entró en la universidad y se dirigió a la Facultad de Ciencias Físicas, donde había varias personas esperando la llegada del ilustre visitante.



El coche se detuvo, Einstein salió de él y se dirigió a la puerta trasera para abrísela a Andrew.

—Bienvenido a nuestra universidad, señor Einstein. Permítame presentarme, soy el decano, Raymond Woodard, a su servicio. Es un honor para nosotros que haya aceptado nuestra invitación y disfrute de nuestra hospitalidad.

—¡Encantado de conocerrrrle, señorrrrr Woodarrrrd!
—respondió Andrew, que tras las primeras dudas, se había metido a fondo en la broma, asumiendo su papel, y parecía encantado de la experiencia.

—El Aula Magna está abarrotada de público. Si le parece, no les hagamos esperar más —sugirió el decano.

—Perrrfecto. ¡Vamos allá!

Acompañado por el decano, Andrew entró en la Facultad y detrás de ellos toda la comitiva de profesores. Por último, Einstein, con la gorra de chófer en la mano. Llegaron al Aula Magna, y Andrew se dirigió a la mesa de conferenciantes, mientras Einstein se sentaba en una butaca lateral de la primera fila. El decano tomó la palabra.

—Damas y caballeros, es para mí un honor presentarles a uno de los mayores científicos de todos los tiempos, el padre de la Teoría de la Relatividad, que amablemente ha



aceptado nuestra invitación para explicarnos sus últimos avances en el campo de la Física. Con todos ustedes, procedente de Alemania, el profesor Albert Einstein.

—Muchas grrrrracias, señorr decano, muchas grrrrracias, damas y caballerrros. Agrradezco a la Univerrrsidad Estatal su amable invitación y, sin más prrreámbulos, comenzarrrré con mi charrrrla...

Cómodamente sentado en su butaca, Albert Einstein no perdía detalle de la exposición de Alfred. No había mentido. Se sabía la charla de principio a fin. Sabía dónde hacer las pausas, cómo acompañar las explicaciones con fórmulas o esquemas que dibujaba en la pizarra con precisión, y hasta tuvo que reconocer que tenía más gracia que él cuando hacía algún comentario chistoso. Y lo de exagerar el acento alemán resultaba divertido, casi exótico. Einstein giró la vista hacia atrás y vio que todo el mundo escuchaba atentamente y nadie parecía sospechar que estaba acudiendo a la clase magistral pronunciada por un chófer. Satisfecho, se acomodó en su asiento y disfrutó del resto de la charla de Andrew.

Casi una hora después, Andrew pronunció las últimas palabras y se despidió dando las gracias. Todos los

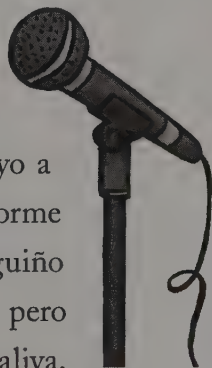


asistentes se pusieron en pie y prorrumpieron en unos entusiastas aplausos para el conferenciante. Cuando, por fin, se apagaron los aplausos, el decano tomó la palabra.

—Ha sido sin duda una excelente exposición, profesor Einstein. Pero, antes de terminar, nos gustaría abusar un poco más de su paciencia y que respondiese a las preguntas que pudieran tener los asistentes.

Andrew se quedó blanco. No se lo esperaba. Una cosa era repetir de memoria lo que había oído decenas de veces, y otra explicar Física de verdad. ¡Él era chófer! ¡Jamás había estudiado nada de Física, y frente a él había toda una legión de profesores de universidad! Pero no se podía negar sin más. Sin que nadie se diera cuenta, miró de soslayo a Einstein, sentado entre el público con su uniforme de chófer, y este le devolvió la mirada con un guiño de complicidad. Se lo estaba pasando bomba, pero no tenía intención de ayudarle. Andrew tragó saliva, recuperó la compostura y contestó.

—Porrr supuesto. Responderrré encantado a sus prrreguntas.



Al principio pareció que nadie se atrevía a preguntar. Era lo habitual. La conferencia de Einstein era tan perfecta que, o bien uno no entendía nada y no se atrevía a preguntar, o, si tenía la formación suficiente, todo le quedaba claro. Sin embargo, del fondo de la sala surgió una voz de uno de los asistentes.

—Profesor Einstein, yo tengo una pregunta. Verá, en su exposición usted ha comentado que...

Andrew sintió cómo un sudor frío le subía por el cuello, le zumbaban los oídos y dejó de escuchar. En realidad, daba igual. No entendía una sola palabra de lo que le estaba planteando aquel hombre. Intentó concentrarse, y consiguió oír únicamente el final de la pregunta.

—... así pues, ¿qué opina usted, profesor Einstein? ¿Es así o no?

Y entonces, Andrew miró a Einstein, que estaba muerto de risa en su butaca y la cara se le iluminó con una sonrisa. Andrew se ajustó la corbata, miró al profesor que le había formulado la pregunta y dijo:

—Querido amigo, la pregunta que me ha hecho usted es tan sencilla que voy a permitir que mi chófer, que se encuentra en esta sala, la responda por mí.



ALBERT EINSTEIN

El físico Albert Einstein (1879, Alemania–1955, Estados Unidos) es probablemente el científico más famoso del siglo XX. De niño tuvo dificultades de aprendizaje y de relación con otros niños, no aprendió a hablar hasta los tres años y no fue un estudiante brillante.

Estudió en Suiza, donde obtuvo el título de profesor de Matemáticas y Física. En 1905 publicó su primera gran obra científica: la Teoría de la Relatividad Especial, cuya aportación más conocida es la fórmula que establece una equivalencia entre masa y energía: $E = mc^2$. En 1915 presentó la Teoría de la Relatividad General, que describía la gravedad y la aceleración como aspectos de una misma realidad, revolucionando así el concepto de gravedad y de los estudios de Cosmología.

El 1919, unas observaciones de un eclipse solar confirmaron sus predicciones sobre la existencia de una curvatura de la luz, lo que le convirtió en un personaje muy popular en todo el mundo. En 1921 se le concedió el premio Nobel de Física.

En 1932 abandonó Alemania ante la inminente llegada al poder de Adolf Hitler y se instaló en Estados Unidos. Pese a su carácter pacifista, algunas de sus aportaciones científicas hicieron posible la fabricación de las primeras bombas atómicas, algo que lamentó hasta el día de su muerte.



Tijuana ●

FRIDA KAHLO

LA CAMPEONA MUNDIAL

A veces, la vida nos reserva sorpresas desagradables con las que no contábamos, pero es entonces cuando hay que ser fuerte y no rendirse. Frida Kahlo sufrió numerosas desgracias durante su vida, pero, en lugar de compadecerse, se refugió en la pintura. Fue así como se convirtió en una de las artistas más sorprendentes del siglo XX.

1925: Sufre un accidente y comienza a pintar.

1929: Se casa con el muralista mexicano Diego Rivera.

1935: Expone por primera vez.

1953: Única exposición individual durante su vida en Ciudad de México.

Ciudad Juárez

MÉXICO

Monterrey

GOLFO DE MÉXICO

MUSEO
FRIDA
KHALO

León

Guadalajara

Ciudad de México

Puebla

OCÉANO PACÍFICO

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

F RIDA, ¿PUEDES OÍRME?
-¿Mmmmm?
-Frida...

-¿Sí?

-¿Cómo estás?

-No sé... me duele todo el cuerpo. ¿Qué ha pasado?

-¿No lo recuerdas?

-No..., sí..., bueno, no sé... Recuerdo que iba en un autobús con Alejandro.

Unas manos acariciaron el pelo de Frida y le pasaron un paño húmedo por el rostro. El frescor del paño espabiló a Frida que, por fin, abrió los ojos.

-Hubo un accidente. Un tranvía os arrolló.

-¿Alejandro está bien?

-Sí, está bien. Él te sacó de entre la chatarra. Fue horrible. Murieron varias personas.

-Pero Alejandro está bien...

-Frida. Tienes que ser fuerte.

-¿Fuerte? ¿Por qué?

Durante unos instantes, no hubo más que silencio. Frida cerró los ojos de nuevo. Se sentía terriblemente cansada y con la sensación de no poder moverse.

—Tienes muchas fracturas. Tardarás bastante tiempo en recuperarte.

—¿Muchas? —Frida abrió de nuevo los ojos y agarró con fuerza la mano que acariciaba su pelo—. ¿Cuántas son muchas?

—No te preocupes ahora por eso.

—¡Dime la verdad!

—Tienes tres fracturas en la columna, dos costillas rotas, la clavícula... —la voz se detuvo.

—¡Toda la verdad! —insistió Frida con tono muy firme. Ahora ya estaba totalmente consciente y no perdía detalle de la situación.

—La clavícula, el pie derecho dislocado, once fracturas en la pierna derecha... —intentó detenerse de nuevo, pero sintió cómo Frida le apretaba de nuevo la mano. Decidió acceder a sus deseos. Tenía derecho a saberlo— una luxación de hombro y un pasamanos del autobús te entró por la cadera y salió por el otro lado de tu cuerpo. Lo siento. Los médicos dicen que es un milagro que estés viva.

De nuevo se hizo el silencio. Frida pareció recorrer con la mente todo su cuerpo, examinándolo sin moverse. Se concentraba en la pierna y aislaba ese dolor. Luego, se

iba a la cadera, y descubría otro dolor aún más intenso. Viajaba mentalmente hasta su espalda y percibía varios puntos en los que notaba punzadas.

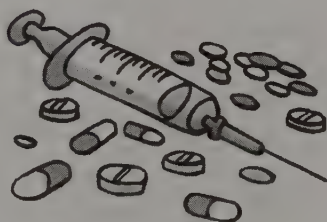
—Dejadme sola, por favor —dijo mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla—. No quiero ver a nadie.

Los siguientes días supusieron una auténtica tortura para Frida. Aparte de los dolores, tuvo que soportar las visitas casi diarias de los médicos, y también las de amigos de sus padres, sus compañeros de clase, amigas de la infancia. Todos querían verla, pero ella no se sentía con fuerzas de recibirlos y dedicar a cada uno una sonrisa. Solo quería ver a Álex, su novio, que vino un par de veces antes de despedirse. Se marchaba a estudiar a Europa, tal como tenía planeado antes del accidente. Poco a poco, Frida se acostumbró a su nueva situación. Todo el día tumbada en la cama, necesitaba de ayuda para las cosas más sencillas, desde cambiar de posición hasta asearse. Solo podía mover los brazos, pero no las piernas ni la espalda. Pasaban los minutos, las horas, los días, y lo único que hacía era mirar el techo y la ventana de su habitación.

Al principio se imaginó pegada a aquella cama para siempre, y sentía una pena infinita, pero también una

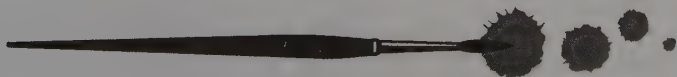
cierta satisfacción por ser tan desgraciada. “No hay nadie más desgraciada que yo”, pensaba. “Soy la campeona mundial de la desgracia”. La gente me reconocerá por la calle y dirá “¡Ahí va Frida, la chava más desdichada de México!” Y todos me querrán y admirarán por ser tan desventurada.

Y así los días sucedían a las noches y Frida cada vez se encerraba más en sí misma y en ese mundo imaginario en el que el mundo entero la ado-

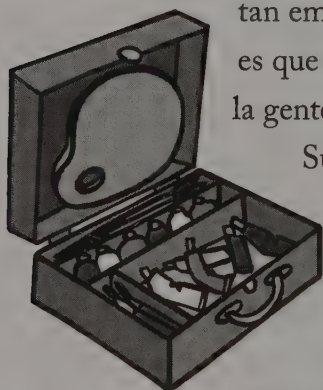


raba por lo mucho que sufría. Sufría por todo lo que se había roto en el accidente, porque no podía moverse, porque su novio Álex la había dejado y se había ido a Europa, porque ya no podría estudiar para ser doctora, porque...

Poco a poco, las visitas fueron espaciándose cada vez más hasta desaparecer. Llegó el invierno, y Frida aún debía pasarse todo el día en la cama. Los días eran cada vez más cortos y el hastío invadía cada rincón de la habitación. Una tarde de diciembre, mientras su padre leía el periódico en una mecedora junto a su cama para hacerle



un poco de compañía, Frida miró a su alrededor y descubrió, como no podía ser de otra forma, exactamente la misma habitación de siempre. Siempre igual, siempre, siempre...



—Esto de ser tan desgraciada —dijo en voz baja— no es tan emocionante como creía. La verdad es que es bastante aburrido. Dar pena a la gente no funciona.

Su padre bajó ligeramente el periódico y, por encima del papel asomaron sus ojos, divertidos ante lo que acababa de escuchar.

—No, no funciona —dijo—. A la gente le cansan las desgracias de los demás. No podemos vivir siempre entristeciéndonos.

Hubo un momento de silencio. Frida miró a su padre y luego apartó la vista hacia la ventana.

—Dime una cosa, Frida —el señor Kahlo decidió retomar el hilo de la conversación—, ¿a quién admiras tú?

—Déjame pensar... —respondió un poco sorprendida ante aquella pregunta—. Admiro al ministro José Vasconcelos.

—Porque lucha por llevar la educación a todos los rincones de México, a los niños más pobres que no tienen posibilidad de que sus padres les paguen un colegio —adivinó su padre.

—Sí, y también al presidente Benito Juárez —continuó Frida—, porque defendió nuestra patria frente al imperialismo europeo.

—¿Alguien más?

—A Emiliano Zapata, porque también luchó por defender los derechos y la dignidad de los campesinos y los más pobres.

—¿Tú dirías que alguno de ellos tuvo una vida fácil? —continuó don Guillermo Kahlo.

—Creo que no —respondió Frida tras reflexionar unos instantes.

—¿Y hay algún artista al que admires?

—¡Sí, claro! —contestó Frida—. Adolfo Best Maugard. ¡Me encantan sus pinturas!

—¿Y te gusta la música de Beethoven?

—Sabes perfectamente que sí, padre.

—¿Y la pintura de Toulouse-Lautrec o Goya?

—Claro.



—¿Y dirías que Beethoven tuvo una vida fácil siendo sordo? ¿O Toulouse Lautrec padeciendo una dolorosa enfermedad en los huesos, o Goya, sordo también y contemplando el horror de una guerra?

—No. Ninguno tuvo una vida fácil.

—Y, sin embargo —concluyó el señor Kahlo—, fueron capaces de aliviar su sufrimiento, de separarse mentalmente de su cuerpo, a través de la música o la pintura.

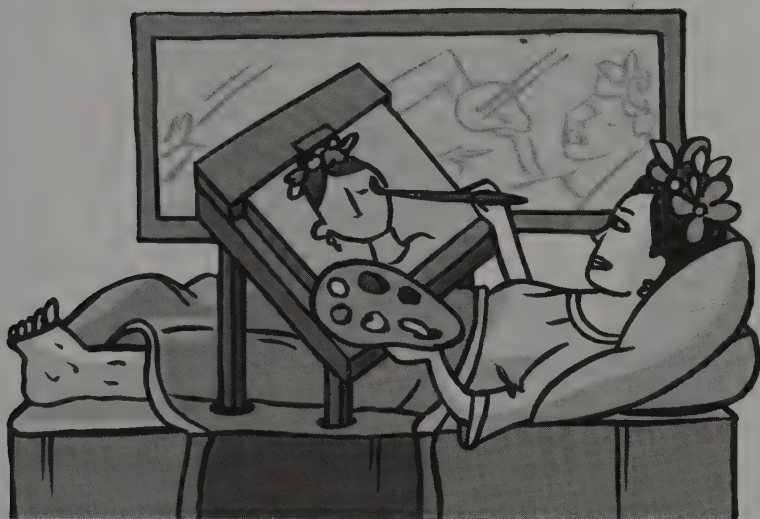
El señor Kahlo se levantó de su mecedora, miró por un instante a Frida y salió de la habitación. Tras un par de minutos regresó. Llevaba un maletín en la mano. Lo dejó sobre la cama, al alcance de las manos de Frida.

—Hija mía —le dijo—, ya va siendo hora de que hagas algo mejor que pasarte el día mirando por la ventana.

—¿Es tu caja de pinturas? —preguntó Frida—. ¿Quieres que pinte?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Frida se tomó unos segundos para pensarse la propuesta de su padre. Luego, agarró el asa del maletín y la abrió. Miró los pinceles, la paleta, los botes de pintura, y recordó cómo, cuando era más pequeña, siempre le pedía a su padre que le dejase jugar con aquel tesoro



multicolor. Y nunca se lo permitía. Ahora, si quería, sería suyo.

—Está bien —dijo al fin—. Tienes razón. No tengo nada mejor que hacer, aparte de lamentarme y compadecerme.

—Y eso ha dejado de funcionar...

—Es verdad —confirmó con una sonrisa—. Es muy aburrido. Pero, ¿cómo voy a pintar desde la cama?

—Eso déjalo de mi cuenta —respondió el señor Kahlo.

Al día siguiente, se presentaron en la habitación de Frida dos carpinteros contratados por su padre y le cons-

truyeron un caballete adosado a la cama, para que pudiera pintar tumbada.

—¿Qué es lo primero que vas a pintar? —le preguntó su padre mientras los carpinteros terminaban su trabajo.

—El paisaje que mejor conozco. Me gustaría pintarme a mí misma, un autorretrato —respondió Frida—. ¿Podrías traerme un espejo para verme?

—Creo que, ya que están aquí estos caballeros tan amables, haremos algo mejor.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos carpinteros desmontaron un espejo de cuerpo entero que estaba adosado a la puerta de un armario, y lo instalaron bajo el baldaquino de la cama. Cuando terminaron, Frida pudo ver todo su cuerpo por primera vez en muchos meses. Observó su pierna escayolada y con unos tornillos que sobresalían de la pantorrilla, y también la coraza de yeso que rodeaba todo su tronco. Recorrió con la vista todo su cuerpo de arriba abajo varias veces, pero no dijo nada. Luego, miró a su padre.

—Bueno, basta de lamentos —le dijo—. Si me colocas un lienzo en el caballete, comenzaré a pintar ahora mismo.



FRIDA KAHLO

Magdalena Carmen Frida Kahlo (Coyoacán, México 1907–1954) fue una pintora de enorme sensibilidad que utilizó el arte como forma de expresión de los sufrimientos de su vida. Comenzó a pintar a los dieciocho años durante una larga convalecencia después de un terrible accidente de tráfico. Años más tarde, conoció al también pintor Diego Rivera, que tuvo una gran influencia en su obra a partir de ese momento.

Entre las obras de Frida Kahlo destacan los más de cincuenta autorretratos que van contando de manera simbólica toda su evolución personal, pensamientos, miedos y esperanzas, como *Autorretrato con monos*, *Las dos Fridas* o *La columna rota*. Su otra gran característica es el empleo de motivos de la cultura popular mexicana en sus obras. Entre sus pinturas, destacan obras como *El ciervo herido*, *Hospital Henry Ford* o *La cama volando* y *La columna rota*.

Frida Kahlo es un ejemplo de superación personal, una persona que, a pesar de padecer durante toda su vida grandes sufrimientos físicos, y también espirituales, consiguió vivir una vida plena y desarrollar una carrera profesional enormemente creativa y exitosa. Es un espejo en el que pueden mirarse todos aquellos que sientan la tentación de rendirse y no seguir luchando en busca de sus sueños.

SIMONE DE BEAUVOIR

NO ADECUADO PARA SEÑORITAS

Una de las primeras formas que tuvo la filósofa y escritora Simone de Beauvoir de rebelarse contra los modelos de mujer sumisa que defendía la sociedad de su tiempo fue leyendo los libros que se suponía que no debía leer, porque no eran adecuados para señoritas. Esto es lo que ocurrió.

1929: Conoce a Jean-Paul Sartre.

1945: Funda la revista literaria existencialista
Les Temps Modernes, junto a Sartre,
Raymond Aron y Boris Vian, entre otros.

1949: Escribe *El Segundo Sexo*.

1954: Escribe la novela *Los mandarines*.



9 de enero de 1908

Nace en París.

1929

Estudia en la Facultad de Letras de la Sorbona, donde conoce al escritor Jean-Paul Sartre.

1986

Muere en París y su funeral es seguido en todo el mundo.

1981

Publica

La ceremonia del adiós, en la que se ofrece una visión de sus relaciones con Jean-Paul Sartre.

1964

Escribe *Una muerte muy dulce*, donde relata la muerte de su madre.

1954

Gana el premio Goncourt por *Los mandarines*, y se convierte en una de las escritoras más leídas del mundo.

1935-1937

Escribe su primera novela, *Primacía de lo espiritual*.

1945

Funda la revista literaria *Les Temps Modernes*.

1949

Escribe *El Segundo Sexo*, ensayo que se convirtió en la piedra angular del feminismo.



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

París, 1923

-G RETEL VOLCÓ SU DELANTAL y todas las perlas y piedras preciosas saltaron por el suelo, mientras Hansel también vaciaba sus bolsillos a puñados. Se acabaron las penas, y desde entonces vivieron felices y comieron perdices.

Simone cerró el libro y lo apretó contra su pecho. Miró a su hermana pequeña Helene, que la observaba desde su cama.

—¿Te ha gustado? —preguntó Simone.

—¡Oh, sí! ¡Me encantan los cuentos de los Hermanos Grimm! —respondió Helene. De repente, vio un destello de desagrado en la cara de su hermana—. ¿A ti no te gustan?

—Claro que me gustan, hermanita —respondió Simone mientras la arropaba. Le dio un beso en la frente—. Ahora, a dormir. Buenas noches.

Simone apagó la luz de la habitación de Helene y salió al pasillo. Lo cruzó, y entró en su dormitorio, donde había una gran estantería llena de libros, todos los que había leído desde que podía recordar. Colocó el ejemplar de cuentos de los Hermanos Grimm en su lugar, dio un paso atrás y contempló su colección.



Allí estaban, además de los cuentos de Grimm, los de Perrault, las novelas del Canónigo Schmidt, absolutamente todas las historias de aventuras de Julio Verne, varios cuentos de Rodolphe Töpfer, *Los viajes de Gulliver* y la interminable serie “Libros rosa” de la editorial Larousse.

Simone pasó la yema de sus dedos por los cantos de aquellos ejemplares que le habían hecho compañía en los últimos años. Había leído, viajado, pasado miedo, llorado, pero todos le habían mostrado un mismo mundo en el que, al final, los buenos ganaban y los malos perdían.

Sin embargo Simone tenía ya quince años, y ya sabía que el mundo real no era así. No siempre ganaban los buenos y los malos eran castigados. No siempre había un príncipe azul para una princesa en apuros, ni una princesa dispuesta a besar a una rana encantada. Había llegado el momento de despedirse de todos esos viejos libros.

—Necesito leer algo nuevo —dijo en voz baja—, algo diferente.

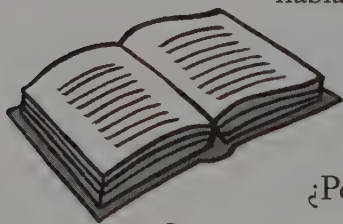
Y sabía dónde encontrarlo. En el piso de abajo se encontraba el despacho de su padre, el hombre que le había inculcado el amor por la lectura y que, gracias a los libros,



le había dado la oportunidad de no sentirse jamás sola, pese a que Simone no tenía demasiados amigos.

Bajó las escaleras en silencio para no despertar a sus padres, que ya estaban durmiendo. A oscuras, giró el picaporte del despacho, abrió la puerta y encendió la luz. Ante ella, se iluminó una gran pared cubierta de libros hasta el techo. Comenzó a leer los lomos para ver si encontraba algo que le resultase familiar.

De repente, se detuvo delante de *La Guerra de los Mundos*, de H. G. Wells, y recordó una escena de unos meses atrás, cuando había pedido leerlo y su madre se lo había prohibido.



—No debes —le había dicho—. Jamás toques los libros que no son adecuados para ti.

¿Por qué no sería adecuado para ella?

Simone decidió averiguarlo. Abrió el libro, y comenzó a leerlo. ¡Aquello era totalmente diferente a lo que había leído hasta entonces! Una historia de una invasión marciana, con aventuras, catástrofes, luchas y heroísmo. Pero aquel libro era también diferente porque su final no era del todo feliz. Le dejó a Simone una extraña sensación



de inseguridad, de miedo ante un futuro desconocido.

A la noche siguiente, después de contar otro cuento a su hermana, Simone volvió a bajar a la biblioteca. Esta vez, escogió un libro del que conocía el título pero que jamás había podido leer: *Los Tres Mosqueteros*, de Alejandro Dumas. Al abrirlo, se encontró con una sorpresa: había grupos de páginas cosidas a propósito, para evitar su lectura.

¿Qué podía hacer? Si las descosía, podría leer el libro completo, pero no sabría recomponer la costura y sus padres la descubrirían. Así pues, decidió leer solo las partes accesibles. Aquel libro le llevó más tiempo, y empleó varias horas de las siguientes cinco noches hasta acabarlo.

—No me ha quedado nada claro —le contó un día a su prima Lilian, mayor que ella y también muy aficionada a la lectura—. No entiendo quién era Milady de Winter, ni qué hacía, ni cómo acaba su historia. Hay tantas páginas cosidas que solo he leído su nombre cuatro o cinco veces. Parece muy importante en la historia, pero no sé por qué.

—¡Ay, mi primita Simone, qué curiosa eres! —se rio Lilian—. Te lo diré, pero será un secreto entre las dos, ¿de acuerdo?

—¡Prometido! ¡Un secreto!



—Verás, Milady es una mujer que trabaja como espía para el Cardenal Richelieu. Es muy inteligente, y seduce a los hombres para conseguir cosas de ellos.

—¿Seduce? —preguntó Simone—. ¿Quieres decir que...? Bueno, ya sabes. ¿No está casada?

—Sí, eso quiero decir, ya sabes... —respondió Lilian guiñando un ojo—. Y no, no está casada, ni con Richelieu, ni con el príncipe inglés.

—¡Vaya! —exclamó Simone—. Ahora comprendo por qué cosieron esas páginas. Esa Milady no es, como dice mi madre, “una señorita bien educada”. Pensarán que, si lo leo, me volveré como ella, ja ja ja.

A la noche siguiente, Simone regresó a la biblioteca de su padre. Esta vez le tocó el turno a *Madame Bovary* de Gustave Flaubert. Abrió el libro, y vio una nota escrita a mano en la primera página: “*No adecuado para señoritas*”. Toda una invitación para leerlo, pensó Simone.

Aquella novela la atrapó durante varias noches en las que rio, sufrió, lloró y se emocionó con cada página. Al día siguiente, comentó su nueva lectura con Lilian.

—Comparada con Emma Bovary, Milady de Winter era una mosquita muerta —le dijo a su prima entre risas—,





es una mujer llena de fuerza que se resiste a vivir la vida que le impone una sociedad dominada por los hombres y decide intentar ser feliz.

—No es un buen ejemplo de lo que debe ser una señorita, ¿verdad? —respondió divertida Lilian.

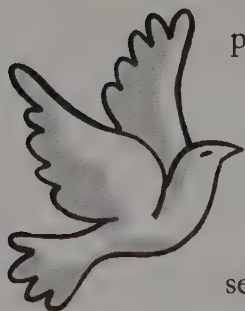
—Pues no, pero es una mujer valiente. Me gusta —dijo Simone convencida.

A *Madame Bovary* le siguió *Ana Karenina* de Tolstoi, *Cyrano de Bergerac* de Rostand, *Élla*, de H. Rider Haggard, *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll

y otros muchos libros, casi todos ellos con páginas cosidas o rótulos de advertencia, como si fuesen venenos que no se debieran consumir.

Un día, después de varios meses leyendo a escondidas, decidió que ya era hora de enfrentarse a la realidad. Hizo una pila con todos los libros que había leído sin permiso y se presentó en el salón de su casa, donde sus padres estaban descansando después de comer.

Al verla entrar cargada de libros, los señores de Beauvoir se incorporaron en sus asientos, sorprendidos.



—Padres —les dijo—, ya tengo casi dieciséis años y me gustaría que me consideraseis una persona adulta.

—Me parece muy bien —respondió el señor de Beauvoir—. ¿Y esos libros?

—Estos libros —contestó Simone mientras los depositaba con esmero sobre una mesa delante de los sillones de sus padres— son todos los que me he leído a escondidas, sin vuestro permiso, y sabiendo que actuaba en contra de vuestros deseos.

A la madre de Simone casi le dio un soponcio al escu-



char las palabras de su hija. Y la cosa no mejoró cuando empezó a comprobar algunos de los títulos de aquella montaña de libros. Por su cabeza comenzaron a cruzarse visiones de su hija convertida en Emma Bovary, en Ana Karenina, en Alicia, en Ayesha, en Milady de Winter, mujeres independientes, desobedientes, buenas a veces, malvadas otras, pero siempre libres de elegir lo que querían hacer en cada momento con su destino.

—Padres —continuó Simone—, os agradezco que intentéis protegerme, pero no podéis convertirme en lo que vosotros queráis que sea, una “señorita” perfecta, ni estaréis siempre a mi lado para decirme qué está bien y qué está mal. Eso lo tendré que decidir yo.

—Tienes razón, hija —reconoció su madre.

—Pero quiero que sea con vuestra ayuda —continuó—, así que os propongo un trato.

—¿Qué clase de trato? —preguntó su padre.

—Leeré todos los libros que me apetezca —hizo una pausa para sondear cómo recibían sus padres estas palabras—, por supuesto, sin capítulos cosidos.

—Has dicho que nos proponías un trato. ¿Qué nos das tú a cambio?



—A cambio, seré sincera con vosotros, y charlaremos como adultos de lo que haya leído en esos libros. Podréis darme vuestra visión de esas obras y de la vida, y así, con vuestras opiniones, podré tener más puntos de vista para poder seguir creciendo y progresando.

Los padres de Simone guardaron silencio durante unos instantes, mirándose el uno al otro con perplejidad. No sabían en qué momento había ocurrido exactamente, pero su pequeña Simone había dejado de ser una niña para convertirse en una mujer. Por fin, el señor de Beauvoir se decidió a hablar.

—Estaré encantado de hablar de libros contigo, Simone. Por cierto, ¿has leído *Los Miserables*, de Victor Hugo?



SIMONE DE BEAUVOIR

Simone de Beauvoir (París 1908–1986) fue una escritora y filósofa que se convirtió en una de las principales defensoras del feminismo. Su obra más influyente fue *El Segundo Sexo* (1949), donde afirma que los distintos comportamientos y papeles que se atribuyen a hombres y mujeres no se justifican por sus diferencias anatómicas, sino por el funcionamiento de la sociedad.

Según De Beauvoir, la sociedad enseña a las niñas en qué consiste “ser mujer”, con sus labores dentro de la casa, su dependencia del hombre y su carácter delicado y frágil. Esto, a su vez, hace que se dediquen a ciertos trabajos mientras que sean rechazadas en otros.

Junto con su pareja, el también filósofo Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir escribió sobre la corriente filosófica denominada existencialismo, que sostiene que no es el nacimiento lo que determina a cada ser humano, sino su propia existencia y las elecciones que haga a lo largo de toda su vida.

Las dos principales aportaciones de Simone de Beauvoir son su lucha por la igualdad de las mujeres y el respeto de los derechos humanos, en especial de las diferencias que suponen una discriminación. Este respeto se debe mostrar en la capacidad de cada uno para aceptar a todos los que sean diferentes por sus ideas, religión, raza, nacionalidad u orientación sexual.



CHARLES CHAPLIN

LA PERFECCIÓN

Muchos de los grandes genios han sido personas obsesionadas por su trabajo y por lograr la perfección, y esa obsesión a veces causa problemas. Esto es lo que le ocurrió a Charles Chaplin durante el rodaje de una de sus películas, *Luces de la ciudad*.

1921: *El chico*

1925: *La quimera del oro*

1931: *Luces de la ciudad*

1936: *Tiempos modernos*

1940: *El gran dictador*



1914

Charles Chaplin estrena su primera película, *Charlot periodista*. En los años siguientes rodará numerosos cortos en los que aparece ya su personaje, **Charlot**. A partir de los años 20, su carrera despegará.

1920

El chico

1921

Vacaciones

1922

Día de paga; El peregrino

1923

Una mujer de París

1925

La quimera del oro

1927

El circo

1930

Luces de la ciudad

1935

Tiempos modernos

1940

El gran dictador

1946

Monsieur Verdoux

1952

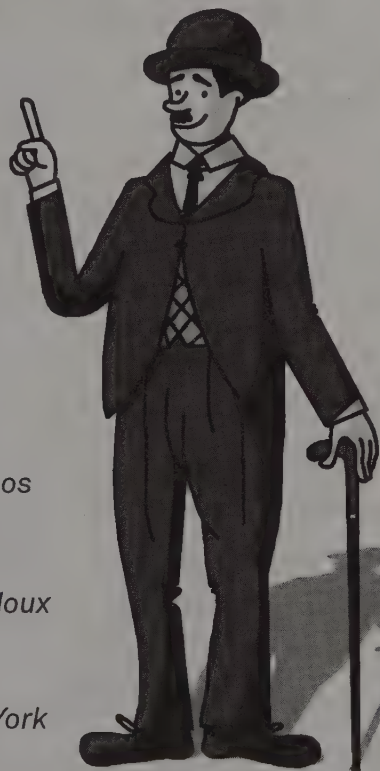
Candilejas

1956

Un rey en Nueva York

1966

La condesa de Hong Kong



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

EN LOS ESTUDIOS DE UNITED ARTISTS en Beverly Hills reinaba la confusión. Llevaban ya meses de rodaje de la película *Luces de la ciudad*, y ahora, Charles Chaplin, su actor, guionista y director, había decidido cambiar de actriz por segunda vez. Primero había elegido a Virginia Cherrill, después a Georgia Hale y, ahora, ¡otra vez a Virginia Cherrill!

El plató de rodaje era un hervidero de cuchicheos y comentarios, hasta que los rumores llegaron a oídos de Chaplin. Aprovechando que ese día no estaba en el plató la actriz sobre la que todos discutían, cogió el megáfono de director y se dirigió al equipo de rodaje:

—Sé lo que comentáis a mis espaldas —dijo Chaplin—. Soy consciente de que Virginia Cherrill no tiene experiencia en el cine, y que hay otras actrices que ya han trabajado conmigo en otras películas, que, además son más hermosas y conocen mi estilo a la perfección.

Un murmullo de satisfacción recorrió el plató. Parecía que Chaplin entraba en razón. Pero no había acabado su discurso.

—A Virginia la descubrí por casualidad una noche en un teatro. Le vi la expresión de los ojos y comprendí

que era exactamente lo que necesitaba. La mujer protagonista de *Luces de la ciudad* es una florista ciega, y Virginia es capaz de expresar con la mayor intensidad y realismo la mirada perdida de los ciegos, sin poner los ojos en blanco ni exagerar demasiado en los gestos. Y sé también que hace unos meses la despedí porque pensaba que no estaba comprometida con la película. Entonces contraté a Georgia Hale. Pero resultó que, aunque es muy buena actriz, fue incapaz de lograr que la escena funcionase. No había química, no había magia, y sin magia, no hay cine. Así pues, tuve que reconocer mi error, disculparme con Virginia y pedirle que volviera a aceptar el papel. Si no estáis de acuerdo, sois libres de marcharos. Al fin y al cabo, es mi película y haré lo que crea conveniente para que funcione. ¡Solo me vale la perfección!

Tras acabar el rodaje del día, Chaplin abandonó los estudios de United Artists y condujo su automóvil hacia su casa. De repente, cuando atravesaba una de las principales avenidas de Hollywood, se fijó en un grupo de varios cientos de personas que hacían cola delante de un teatro. ¿Qué harían allí? A esa hora no había función...



Chaplin redujo la velocidad de su coche y pudo ver un cartel colgado en la puerta:

Concurso de imitadores de Charlot

¡Vaya!, pensó. Nunca había imaginado que su personaje tuviera tantos imitadores. ¿Lo harán bien? Podría entrar y ver el concurso.

O mejor aún, ¿por qué no participar?

Dicho y hecho. Chaplin aparcó su automóvil y sacó del maletero una bolsa de cuero donde guardaba todos los accesorios de su personaje de *Charlot*: el pantalón, los zapatos grandes, el chaleco, la camisa, la corbata, el bombín, el bastón y el bigote postizo.

Luego se dirigió a la puerta del teatro, se colocó en la cola de los que querían inscribirse, y esperó su turno. La gente iba entrando poco a poco. En el vestíbulo, había una mujer sentada delante de una mesa que apuntaba el nombre de los concursantes y les entregaba un dorsal. Por fin le llegó el turno a Chaplin.

—¿Nombre? —preguntó la mujer.

—Charles Chaplin.

—Sí, claro, como todos —respondió la señorita—. ¿Y no tendrá, por casualidad, otro nombre?



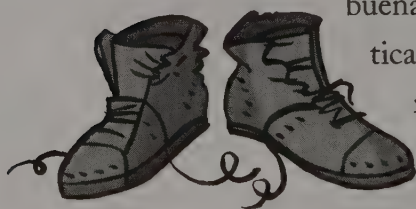
—Charles... Smith —dijo Chaplin, reconociendo que era absurdo insistir en su verdadera identidad.

—Muy bien, señor Smith —dijo la mujer mientras le entregaba un trozo de tela con unos alfileres—. Su número es el 124. Puede vestirse y maquillarse en los camerinos de la planta baja. Luego espere a que le llamen por su número. Buena suerte.

Chaplin cogió el dorsal 124 y bajó a los camerinos. Se vistió y se maquilló y luego estuvo viendo la actuación de varios participantes. Aquello resultaba divertido. Ha-

bía concursantes de todo tipo: hombres, mujeres, niños, ancianos, gordos, flacos, altos, bajos, incluso gentes de otras razas, un tipo vestido de payaso y una señora muy cursi que había disfrazado de *Charlot* a su perrito Lulú, un repugnante caniche gruñón que inspiraba antipatía con solo mirarlo.

Pero tenía que reconocer que también había varios concursantes que habían conseguido imitaciones muy buenas. Llevaban una ropa casi idéntica a la suya, eran hombres de su



misma estatura aproximadamente y habían logrado imitar sus gestos y movimientos

con gran habilidad. Mientras esperaba su turno, a Chaplin le gustaron especialmente los concursantes con los números 5, 23, 45 y 72. Y, a juzgar por los aplausos, también eran los favoritos del público que abarrotaba la sala.

Por fin, llegó su momento. El concursante número 123 había sido el chucho malhumorado de la señora cursi. Se había puesto a dos patas y había intentado dar unos pasos sosteniendo un pequeño bastón con la boca mientras gruñía a los miembros del jurado. La actuación había tenido

muy poca gracia, había arrancado unos pocos aplausos de compasión entre el público pero, evidentemente, era más un pobre número de circo que una imitación.

—El siguiente concursante es el número 124 —dijo por la megafonía del teatro la voz de uno de los jueces—. El señor Charles Smith.

Chaplin salió al escenario caminando con los pies hacia afuera, girando el bastón con la mano izquierda y combinando a la perfección un porte elegante con gestos ridículos. Se acercó al borde del escenario e hizo una reverencia al público quitándose el sombrero y mostrando una enorme sonrisa mientras abría y cerraba los ojos con gran rapidez. Luego, se dio media vuelta, caminó a lo largo del escenario un par de veces, fingió tropezarse con una línea blanca pintada en el suelo y le entregó una flor a una preciosa joven que se encontraba junto al telón.

Cuando acabó su actuación, saludó de nuevo al público y se retiró en medio de una gran ovación mientras escuchaba de nuevo la voz del juez.

—¡Un gran aplauso para nuestro concursante 124: el señor Charles Smith! Y ahora, pasemos al número 125, George Rogers.



El concurso se prolongó media hora más hasta que completaron su actuación los 165 participantes. Luego, tras unos minutos de deliberación del jurado, se haría público el nombre del ganador.

—¡Qué nervios tengo! Espero que mi Lulú sea el ganador —le dijo a Chaplin la señora cursi del perrito—. ¿Verdad que lo ha hecho genial?

—¡Su perrito ha estado magnífico! —respondió Chaplin—. Si los jueces son justos, no puede haber un ganador que no sea su Lulú.

—¡Qué amable es usted, caballero! —contestó la señora—. Usted también lo ha hecho bastante bien, aunque, por supuesto, no tan perfecto como mi Lulú.

—Por supuesto, señora —replicó Chaplin con una forzada sonrisa mientras imaginaba una escena para su próxima película en la que apareciesen unos personajes como aquella irritante señora y su ridícula bola de pelo con ojos—. Su Lulú es prodigioso, extraordinario.

—Damas y caballeros —sonó de nuevo la voz del juez por la megafonía del teatro, y Chaplin dio gracias a Dios porque no tendría que seguir alabando las habilidades teatrales de un chucho—. El jurado ya ha tomado

su decisión. El ganador del concurso de imitadores de *Charlot* es...

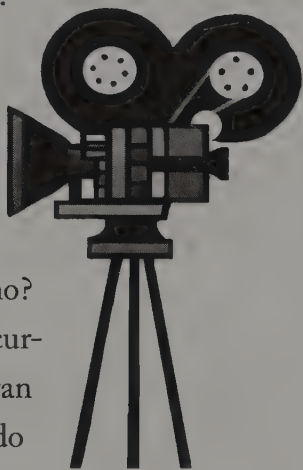
Chaplin se ajustó el bombín y se dispuso a salir a recoger el premio en cuanto el jurado dijera su número y su nombre: "124, Charles Smith". Silencio.

—... ¡el número 45, Edward Jones!

¡Un aplauso para él!

Chaplin se quedó un tanto sorprendido por la decisión del jurado. ¿Cómo era posible que no hubiese ganado un concurso en el que había que imitarse a sí mismo? Mientras tanto, a su lado, la señora cursi afirmaba indignada que era una gran injusticia que su Lulú no hubiera sido el vencedor, y prometía hacer llegar su protesta hasta el mismísimo presidente de Estados Unidos si fuera necesario.

—El segundo premio ha sido para el número 72, James Maglione —continuó la voz del juez—, y el tercero para el número 124, Charles Smith. Pasen por favor a recoger sus trofeos.



Bueno, un tercer premio no estaba mal, pensó Chaplin divertido con aquella situación. Salió al escenario y se dirigió hacia los jueces, que esperaban para entregarle su trofeo.

—Enhorabuena, señor Smith —le dijo el juez mientras le estrechaba la mano y le hacía entrega de una pequeña placa—. Una gran imitación del gran Charles Chaplin.

—Muchas gracias. ¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Chaplin.

—Por supuesto, caballero. Dígame —respondió el juez.

—¿En qué he fallado para no ser el ganador?

—Bueno, siempre podremos equivocarnos, porque se trata de una opinión personal, pero, a mi modo de ver, usted ha hecho una gran imitación, aunque no perfecta. Y para ganar, solo vale la perfección.

CHARLES CHAPLIN

Charles Chaplin (Londres, 1889–Vevey, Suiza, 1977) fue un actor, director, productor guionista y compositor que se convirtió en la figura más popular del cine mudo gracias, en especial, a su personaje de *Charlot*, un vagabundo torpe y de buen corazón que se comporta con modales de caballero.

Chaplin, que procedía de una familia de artistas, comenzó en 1914 su carrera cinematográfica, convirtiendo a *Charlot* en un personaje de fama mundial gracias a películas como *El chico* (1921), *La quimera del oro* (1925), *Luces de la ciudad* (1931) y *Tiempos modernos* (1936). Pero su genio fue más allá de este personaje. En 1940, presentó una parodia del dictador Adolf Hitler en *El gran dictador*, una obra maestra del cine.

Chaplin, uno de los mayores genios del humor y del cine de todos los tiempos, tenía unas condiciones únicas para la mímica y una gran capacidad para provocar situaciones divertidas y combinar sus relatos con momentos de gran emoción y ternura. El carácter humano de sus historias hacía que el público se identificase con las situaciones y los personajes. La Academia de Hollywood le concedió en dos ocasiones el Oscar Honorífico, en 1928 y en 1972. Además de innumerables premios cinematográficos, recibió también otros reconocimientos, como la nominación para el premio Nobel de la Paz en 1948.



ALAN TURING

ENIGMA

¿Sabías que una de las personas que más hizo por ganar la Segunda Guerra Mundial a los nazis jamás luchó en un campo de batalla ni disparó un solo tiro? Fue Alan Turing, un matemático inglés bastante peculiar.

1936: Expone las bases de su máquina de calcular: la Máquina de Turing.

1940-1945: Desarrolla la máquina Bomba, capaz de romper los cifrados de Enigma.

1950: Desarrolla el Test de Turing para determinar si las máquinas son o no inteligentes.





Potencias y territorios ocupados del Eje.



Gran Bretaña



Rusia y territorios ocupados por la URSS.



Países neutrales



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Bletchley Park, Inglaterra, 1940

DE PIE JUNTO A LA MESA, EL CORONEL Carroll, con su impecable uniforme repleto de condecoraciones, y tan estirado que parecía haberse tragado un palo de golf, agitaba nervioso su bastón de mando. Consultó el reloj, hizo un gesto de contrariedad, y lanzó un suspiro.

—Deberíamos haber comenzado hace varios minutos, y siguen entrando en la sala como si tuviéramos todo el día —murmuró en un tono suficientemente alto para que pudieran escucharlo—. Deberían aprender disciplina. Resulta evidente que no son militares.

Por fin, poco a poco todos fueron ocupando sus asientos, aunque costó que guardaran silencio. Tras unos segundos que al coronel se le hicieron eternos, pudo comenzar la reunión.

—Caballeros, bienvenidos a la sede del Servicio Secreto británico en Bletchley Park. Soy el coronel Carroll, y seré su superior durante su estancia en este lugar. Han sido ustedes seleccionados porque son las mentes más brillantes de Gran Bretaña y pueden prestar un gran servicio a su país en estos momentos. Entre ustedes hay científicos, matemáticos, ajedrecistas,



lingüistas, jugadores de bridge e incluso expertos en resolver crucigramas. Un conjunto muy peculiar que tendrá una importante misión que les explicaré a continuación.

El coronel se atusó el bigote, se estiró aún más, si es que eso era posible, carraspeó y continuó:

—Bien, comenzaré por recordarles que desde 1939 estamos en guerra con Alemania. Como saben, vivimos en una isla, y para abastecernos de armas, materias primas y alimentos, dependemos, sobre todo, de los barcos que nos traen todas esas cosas principalmente desde Estados Unidos.

En ese momento, se abrió de golpe la puerta de la sala, y entró un hombre vestido de civil con una máscara antigás sobre el rostro. Miró a su alrededor, y se fijó en un asiento libre en las filas centrales, así que se dirigió hacia allí. Por el camino, esquivando sillas, tropezó dos veces y se le cayó al suelo una carpeta. Sin disculparse con los que iba golpeando a su paso, llegó hasta su objetivo y se sentó.

—¿Estamos siendo atacados? —le preguntó el coronel, que no daba crédito a lo que veía.

El hombre meneó la cabeza negando.



—Bien. En ese caso —Carroll estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no ponerse a chillar—, ¿le importaría quitarse la máscara antigás?

El hombre se la quitó.

—¿Por qué lleva esa máscara puesta?

—Fiebre del heno —respondió rascándose la nariz.

—Señor —le advirtió el coronel—, cuando hable con un superior, deberá acabar la frase diciendo “señor” o “mi coronel”, en mi caso.

—Señor —respondió el hombre—, decía que tengo rinitis alérgica y, como vengo desde casa en bicicleta, la máscara antigás impide que respire todo ese polen.

El coronel examinó detenidamente al hombre de la máscara. Parecía haberse levantado en ese mismo instante. No se había peinado. Ni siquiera se había lavado la cara. Tenía los dientes amarillentos, la barba sin afeitar desde hacía varios días, y unas uñas bajo las cuales la mugre se acumulaba hasta formar una franja negra bastante gruesa. Con un gesto de desagrado, apartó la mirada.

—Espero que sean ustedes las mentes más brillantes de nuestro país, porque no lo parecen.

El coronel se tomó unos segundos para volver a con-





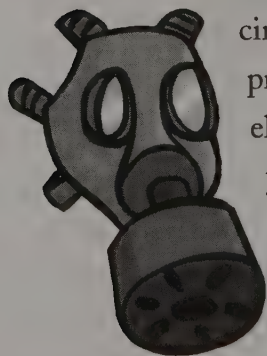
centrarse en su explicación y olvidarse de aquel extraño individuo de la máscara antigás.

—Como les decía —prosiguió—, la supervivencia de Gran Bretaña depende de que los barcos nos traigan todo lo necesario. Pero los submarinos alemanes acechan por todo el Atlántico y no hay día en que no hundan uno o varios barcos.

—¿Me permite una pregunta, señor? —interrumpió uno de los presentes. El coronel le hizo una señal para

que continuara—. El Atlántico es enorme, y por muchos submarinos que tengan, no es tan fácil como parece encontrar un barco o un convoy en medio del Atlántico. ¿Cómo los localizan?

—Buena pregunta —respondió el coronel—. Hay varias posibilidades. Espías alemanes en Estados Unidos que les informan sobre las rutas, barcos pesqueros que en realidad son informantes, aviones de recono-



cimiento, un submarino con suerte... El problema es que, una vez que localizan el objetivo, informan a sus submarinos y nunca podemos reaccionar a tiempo.

—¿No interceptan sus mensajes?

—¡Oh, sí! Los interceptamos —confirmó el coronel—. Eso no es difícil. Lo realmente difícil es saber qué dicen

esos mensajes. Por eso están ustedes aquí.

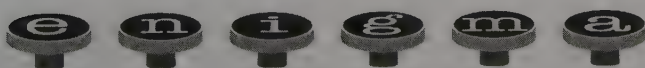
Ahora los presentes en la sala comenzaban a mostrar interés. Finalmente iban a enterarse de por qué el ejército británico los había reunido en aquel lugar.

—Verán, caballeros —continuó el coronel—. Los alemanes envían sus mensajes cifrados con una máquina llamada

Enigma. Básicamente, es como una máquina de escribir, pero cuenta con tres ruedas, cada una con 26 posiciones diferentes. De ese modo, cuando ustedes presionan, por ejemplo, la tecla A, la diferente posición de las ruedas hace que lo que realmente escriba sea J. Además, la segunda vez que tenga que escribir A, las ruedas habrán cambiado otra vez de posición, y ya no escribirán J, sino otra letra diferente. Los alemanes cambian cada día la posición de esas tres ruedas, de manera que no sabemos a qué letra real equivale lo que interceptamos de sus mensajes. Eso hace que el número de combinaciones posibles sea de...

—Aproximadamente, ciento cincuenta y ocho billones de posiciones diferentes —dijo el hombre de la máscara de gas mientras jugueteaba con una taza de metal que llevaba encadenada a la muñeca. Al ver que el coronel observaba la taza, se explicó—. La llevo encadenada para que no me la roben, ¿sabe?

—Correcto, ciento cincuenta y ocho billones de posiciones —dijo el coronel—. Para que se hagan una idea, las probabilidades de que nos toque la lotería es de una entre catorce millones, una ridiculez comparada con la cifra de combinaciones de *Enigma*.



El coronel seguía contemplando asombrado al hombre de la máscara y la taza, y esta vez se fijó en su vestimenta. Observó que no llevaba corbata, y que algo extraño asomaba por debajo de la camisa.

—¿Se puede saber qué lleva debajo de la camisa? —preguntó el coronel, intrigado.

—El pijama —respondió sin levantar la vista de unos garabatos que estaba escribiendo en un cuaderno.

—¿Y por qué lleva el pijama debajo de la ropa?

—Ahorro tiempo y voy calentito —contestó mientras seguía concentrado en sus garabatos.

—Bueno, da igual —dijo el coronel intentando retomar el hilo del problema—. Como decía, los alemanes cambian la posición inicial de las ruedas todas las mañanas y nos llevaría años, quizás siglos, averiguar la combinación correcta. Su misión será intentar hallar una forma de descifrar ese código en cuestión de minutos, nada más interceptar el primer mensaje de cada día. ¡Buena suerte!

El coronel Carroll se quedó de pie mientras observaba cómo la sala se vaciaba. Se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello. Entonces, se fijó en que todavía quedaba alguien más en la sala. El tipo de la máscara de



gas, la taza y el pijama seguía concentrado en un papel y mordisqueaba su lápiz.

—Disculpe —dijo Carroll en un tono que mostraba su malestar—. Que haya llegado tarde no quiere decir que ahora tenga que quedarse más tiempo. O quizás está tan entretenido pintarrajeando papeles que no se ha enterado de que ha terminado la reunión.

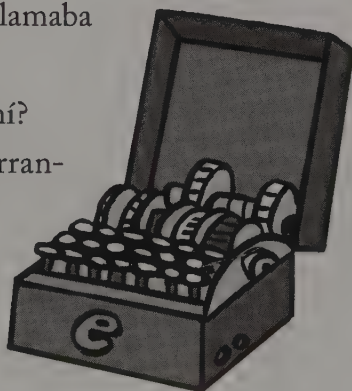
—Un momento —respondió el hombre—. Ya acabo.

—¿Qué es lo que ya acaba?

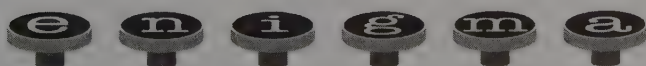
—La solución a su... ¿cómo se llamaba esa máquina alemana, *Enigma*?

—¿Se está usted burlando de mí?

—En absoluto... señor —y, arrancando una hoja del cuaderno, se levantó, se acercó y se la entregó en la mano al coronel—. Es solo un primer boceto de cómo sería la máquina que deberíamos utilizar para descifrar los códigos alemanes.



El coronel cogió el papel y lo observó detenidamente. Tenía un dibujo de un aparato repleto de discos con números y un montón de operaciones matemáticas.



—Lo podríamos llamar *La Bomba*, ¿qué le parece?

El coronel Carroll analizó los dibujos y las operaciones y alzó de nuevo la vista hacia aquel tipo guarrete con la máscara antigás al cuello.

—Esto es... esto es ¡asombroso! —exclamó emocionado—. ¿Cuánto tiempo necesitaría para construirla?

—En un par de meses podría estar lista.

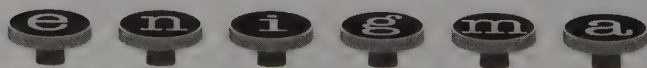
—Excelente. Voy a preparar una reunión con el ministro y usted me acompañará —el coronel hizo una pausa, recorrió con la vista de arriba abajo el aspecto del hombre y levantó una ceja—. ¿Cree que podría acudir a la reunión con el Ministro sin el pijama, la taza, un poco aseado y, sobre todo, sin la máscara antigás?

—Lo intentaré, señor.

—Bien. Por cierto, todavía no me ha dicho su nombre ni a qué se dedica.

—Me llamo Alan Turing, señor, y soy matemático.

—Pues encantado de conocerle, señor Turing —dijo el coronel extendiendo su mano mientras sonreía—. Debo reconocer que me he equivocado al juzgarlo por su aspecto. No volverá a ocurrir.



A decorative border of submarine silhouettes surrounds the text. At the top, five submarines are arranged horizontally. On the left and right sides, there are vertical columns of submarines, with some pointing upwards and others downwards. At the bottom, five more submarines are arranged horizontally.

ALAN TURING

Pese a su aspecto descuidado, su dificultad para relacionarse con otras personas y sus numerosas excentricidades, Alan Turing (Londres, 1912—Cheshire, 1954) fue un genio de las Matemáticas, la Biología, la Lógica o la Filosofía. Sus dos aportaciones más famosas se encuentran en el campo de la computación y la inteligencia artificial.

En 1936, intuyó cómo una máquina imaginaria, operando con reglas muy simples pero con tiempo infinito, podría resolver todos los problemas matemáticos concebibles. Esta máquina era solo una experiencia mental, no una máquina real, pero creó así el concepto de ordenador muchos años antes de que se inventase el primero.

Durante la Segunda Guerra Mundial, trabajó para el Servicio Secreto británico descifrando los códigos de transmisión de las comunicaciones alemanas. Su mayor éxito fue la creación de una máquina denominada *Bomba*, que eliminaba una gran cantidad de combinaciones posibles de la máquina *Enigma*. De ese modo, en pocos minutos se podía identificar la combinación del día y descifrar los mensajes cifrados alemanes. Desde la invención de *Bomba*, se descifraron unos 80.000 mensajes al mes.

Se estima que el invento de Turing ayudó de tal modo a ganar la guerra que adelantó su final en unos dos años y ahorró la pérdida de unos catorce millones de vidas.

MAHATMA GANDHI

ALMA GRANDE

¿Sabías que Mahatma Gandhi, probablemente el mayor defensor de la paz y enemigo de todo tipo de violencia, fue nominado cinco veces al Premio Nobel de la Paz, pero nunca se lo concedieron? Los premios no siempre los recibe quien más lo merece.

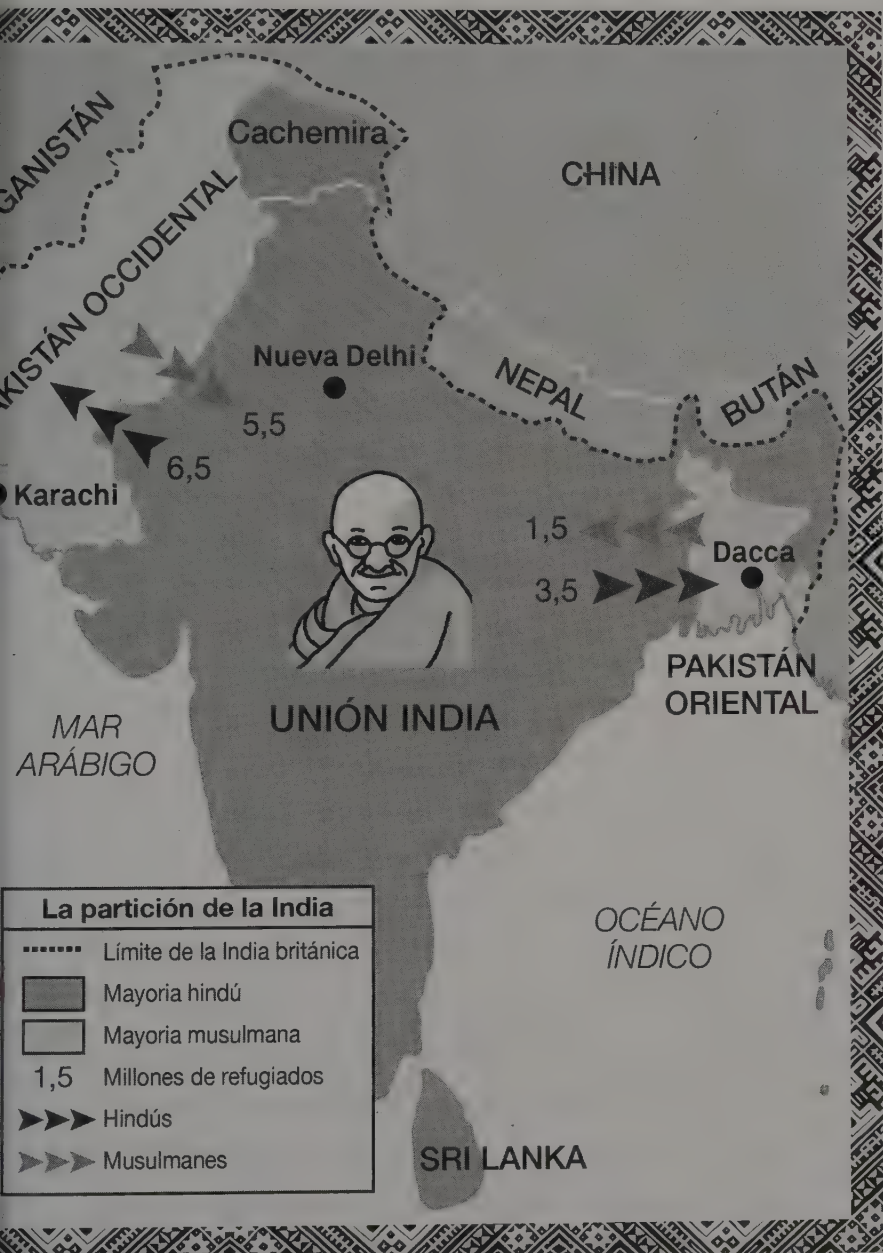
1893: En Sudáfrica. Comienza su lucha en defensa de los derechos de los más pobres.

1918: Gandhi llega a la India. Se une al movimiento a favor de la independencia.

1920-1947: Lucha por la independencia bajo el principio de resistencia pasiva y rechazo a la violencia.

1947: La India logra la independencia.

1948: Gandhi es asesinado.



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Calcuta, India, agosto de 1946

A PENAS LLEVABA VEINTICUATRO horas en la India, pero para Edna Brooker era como si hubiese pasado un año. “¿Qué estoy haciendo aquí?”, pensaba. “Ahora debería estar en Florida de vacaciones con mis amigos”. Edna miró por la ventanilla del coche y contempló unos campos interminables repletos de campesinos con un aspecto realmente paupérrimo.

Edna retiró la vista con desagrado. No soportaba el olor de aquel país, esa mezcla poderosa de aromas intensos, sudor, basura, excrementos de vacas y vacas por las calles, especias que se escapaban de las cocinas y se introducían en los orificios nasales para quedarse allí indefinidamente. No estaba acostumbrada a aquello. Se había criado en el mejor barrio de Boston, y sus compañías habituales eran las familias más ricas y educadas de la costa este de Estados Unidos.

“Yo no me hice periodista para esto”, se repitió varias veces en voz baja. Lo que le gustaba a Edna era la sección de sociedad, informar sobre las fiestas, las bodas, o las ceremonias de entregas de premios de teatro en Broadway. Pero era el mes de agosto, y casi todos sus compañeros más veteranos estaban de vacaciones, así que su jefe la



había enviado a la India para hacer un reportaje sobre Mahatma Gandhi.

—Estamos entrando en Calcuta, señorita Brooker —dijo Vipul, el chófer y guía indio que la acompañaría durante su estancia en el país—. En unos minutos llegaremos a su hotel.

Edna suspiró aburrida. Le daba igual llegar o no. ¿Por qué tenía que hacer un reportaje sobre ese Gandhi? ¿Por qué al director de su periódico le interesaba tanto ese hombrecillo esquelético vestido con una especie de trapo de algodón?

—Dígame Vipul. ¿Usted ha visto alguna vez a Gandhi?

—Oh, sí, señorita Brooker —respondió Vipul—. Hace un año estuvo en Calcuta durante una semana y fui su chófer. Le llevé a muchos sitios.

—¡Vaya! ¿Podría contarme alguna cosa de Gandhi que le llamase especialmente la atención durante aquellos días?

—Recuerdo una noche —comenzó a hablar Vipul—, que llevé a Mahatma a una fiesta en casa del gobernador británico. Gandhi se presentó vestido como de costumbre, con la túnica tradicional india que llevan todos los pobres del país.

—Ya he visto fotos —respondió Edna—. ¡Parece un mendigo! ¿Y se presentó así en la fiesta?

—Sí, señorita Brooks —continuó Vipul—. ¡Como un mendigo! ¿Y sabe qué ocurrió? Los oficiales británicos que recibían a los invitados no le dejaron entrar, porque no iba vestido de manera adecuada.

—Era de esperar —comentó Edna. Aquella anécdota solo le confirmaba lo que pensaba de Gandhi: era un tipo excéntrico.

—¡Oh, espere! —le interrumpió el chófer—. La historia no termina aquí. Llevé a Mahatma de vuelta a su hotel y, a la mañana siguiente, me entregó un paquete y me pidió que se lo llevase al gobernador británico. Cuando el gobernador abrió el paquete, vio que dentro había un elegante traje inglés y una nota.

—¿Y qué decía la nota? —de repente, a Edna comenzó a interesarle la historia.

—Bueno, el gobernador la leyó en voz alta, así que pude enterarme de todo. En la nota, Gandhi le decía que dado que, en opinión del gobernador, era más importante la presencia de un traje que la suya, le regalaba el mejor traje que tenía. Y añadió: “Usted verá si le interesa más el traje o la persona que le da vida”.

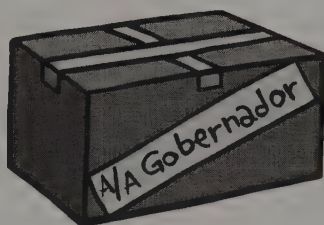
A Edna Brooker todavía se le dibujaba la sonrisa en



los labios por la respuesta de Gandhi cuando el coche se detuvo delante del hotel y, al bajar del automóvil, introdujo su zapato de tacón nuevo en una boñiga de vaca.

—Bienvenida a Calcuta, señorita Brooker —le dijo Vipul apenas conteniendo la risa.

Tras cambiarse de zapatos, Edna se encontró en el bar del hotel con Esther Faering, una misionera danesa que se había unido al movimiento de Gandhi, siguiéndole por todo el país. Había pocas personas que hubiesen pasado tanto tiempo con Bapu (padre), como le gustaba llamar a Gandhi y le pudiesen contar tantas cosas sobre él.



—Cuando lo conocí, lo que más me impresionó de Bapu —le contó la misionera danesa—, fue que siempre tenía en mente a los más pobres. Recuerdo un día que estábamos subiendo a un tren y, al subir, se le cayó una de las sandalias a la vía. Algunos intentaron recuperarla, pero, como el tren ya estaba arrancando, fue imposible. Entonces, Bapu se quitó la otra sandalia y la arrojó también a la vía.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Edna sorprendida por la reacción de Gandhi.

—Eso mismo le preguntamos —respondió Esther—, y nos dijo que, de ese modo, si algún pobre encontraba la sandalia abandonada en la vía, tendría el par completo y lo podría utilizar.

Mientras las dos mujeres conversaban, apareció en la cafetería Jawaharlal Nehru, un hábil político y fiel seguidor de Mahatma Gandhi.

—Señorita Brooker, le presento al señor Nehru —dijo Esther—. Él es el más indicado para hablarle de Bapu como político.

Nehru se sentó con las dos mujeres y le contó a Edna cómo se habían conocido y todos los años que llevaban juntos luchando para que la India dejase de ser una colonia de la Gran Bretaña y se independizase.

—Mahatma Gandhi ha hecho de todo. Ha negociado, ha promovido huelgas y campañas de desobediencia civil, ha sido encarcelado en numerosas ocasiones, ha hecho varias huelgas de hambre, pero siempre ha tratado a los británicos con respeto e incluso amistad, y nunca ha estado dispuesto a romper su principio más sagrado.



—¿Y qué principio es ese? —Definitivamente, a Edna le estaba atrapando el personaje.

—Se resume en dos palabras —le contestó Nehru—. No violencia. Para Gandhi, no hay en el mundo ninguna justificación para la violencia. Si le tratan con violencia, él responde con amor. Y no quiere obtener la independencia de la India mediante la violencia o la guerra contra los británicos. Dice que lo que se obtiene con violencia hay que conservarlo con violencia.

—Y eso no merece la pena —adivinó Edna.

—Veo que lo ha comprendido, señorita Brooker —sonrió Nehru—. Lograremos la independencia, pero será sin



violencia, o no será una independencia sana.

Tras la entrevista con Esther Faering y Nehru, la periodista salió a dar un paseo. Se sentía confundida. En pocas horas, había pasado del rechazo a aquel país a sentir una atracción y una curiosidad inmensa por Gandhi, por su movimiento y por su causa. Unos pasos por detrás, caminaba Vipul, que, además de ser su guía, estaba encargado de que la norteamericana elegante no sufriese ningún percance.

De repente, una mujer con un bebé en brazos le salió al encuentro. Por su aspecto, se diría que no se había lavado en toda su vida, y tanto la madre como el hijo daban muestras de estar mal alimentados.

—¡Tenga cuidado, señorita Brooker! —le advirtió Vipul—. ¡Son *dalits*; ¡Intocables!

—¿Intocables? ¿Eso qué es?

—En la India hay varias clases de personas, a las que llamamos castas. La más alta son los *brahmanes*, que son nuestros sacerdotes. Luego están los *chatrias*, que son nuestros políticos y militares. Después están los *vaishias*, que son artesanos y agricultores, y por último están los *shudras*, que son obreros o casi esclavos...



—¿Y los intocables?

—Esos están por debajo incluso de los *shudras*. Procuramos no tener contacto con ellos. Ni siquiera nos permitimos tocar sus sombras —Vipul pronunció aquellas palabras con la mayor naturalidad.

—¡Pero eso es horrible! —A Edna le repugnaba aquella forma de ver las cosas—. ¿Y qué dice Gandhi de los intocables? ¿También él los trata así?

—No, señorita Brooker. Gandhi ni siquiera los llama *dalits*. Él los llama *harijans*.

—¿Qué significa?

—Significa “Hijos de Dios”, señorita Brooker. Gandhi dice que todos somos iguales, hasta los *dalits*. ¿Se lo imagina? Y no solo no evita el contacto con los intocables, sino que pasa mucho tiempo con ellos, los visita en sus casas, y les enseña a limpiar sus calles y sus letrinas para que no cojan enfermedades.

—¡Ese Gandhi es extraordinario! —exclamó Edna—. ¿Y a usted no le parece bien?

—No lo sé, señorita Brooker —respondió Vipul con sinceridad—. Yo he nacido en un país en el que desde pequeño me enseñaron que había castas y que eso era

algo que no se podía cambiar. Y ahora Mahatma nos dice que todos somos iguales. Quizás Gandhi sea demasiado bueno para la India.

—Quizá sea demasiado bueno para la humanidad —corrigió Edna.

Apenas año y medio después, habían pasado un montón de cosas. En 1947, la India alcanzó por fin la independencia y Nehru se convirtió en Primer Ministro del país. La nueva Constitución india abolió el sistema de castas. La discriminación no desapareció de un día para otro, pero las cosas mejoraron hasta el punto de que cincuenta años después, en 1997, un intocable, K. R. Narayanan, se convirtió en presidente de la India.

¿Y Gandhi?

Edna Brooker tenía razón. El 30 de enero de 1948, un hindú lo mató de varios disparos. Cuando lo detuvieron, dijo que lo hizo porque no podía soportar que Gandhi propusiese vivir en paz con los no hindúes.

Las balas mataron al hombre, pero no pudieron acabar con su obra, y hasta hoy en todo el mundo se recuerda a aquel hombre al que llamaban Mahatma, *alma grande*.



MAHATMA GANDHI

Mohandas Karamchand Gandhi nació en 1869, en Porbandar, India. A los veinte años se marchó a Londres para estudiar Derecho. Al acabar los estudios, estuvo en Sudáfrica, donde se implicó en la defensa de los trabajadores indios, luchando por mejorar las condiciones de vida de los más pobres y eliminar el sistema de castas.

De regreso en la India, se unió al movimiento que reclamaba la independencia de la India del Imperio Británico. Gandhi se convirtió en una figura cada vez más importante, sus compatriotas lo consideraban un hombre santo y le llamaban *Mahatma* (alma grande). En su lucha con los británicos, llevó a cabo varias huelgas de hambre, manifestaciones y marchas pacíficas, fue encarcelado y golpeado, pero siempre se mantuvo firme en el rechazo absoluto a la violencia, hasta lograr la independencia de la India en 1947. Al año siguiente, fue asesinado por un fanático integrista.

La principal aportación de Gandhi a la humanidad fue el empleo de una forma de lucha llamada *satyagraha* (obstinación por la verdad) que más tarde fue conocida como resistencia pasiva, pues respetaba los derechos humanos y rechazaba cualquier tipo de violencia. El ejemplo de Gandhi inspiró en las décadas siguientes a otros dos grandes luchadores por la libertad: Martin Luther King y Nelson Mandela.



BOBBY FISCHER

UN NIÑO MIMADO

¿Qué harías tú si
tu rival en una
competición comienza a poner
condiciones absurdas para jugar?
¿Preferirías que lo descalificasen
y ganar sin demostrar que eres mejor, o
preferirías aguantar y jugar contra uno de
los mejores jugadores de la historia, aunque
corras el riesgo de perder? Ese fue el dilema
al que se enfrentó el ruso Boris Spassky cuando
tuvo que competir contra Bobby Fischer, una
fabulosa mezcla de talento y carácter caprichoso.

1943: Robert James Fischer nace en Chicago, EE.UU.

1956.: Con 13 años, derrota a Donald Byrne
en la llamada "partida del siglo".

1972: Bobby Fischer se proclama campeón del mundo
de ajedrez al derrotar al soviético Boris Spassky.

2008: Muere en Reykjavik, Islandia, la ciudad
en la que se proclamó campeón del mundo.



- OTAN y otros países aliados a los Estados Unidos.
- Pacto de Varsovia y otros países socialistas aliados de la URRS.
- Naciones no aliadas.

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Reykjavik, Islandia. 11 de julio de 1972

EN LA SALA LAUGARDAL DEL Teatro Nacional de Reykjavik no cabía un alfiler. Más de dos mil quinientas personas esperaban ansiosas la aparición de la estrella del momento. Sobre el escenario, un hombre elegantemente vestido miraba nervioso su reloj. ¿Se presentaría el señor Fischer? En realidad, todo aquello debería haber empezado el día 1 de julio, pero el señor Fischer se había negado a presentarse. Había exigido más dinero. Además de los 125.000 dólares que le habían prometido, exigía recibir parte de lo que se recaudase por derechos de televisión y ventas de entradas. Y no solo eso: había conseguido que tanto él como su colega, el señor Spassky, pudieran disponer de un magnífico bungalow durante todo el tiempo que permaneciesen en Reykjavik y dinero para sus gastos personales. Era, sin duda, una oferta para una gran estrella.

Pero no era una estrella de cine o de la música. Era un jugador de ajedrez, probablemente el ajedrecista más brillante de la historia: el norteamericano Bobby Fischer. El hombre del escenario, Boris Spassky, había demostrado una gran paciencia. Era el actual campeón mundial de ajedrez. Le hubiera bastado no acceder a los caprichos de



Fischer y reclamar que le diesen el campeonato por perdido para conservar su corona. Porque para eso estaban allí, para decidir quién sería el próximo campeón mundial.

Pero Spassky era un caballero. Admiraba a Fisher, y quería ganarle delante del tablero, no mediante reclamaciones a los árbitros de la Federación Internacional de Ajedrez. La Unión Soviética llevaba desde 1948 presumiendo de tener un campeón del mundo tras otro. Y ahora, en plena Guerra Fría, el ajedrez se había convertido en otro campo de batalla donde dirimir sus diferencias con los norteamericanos. Serían las partidas del siglo, el poder del campeón soviético Spassky contra el joven rebelde norteamericano Fischer.

Spassky contaba con todo un ejército de ayudantes, entre ellos varios de los mejores jugadores del mundo. Fischer había anunciado que vendría solo. Spassky había aprendido a jugar al ajedrez en la escuela, como todos los niños rusos, y había estudiado desde pequeño con los mejores maestros de ajedrez de su país. Bobby Fischer había descubierto el juego por casualidad durante unas vacaciones, y a los quince años había dejado la escuela para dedicarse a su única gran pasión: jugar al ajedrez.



Ahora, con veintiocho años, se le presentaba la oportunidad de su vida para demostrar que era el mejor.

Tres cuartos de hora tarde. Spassky miró de nuevo su reloj y pensó “hoy tampoco vendrá”. Pero entonces se levantó un murmullo entre los asistentes. Por un lateral del escenario apareció, por fin, Bobby Fischer. Saludó a Spassky con amabilidad, pero sin disculparse. ¿Qué le iba a decir? ¿“Lamento llegar once días tarde”? Ambos jugadores se sonrieron y se sentaron en sus sillas delante del tablero. El campeonato del mundo podía comenzar. Ganaría el que lograra antes más de doce puntos, un punto por victoria y medio punto por cada empate.

Tras 29 movimientos, y cuando parecía que la primera partida acabaría en tablas, Fischer perdió un alfil. Entre el público se alzó un murmullo de sorpresa por un error que parecía infantil. El juego se prolongó unas jugadas más, pero ya no había remedio. Spassky comenzaba ganando.

Dos días más tarde, debía celebrarse la segunda partida. Fischer no se presentó. Pasada la hora reglamentaria, se le dio la partida por perdida. Cuando los periodistas le preguntaron a Fischer qué había ocurrido, respondió





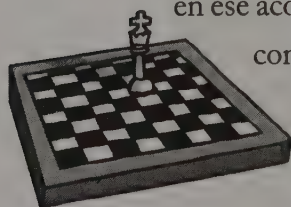
que las cámaras de televisión le desconcentraban y exigió que se retirasen. Además, apremió al árbitro a revocar su decisión de darle la partida por perdida. El árbitro, el alemán Lothar Schmid, se negó, y entonces Fischer cambió de táctica. Se reunió con los organizadores del torneo en un salón del Teatro Nacional.

—De acuerdo —Fischer comenzó en un tono que parecía indicar que él, y no los árbitros, eran los señores de la situación—, denme la partida por perdida si quieren. Pero no volveré a jugar si no me conceden algunas “pequeñeces” que considero imprescindibles.

—Usted dirá —le contestó Lothar Schmid, uno de los árbitros. Sabía que, si no se reanudaba el campeonato,



sería un desastre para mucha gente que había invertido en aquel proyecto. Todo el planeta tenía puestos sus ojos en ese acontecimiento—. Si está en nuestra mano, le complaceremos con esas “pequeñeces”.



—¡Excelente! Lo primero, quiero jugar con otro tablero. El que utilizamos no tiene demasiado contraste entre las casillas blancas y las negras.

—Bien —repuso Schmid—, no creo que el señor Spassky ponga reparos, si a él también le gusta el nuevo tablero.

—¡Oh, seguro que no! Spassky es un caballero —sonrió Fischer—. Si ha tenido la paciencia de esperarme once días, no se va a enfadar por cambiar de tablero.

—¿Algo más?

—Cada media hora, me servirán un vaso de zumo de naranja...

—Delo por hecho.

—... natural. Naranjas recién exprimidas.

—De acuerdo —suspiró Schmid.

—No he terminado —continuó Fischer—. Quiero que me localicen una pista de tenis en la ciudad y que pueda ir a jugar a cualquier hora del día o de la noche.



—Sin problema. El hotel Hilton tiene pistas de tenis. Hablaré con ellos.

—Y una piscina de agua caliente...

—... que pueda usted utilizar a cualquier hora del día o de la noche —Schmid completó la frase que había comenzado Fischer—. Sí, sí, no se preocupe.

—Quiero también un coche deportivo con cambio automático a mi disposición.

—Está bien —la voz de Schmid reflejaba ya cierto cansancio, pero, en el fondo, no eran más que caprichos que podían obtenerse con cierta cantidad de dinero, en cualquier caso mucho menos del que costaría suspender el campeonato.

—¡Magnífico! —exclamó Fischer—. Entonces, ya que tendré mi propio coche, ¿le importaría hablar con el alcalde de Reykjavik?

—¿El alcalde? ¿Para qué?

—Pues para que, cuando yo vaya en mi coche desde el hotel hasta aquí para disputar las partidas, todos los semáforos estén en verde y no tenga que detenerme.

—¿Habla en serio? —Schmid no salía de su asombro.

—¿Tengo aspecto de estar bromeando? —respondió



Fischer con una mueca que intentaba parecerse a una sonrisa.

—En fin... No sé qué decir. Hablaré con el alcalde, pero no puedo prometerle nada.

—Seguro que lo consigue. El alcalde entenderá que este campeonato es lo más interesante que le ha ocurrido a esta ciudad desde su fundación hace más de mil años. Sigamos...

—¿Aún hay más? —Schmid tenía la sensación de que aquello era una pesadilla de la que no podía despertarse.

—Ya casi acabo —contestó Fischer mientras comprobaba una lista que tenía escrita en un papel—. Vamos a ver, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Quiero que sustituyan las lámparas de la sala por un difusor de luz y, por último, la tercera partida la jugaremos el señor Spassky y yo a puerta cerrada.

—¿Sin público?

—Eso es, sin público y, por supuesto, sin cámaras.

—Tendré que consultarlo con el señor Spassky.

—No se preocupe. Estará de acuerdo. No quiere ser campeón del mundo porque me descalifiquen. Hará cualquier cosa para poder jugar. Quiere saber si de verdad es mejor que yo.



—Si usted lo dice... —Schmid se levantó de la silla, dando por terminada la reunión. Se dirigió a la puerta, pero volvió la cabeza para mirar a Bobby Fischer. Entonces, no pudo evitar decir por primera vez lo que pensaba—. Señor Fischer, ¿sabe usted una cosa? Es usted un niño mimado. A mi hijo de cinco años no le consiento tantos caprichos como los que todo el mundo le consiente a usted.

Bobby Fischer sonrió. Al parecer, no le molestaba aquel comentario. Miró a Schmid y le contestó.

—Ya lo sé, señor Schmid, pero eso es porque su hijo no va a ser el próximo campeón del mundo, y yo sí.

Tal como había previsto Fischer, Spassky aceptó todas las exigencias y caprichos absurdos de su rival, y lo mismo hizo la organización y hasta el alcalde de Reykjavik. Y así, cuando Fischer tuvo su tablero nuevo, sus zumos de naranja recién exprimida cada media hora, su pista de tenis, su piscina de agua caliente, su difusor de luz, su coche deportivo con cambio automático y todos los semáforos en verde cada vez que iba o venía desde el hotel a jugar, Fischer y Spassky se enfrentaron por tercera vez, y por supuesto lo hicieron a puerta cerrada.



Ya nada volvió a ser igual. A partir de entonces, se jugaron 19 partidas, de las que Spassky solo ganó una, mientras que Fischer venció en siete de ellas. La sexta partida fue una auténtica obra de arte. Cuando terminó con victoria de Fischer, el propio Spassky se puso en pie para sumarse a los aplausos que llegaban desde el patio de butacas. Era un niño mimado, un tipo raro y caprichoso, pero era el mayor genio que había dado el ajedrez en toda su historia.

Unos días más tarde, se celebró una gran cena en honor de los dos jugadores y en ella se le entregó a Fischer la corona de campeón. Dio las gracias, aseguró que se comportaría como un gran campeón, que jugaría muchas partidas y que haría que todo el mundo disfrutase del ajedrez.

Pero a veces las cosas no salen como uno ha planeado. Con solo 29 años, Fischer nunca volvió a jugar una partida oficial y prácticamente desapareció de la vida pública. El gran genio desapareció devorado por el niño mimado, y el resto de su vida fue una larga sucesión de escándalos y situaciones absurdas. Pero esa es otra historia...

Bobby Fischer murió en Reykjavik, la ciudad que lo vio coronarse campeón del mundo, cuando tenía 64 años, el mismo número de casillas que tiene un tablero de ajedrez.



BOBBY FISCHER

Robert "Bobby" James Fischer nació en Chicago en 1943, pero desde los dos años vivió en Nueva York. A los seis años, su madre le compró un ajedrez, y Bobby aprendió a jugar él solo. Siempre que perdía una partida contra otros niños del Club de Ajedrez de Brooklyn se enfadaba o lloraba.

Con solo 13 años, derrotó al campeón de Estados Unidos Donald Byrne en la que se ha denominado la "partida del siglo". En 1958 obtuvo el título de Gran Maestro. Fischer comenzó a ser conocido no solo por su inmenso talento, sino por sus extravagancias, que casi le impidieron disputar el campeonato del mundo de 1972 frente al campeón Boris Spassky.

Tras proclamarse campeón mundial, Fischer desapareció. Renunció a defender su título en 1975 contra Anatoli Karpov y solo jugó en 1977 tres partidas contra un ordenador del Instituto Tecnológico de Massachusetts con tres victorias de Fischer. No volvió a jugar hasta 1992, en una repetición no oficial del campeonato de 1972 contra Spassky. Volvió a ganar Fischer por 10 a 5.

Sus últimos años de vida estuvieron llenos de problemas legales y políticos con su país y también con Japón. Finalmente, Islandia le concedió la nacionalidad islandesa y acogió al genio que había visto triunfar dos décadas antes. Allí murió en 2008 un auténtico artista del tablero.



NELSON MANDELA

46664

A veces, la vida nos lleva por el camino más difícil para poner a prueba la resistencia y el buen corazón de cada uno. Nelson Mandela tuvo que enfrentarse a momentos durísimos, pero se mantuvo firme y acabó descubriendo cosas maravillosas en medio de un auténtico infierno. Esto es lo que le ocurrió durante su estancia en la cárcel.

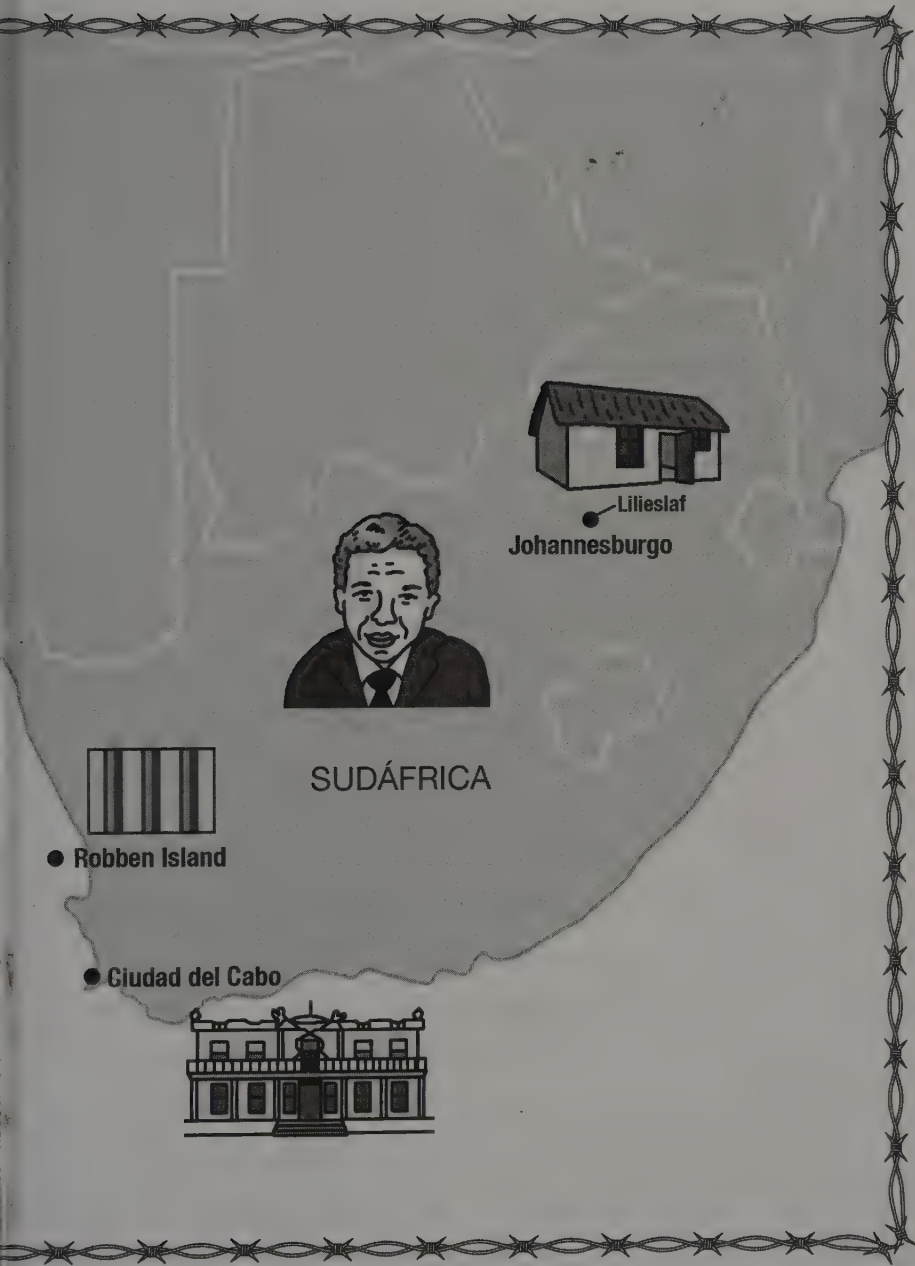
1944: Mandela se une al Congreso Nacional Africano.

1963: Es condenado a cadena perpetua.

1990: Mandela sale de la cárcel.

1994: Es elegido presidente de la República de Sudáfrica.





Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

A LAS SIETE EN PUNTO DE LA tarde, comenzaba el último registro del día en la prisión de Robben Island.

—¡Todos de pie junto a la pared! —rugió el capitán De Voest, responsable de la galería de presos políticos.

En realidad, todos esos “presos políticos” eran miembros del Congreso Nacional Africano, un partido político formado únicamente por negros que exigía la igualdad de derechos entre la minoría de blancos que gobernaban el país y la abrumadora mayoría de negros que vivían en un régimen de exclusión y falta de derechos. Aunque, en teoría, tanto los blancos como los negros eran ciudadanos sudafricanos, la realidad era que vivían separados. En Sudáfrica, había barrios de blancos y barrios de negros, trabajos, colegios, piscinas, hasta servicios públicos y transportes públicos separados para blancos y negros, y, por supuesto, los blancos, llamados *afrikaners*, controlaban el poder político y la inmensa mayoría de la riqueza del país. Este sistema de separación entre blancos y negros, que mantenía todos los privilegios de los *afrikaners*, se llamaba *Apartheid*, y contra él luchaban los miembros del Congreso Nacional Africano.



—¡Vamos, deprisa, no voy a esperar a que anochezca!

Al escuchar la orden, todos los pr̄s̄os se pusieron rápidamente en pie junto a las paredes de sus celdas mientras uno de los carceleros comenzaba a inspeccionar en busca de cualquier objeto comprometedor. Los presos aguardaban en silencio, con la cabeza baja para no mirar a los ojos a sus carceleros.

Una vez realizada la inspección, otro carcelero comenzó a servir la cena a los reclusos: unas gachas de maíz, un mendrugo de pan duro y una jarra de agua.

—¡Aquí está vuestra cena, señores marqueses! —gritó el carcelero Christo Brand, un joven de 22 años que trabajaba en la prisión desde hacía cuatro años—. ¡Mucho más de lo que merecéis y, por supuesto, mejor de lo que jamás habréis comido en vuestras casas!

Los reclusos comenzaron a comer en silencio. Aquella comida era una bazofia, pero era lo que había, así que tenían que comérsela o morir de hambre.

—¡Comed, comed! —continuó Brand a grandes voces—. Ni en los mejores restaurantes del país se comen estas exquisiteces. Yo os daría lo que comen los cerdos.

Diez minutos más tarde, todos los platos de los reclu-



sos estaban vacíos junto a las rejas de las celdas para que pudieran recogerlos los carceleros.

—Tenéis diez minutos antes de que se apaguen las luces —el tono de voz de Christo Brand era cada vez más agresivo—. Después no quiero oír ni una mosca, ¿entendido? Hoy me toca el turno de guardia de noche y estoy dispuesto a mandar a la celda de castigo al primero que escuche estornudar.

En ese momento, Brand miró de reojo al prisionero 46664, un hombre de más de sesenta años. Fuera de la prisión, su nombre era Nelson Mandela, pero allí no había nombres. Solo era 46664. Y 46664 estaba mirando a Brand de reojo, con una mezcla de miedo y sorpresa en su rostro.

—¿Ocurre algo, 46664? —gritó Brand pegando su cara a la puerta de la celda mientras golpeaba las rejas con su porra—. ¿Tienes algún problema conmigo, 46664? ¡Vamos, dime que tienes algún problema!

—Ningún problema, jefe Brand —respondió Mandela en voz queda, intimidado por la agresividad del carcelero—, ningún problema.

—Muchacho, tienes que tomártelo con más calma —el capitán De Voest le dio una palmada en la espalda a





Brand-. Ya sé que estos presos son unos malditos terroristas que tienen el corazón tan negro como la piel, pero te va a salir una úlcera de estómago.

-No puedo evitarlo, mi capitán -respondió Brand-. Es que esta pandilla de criminales me ponen enfermo. Son los enemigos de nuestro país. Si se lo permitiéramos, acabarían con todos nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

-Me gusta que lo tengas tan claro, joven Brand -dijo el capitán-. Creo que tendrás un gran futuro en el departamento de Prisiones. Necesitamos gente como tú. Buenas noches.



—Gracias, mi capitán. Buenas noches.

A las siete y media en punto, los carceleros del turno de tarde abandonaron la galería. Se apagaron las luces principales, aunque durante toda la noche permanecerían encendidas varias bombillas a lo largo de todo el pasillo. Dentro de la galería se hizo el más absoluto silencio. Los reclusos se acostaron en sus camastros colocados directamente sobre el suelo, y quedó como único vigilante Christo Brand.

Se sentó en la silla del escritorio que había en un extremo de la galería, ojeó un periódico que había dejado un carcelero del turno de tarde, suspiró, y se puso en pie. Lentamente, se dirigió a la celda con el número 46664. Sacó un manajo de llaves del bolsillo, introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y pasó al interior de la celda.

Mandela, que ya estaba acostado, se levantó de golpe. Los dos hombres quedaron frente a frente, en silencio. Mandela pudo sentir todavía la fría dureza de la mirada de Brand. Durante unos segundos, ni hablaron ni se movieron.

—¿Tienes algún problema conmigo, 46664? ¡Vamos, dime que tienes algún problema! —Brand repitió la amenaza de unos minutos antes mientras blandía la porra entre sus manos.



Transcurrieron unos cuantos segundos de silencio, con los dos hombres, muy serios, mirándose a los ojos fijamente. De repente, surgió una chispa de luz en la mirada de Mandela y asomó una sonrisa por la comisura de los labios. Brand también sonrió.

—Por Dios, jefe Brand —dijo por fin Mandela—, cada vez lo hace mejor. He estado a punto de creérmelo.

—Creo que he equivocado mi profesión. Debería ser actor, ja, ja, ja —respondió Brand ya con una amplia risa que le ocupaba toda la cara—. ¿Qué le parecería, Madiba?

Resultaba extraño que un blanco le llamase *Madiba*. Era un nombre que los ancianos de la tribu thembu a la que pertenecía Mandela concedían a algunas personas en señal de respeto y admiración. Muchos negros llamaban así a Mandela, pero probablemente Christo Brand era el único blanco con un trato tan cercano al prisionero.

—Debería hacerlo, jefe Brand —pese a su amistad, Mandela seguía utilizando el tratamiento de “usted”, como forma de respeto, no por marcar distancias con aquel joven que, por edad, podría ser su nieto. De hecho, a veces bromeaba con él diciéndole que era su “nieto blanco”—, porque como carcelero es usted un desastre.



—¿Desde cuándo somos amigos, Madiba?
—preguntó Brand.

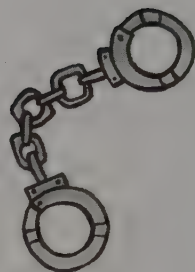
—Desde el otoño de 1978, al poco de que llegase usted aquí. Recuerdo que solo era un muchacho al que casi no le salía ni la barba.

—Y desde entonces —confirmó Brand con un gesto de cabeza—, lo único que he podido hacer por usted ha sido darle algunas raciones extra de comida y algún rato de conversación.

—¿Y le parece poco? —dijo Mandela—. ¡Me ha tratado como un ser humano! Y también a todos mis compañeros, ¿verdad, muchachos?

Mandela dijo estas últimas palabras en voz alta para que le escuchasen los demás reclusos. Desde varias celdas salieron voces que confirmaron que todos ellos estaban agradecidos al jefe Brand, el carcelero de las dos caras.

—Gracias, Madiba. Pero eso era lo mínimo que podía hacer. Usted me ha hecho ver cómo son las cosas en realidad, y me ha enseñado que ni usted ni ninguno de sus compañeros, ni ningún negro es mi enemigo. Y por fin hoy he encontrado la forma de aliviar su sufrimiento en esta prisión. Me gustaría que se sentase en esta silla



y mantuviera los ojos cerrados hasta que yo se lo diga.

—Como usted ordene, jefe Brand —dijo Madiba—. ¿Es algún juego? ¡Me encantan los juegos! Creo que me seguirán gustando cuando cumpla cien años.

Madiba se sentó en la silla y, tal como le había pedido Brand, cerró los ojos. A oscuras, se concentró en lo que pudiera escuchar. Primero, oyó cómo el jefe Brand salía de la celda y se alejaba caminando. Le pareció que se dirigía hacia la izquierda. Sonó una llave. Sí, tenía que ser hacia la izquierda, y esa llave era la que abría la puerta que comunicaba la galería con la zona de la prisión reservada a los vigilantes.

Pasaron un par de minutos en los que no se escuchó absolutamente nada. Luego, de repente, Mandela pudo percibir claramente el sonido de unos pasos que se acercaban. Sonaban a bota militar, así que debía tratarse de Brand que regresaba. A Mandela le sorprendió no escuchar el sonido de la puerta al cerrarse. La había dejado abierta. ¿Por qué? Tendría las manos ocupadas...

Los pasos siguieron acercándose hasta llegar a la celda. Estaba delante de Mandela.

—No abra los ojos todavía, Madiba —la voz era la de Brand—. Extienda los brazos con las palmas hacia arriba.



Mandela obedeció, abriendo sus manos y dejando los brazos apoyados sobre sus muslos. Entonces sintió cómo Brand depositaba algo sobre ellos. Era una especie de toalla enrollada, pero pesaba bastante más.

—Ya puede abrirlos.

Mandela abrió los ojos y miró hacia abajo. Unos pequeños ojos muy negros le miraban con curiosidad al mismo tiempo que una minúscula boca de labios carnosos agitaba un chupete con verdadera ansia.

—Madiba, esta es su nieta —dijo Brand—. Nació hace un par de meses. Es una niña. Se llama Zoleka.



Mandela se quedó sin habla mientras contemplaba a su nieta entre sus brazos y le acariciaba la cara con un dedo. Luego, alzó el rostro hacia Brand. Tenía los ojos inundados de lágrimas.

—Muchas gracias, jefe Brand. Me ha hecho el hombre más feliz del mundo. Sé que se está jugando su puesto de trabajo. Es usted un buen hombre.

—De nada, Madiba —respondió Brand—. Solo le pido una cosa a cambio. Que nunca deje de considerarme su nieto blanco.



NELSON MANDELA

Nelson Mandela (Umtata, 1918–Johannesburgo, 2013) fue un político sudafricano que lideró la lucha de la población negra contra la marginación del *apartheid* (segregación racial), impuesto por la minoría blanca sudafricana.

Abogado de profesión, en 1944 ingresó en el Congreso Nacional Africano, el principal movimiento de lucha contra la discriminación racial del país. Inspirándose en la lucha de Gandhi por la independencia de la India, Mandela organizó campañas de desobediencia civil contra el gobierno, pero condenando siempre el uso de la violencia. Sin embargo, sus actividades acabaron por llevarle a la cárcel, donde estuvo entre 1963 y 1990. En sus años de prisión, continuó defendiendo la idea de una Sudáfrica donde blancos y negros pudieran vivir juntos con igualdad de derechos y obligaciones.

Tras su liberación, en 1994 fue el primer negro elegido presidente de Sudáfrica. Al año siguiente, Mandela aprovechó la celebración del Campeonato Mundial de Rugby en su país para unir a toda la población en apoyo del equipo nacional, los Springboks, uno de los símbolos tradicionales de los blancos. Por su defensa de la paz y la reconciliación entre las poblaciones blanca y negra del país, Mandela recibió en 1993 el premio Nobel de la Paz junto al anterior presidente, el blanco Frederik de Klerk.



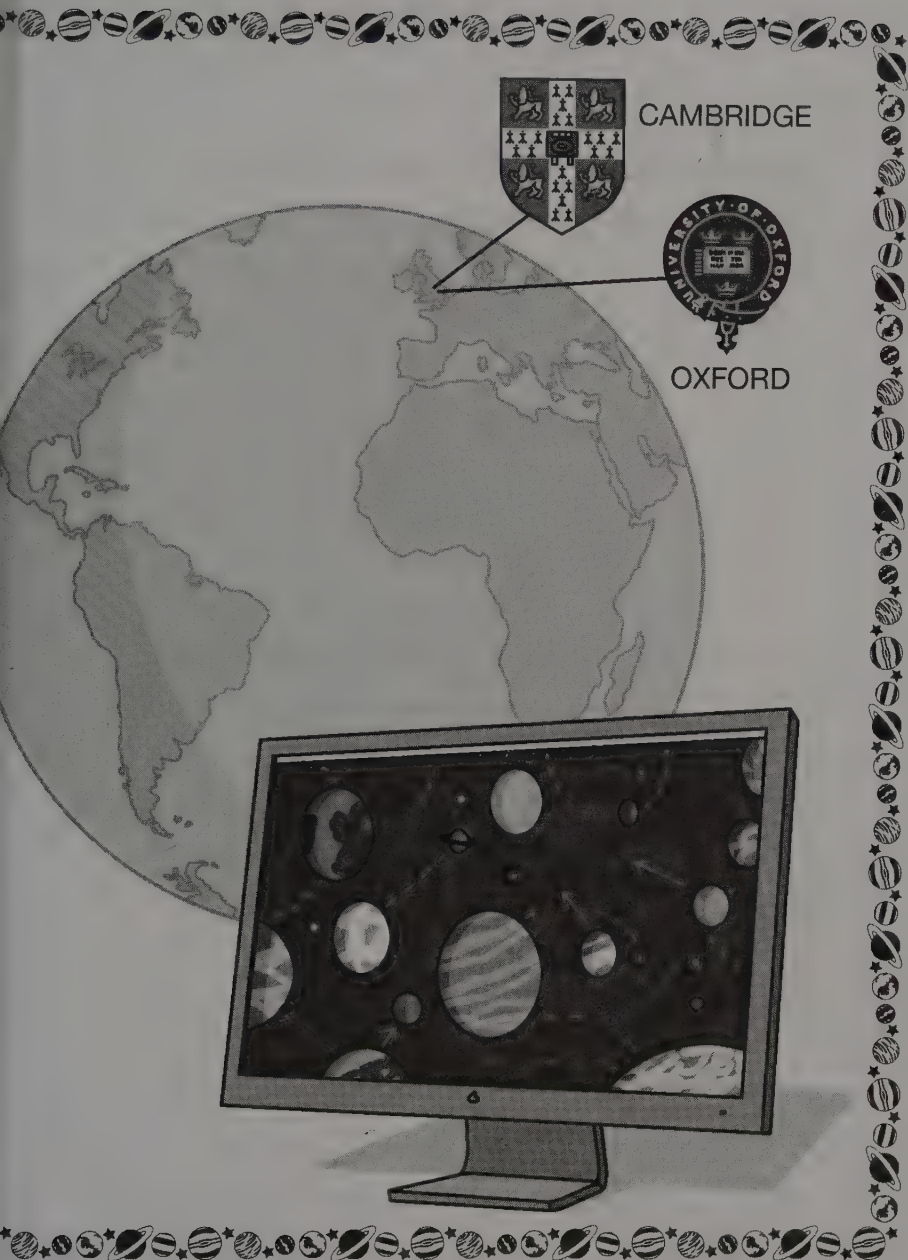


STEPHEN HAWKING

PÓKER EN EL ESPACIO

A veces pensamos que los genios son tipos aburridos que solo se preocupan por su trabajo y no tienen tiempo ni ganas de preocuparse por cosas más normales, como ver su serie de televisión favorita. Stephen Hawking, uno de los mayores genios de la Humanidad, famoso además por la enfermedad que le llevó a una silla de ruedas hace ya casi cincuenta años, nos demuestra que la genialidad no está reñida con el sentido del humor y las ganas de divertirse.

- 1962: Se detectan los primeros síntomas de la enfermedad de Hawking, esclerosis lateral amiotrófica.
- 1970: Junto a Robert Penrose, demuestra que hubo de existir un principio en un Big Bang y habrá un final en un agujero negro.
- 1988: Publica el libro de divulgación *Breve historia del tiempo*.



Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

BENJAMIN LEAVER LLAMÓ A LA puerta de la habitación del hotel. Le habían contratado para trabajar como asistente personal de Stephen Hawking durante su estancia en Hollywood. Probablemente, era el mayor genio científico vivo que había en el mundo, una persona de inteligencia extraordinaria, y eso resultaba emocionante, pero también suponía un problema. ¿Y si a una persona tan inteligente le parecía demasiado simple o, sencillamente, estúpido?

Y luego estaba lo de cómo hablar con él. Hawking llevaba ya casi treinta años viviendo en una silla de ruedas debido a una horrible enfermedad. Había perdido el movimiento y el habla, y se comunicaba a través de un ordenador, que pronunciaba con voz metálica lo que Hawking escribía en un teclado que manejaba con los movimientos de sus ojos.

Benjamin no comprendía por qué le habían elegido a él para aquel trabajo. Recordaba que, el día de la entrevista, había otras personas, hombres y mujeres, todas con formación científica, mientras que él no tenía ni idea de Física.

Daba igual. Ya lo averiguaría. Se pasó las palmas de



las manos por sus vaqueros para eliminar las arrugas, y se estiró la camiseta para que se viese bien el dibujo de la nave Enterprise de la serie *Star Trek*. Se arregló el pelo y llamó a la puerta.

—Buenos días. ¿El señor Leaver? —le saludó una mujer muy elegante que le había abierto la puerta. Benjamin asintió—. Pase usted, por favor.

Benjamin entró y la mujer le señaló un sillón para que tomase asiento, mientras ella se sentaba en una silla colocada en frente. Era una habitación de hotel con salón. El dormitorio debía estar al otro lado de una puerta abierta que se veía al fondo del salón. Junto a la puerta había dos maletas.

—¿Desea tomar algo, señor Leaver?

—No, gracias.

—Bien, entonces, comenzaremos cuanto antes, ¿le parece bien? —propuso la mujer, aunque, en realidad, no esperó a que Benjamin mostrase su acuerdo—. Yo soy la señorita Nichols, y me encargo del mismo trabajo que usted desde hace diez años. Lamentablemente, tengo un problema familiar urgente y debo volver a Inglaterra ahora mismo —la mujer hizo una pausa mirando a las

maletas. Benjamin supuso que eran suyas y que se disponía a viajar ya mismo a Inglaterra. La señorita Nichols miró de arriba abajo a Benjamin con cara de disgusto y continuó—. Por eso le hemos contratado. Se encargará usted de todo lo que necesite el señor Hawking durante esta semana que pase en California. Dispondrá de un vehículo con chófer que cuenta con anclajes para la silla de ruedas y contará además con la ayuda de un médico y de dos asistentes que se encargarán de vestir, desvestir, limpiar y alimentar al señor Hawking. De todo lo demás, se encargará usted.

—¿Lo demás? ¿Qué queda por hacer? Esas personas se encargarán de todo, ¿no?

—¡Ni mucho menos! —respondió la señorita Nichols—. Descubrirá que, pese a su enfermedad, el señor Hawking tiene una gran energía. Está en Hollywood para supervisar un documental científico sobre su obra, así que tendrán que ir a los estudios de la Paramount varias veces.

—Bien —contestó Benjamin—, está claro.

—En esta carpeta tiene toda la documentación con números de teléfonos a los que tiene que llamar en casos urgentes. El primero, el mío. Aunque esté en Inglaterra,



no dude en llamar si me necesita.

En ese momento, se escuchó un ligero ronroneo, como el de un coche de juguete, que procedía de la habitación de al lado. A los pocos segundos, atravesó la puerta una silla de ruedas con Stephen Hawking conduciendo hacia donde estaban sentados. La silla se detuvo.

—Buenos días, señor Leaver —dijo una voz metálica pero cálida—, ¿o puedo llamarle Benjamin?

—Oh, eh, buenas tardes, señor —Benjamin estaba un poco sorprendido—, sí, por favor, Benjamin está bien.

—Genial —dijo la voz metálica.

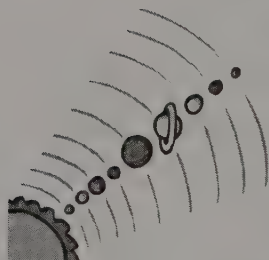
—Normalmente, le lleva más tiempo componer palabras con el movimiento de los ojos y las conversaciones son muy lentas —le explicó la señorita Nichols—. Lo que hace el señor Hawking es preparar frases completas que utilice a menudo y las numera. De ese modo, con solo un número activa la frase. Y también prepara frases durante horas cuando está solo, para luego poder hablar más rápidamente. Eso ha hecho, por ejemplo, cuando le ha pedido permiso para llamarle Benjamin.

—Adiós, señorita Nichols —dijo Hawking tratando de

esbozar una sonrisa.

—¡Por Dios, qué hombre! ¡Parece que quiera deshacerse de mí! —protestó la señorita Nichols riendo, pero en el fondo un poco molesta—. Está bien, ya me voy. De lo contrario, perderé mi avión. Nos vemos en una semana, Stephen. Buena suerte, señor Leaver.

Y cogiendo sus maletas, salió de la habitación del hotel y cerró la puerta. Benjamin se quedó a solas con Stephen Hawking. Se hizo el



silencio. El genio en la silla de ruedas lo miraba y él no sabía qué decir. Se sintió incómodo, y le entraron ganas de salir corriendo. Pero ya era tarde

para eso.

—Bonita camiseta —dijo la voz metálica—. A mí también me gusta *Star Trek*.

—¿De verdad? ¡Vaya! —exclamó Benjamin—. Nunca lo hubiera imaginado.

—¿Sabes por qué fuiste tú el elegido para ser mi ayudante esta semana? —Hawking movió su silla de ruedas hacia la ventana mientras hacía hablar a su ordenador.

—Si le soy sincero, señor, no tengo ni idea. Todos los



demás aspirantes tenían conocimientos de Física y estaban muy interesados en su trabajo. En cambio yo, bueno, le admiro, pero reconozco que no soy capaz de comprender la mayoría de las cosas de las que habla en sus libros.

—A ti te gusta *Star Trek* —dijo Hawking—, y a mí también me gusta *Star Trek*. Y tengo un plan...

—¿Un plan? ¿Un plan para qué? —Benjamin no comprendía a dónde quería ir a parar el científico.

—La señorita Nichols no estaba de acuerdo —explicó la voz metálica—, y por eso he aprovechado esta oportunidad. He contactado por correo electrónico con los productores de la serie, y voy a salir actuando en un capítulo de *Star Trek*. Hoy es el rodaje, y tú me acompañarás. Todo está ya preparado. El chófer nos espera en la calle. ¿Estás de acuerdo?

Benjamin se quedó boquiabierto. Al pensar en un genio, imaginaba que se pasaría todo el día trabajando en complicadas teorías sobre el Universo, pero ahora resultaba que le gustaban las series de ciencia ficción y quería salir en una como actor. Se miró la camiseta, miró a Hawking y dijo:

—Por supuesto. ¡Vamos allá!

—Sabía que no me equivocaba contigo —dijo Hawking mientras encaminaba su silla hacia la puerta de salida de la habitación. Sin duda, tenía prisa.

Tal como había planeado, el vehículo adaptado les llevó hasta los estudios de la Paramount. En la puerta le aguardaba el comité de bienvenida: el director y varios actores de la serie. Le saludaron y le condujeron al estudio de grabación.

La escena que habían pensado transcurría en una cubierta de la nave Enterprise. El comandante Data, un androide absolutamente racional, pero incapaz de comprender los sentimientos humanos, decide reunir a los hologramas de tres de las mentes más brillantes de la humanidad: Isaac Newton, Albert Einstein y Stephen Hawking. Evidentemente, para los personajes de Newton y Einstein se iban a utilizar actores, porque ya habían muerto tiempo atrás. Pero para el personaje de Stephen Hawking, ¡el científico se había ofrecido a representarse a sí mismo!

Benjamin observaba divertido a Hawking. Al parecer, sin que la señorita Nichols se enterase, porque se había opuesto a que un científico de su prestigio saliese en la





tele rodeado de extraterrestres, Hawking había recibido toda la información sobre la escena que debía rodar. Allí estaba, alrededor de una mesa redonda, con Data enfrente, el holograma de Einstein a su derecha y el de Newton a su izquierda. Y estaban jugando al póker.

La escena comenzaba con Hawking contando un chiste de Física. Entonces, Data, que desconoce el sentido del humor, intenta explicarle al holograma de Newton el sentido de lo que ha contado Hawking.

—¿Cómo se atreve a explicarme ese chiste? —le replica

Newton indignado-. ¡Yo soy el padre de la Física! ¡Yo protagonicé el momento culminante de la historia de la Física cuando me cayó una manzana sobre la cabeza!

-Por favor -le interrumpe Hawking-, otra vez la historia de la manzana, no.

Como la conversación se desvía del juego, Einstein propone volver a concentrarse en la partida.

-Perrrfecto -dice arrastrando las erres con su acento alemán-. Me toca a mí. Creo que, usted, señorrrr Hawking, ha subido en 4 la apuesta del señorrrr Data, así que ahora tengo 7 a mi favor.

-No son 7, sino 10 -gruñe Newton mirando a Einstein con furia-. ¡Es una simple suma! ¿Podría al menos

sumar correctamente! ¡No entiendo qué estoy haciendo aquí! ¿Cuál es el propósito de este juego ridículo?

Data, que no se inmuta por el enfado de Newton, le

explica que quería ver cómo reaccionaban tres de las mentes humanas más brillantes cuando se las exponía a un juego en el que la intuición y la capacidad



de engaño es fundamental.

—Y la verdad —concluye Data—, hasta ahora están resultando ustedes bastante “curiosos”.

Es el turno de Hawking, que apuesta 50 dólares por las cartas que sostiene con una pinza móvil unida a la silla de ruedas. Newton se retira de la partida y Data también. Einstein le mira con cara de sorpresa y comienza a hablar sobre el principio de incertidumbre y otras teorías físicas.

—No te van a valer de nada ahora, Stephen, —le dice Einstein—, porque sé que es un farol. No tienes nada, así que veo tus cincuenta, y perrrrderrrrás esta partida.

Einstein cubre la apuesta y enseña sus cartas satisfecho. Entonces, la pinza de la silla de ruedas de Hawking comienza a bajar y deja al descubierto su jugada. ¡Póker de sietes!

—Te has equivocado otra vez, Albert —dice la voz metálica mientras Hawking se parte de risa.

En ese momento, suena una voz que alerta sobre una emergencia en la nave Enterprise y la partida se interrumpe bruscamente.

Al terminar de grabar la escena, todos los presentes en

el estudio aplaudieron encantados y se acercaron a saludar a Hawking. Se hicieron fotos junto a él la mayoría de los actores, ya maquillados como tripulantes de la Enterprise o como klingons.

Cuando todo acabó, Benjamin y Hawking regresaron a su hotel. Durante el trayecto, Hawking no dejaba de sonreír. Se le veía feliz.

—Ha sido divertido —dijo por fin.

—Bueno, pues ya ha cumplido su sueño. Aparecerá en un episodio de *Star Trek* —le felicitó Benjamin.

—Esto solo es el principio de mi carrera en televisión —dijo la voz metálica mientras le guiñaba un ojo.

Y efectivamente, en los años siguientes, Stephen Hawking apareció como dibujo animado en las series *Futurama* y *Los Simpson*, y él mismo prestó su voz a los personajes. Y, por supuesto, no dejó pasar la oportunidad de aparecer en varios capítulos de *The Big Bang Theory*, la serie que toma su nombre del campo de trabajo de Hawking sobre el origen del universo.





STEPHEN HAWKING

Stephen Hawking (Oxford, Inglaterra, 1942) es un físico dedicado a la Física y la Astronomía en una condiciones personales muy difíciles. Desde los veinte años sufre los efectos de la esclerosis lateral amiotrófica, una enfermedad incurable del sistema nervioso. Actualmente, tiene todo su cuerpo paralizado y no puede hablar. Se comunica gracias a un ordenador en el que escribe mediante unos movimientos del ojo y el párpado y reproduce el texto como voz.

La principal aportación de Hawking a la ciencia son sus trabajos sobre las leyes básicas que rigen el Universo. Junto con su colega Roger Penrose, demostró que la Teoría General de la Relatividad formulada por Einstein significaba que el espacio y el tiempo debían tener un principio en un Big Bang y un final dentro de un agujero negro. En los años siguientes, Hawking hizo otras aportaciones sobre el tiempo, la extensión del universo o la composición de los agujeros negros.

Además de sus trabajos científicos, Hawking pronuncia conferencias, ha escrito varios libros divulgativos que se han convertido en best-sellers y ha realizado documentales científicos para la televisión.

Hawking ha recibido premios y reconocimientos en todos los rincones del mundo, aunque, curiosamente, nunca ha sido galardonado con el premio Nobel de Física.

STEVE JOBS

LOS LISTILLOS

Steve Jobs tenía fama de ser un hombre extraordinario sobre el que se contaban infinidad de anécdotas, unas buenas y otras malas. Para algunos de los que le conocieron, fue un genio, para otros, un tirano. Pero a nadie le dejó indiferente conocer a este visionario del mundo de las telecomunicaciones.

Twitter: 2006 San Francisco ●

Macintosh 128K: 1984 California ●

Internet: 1969 California ●

1976: Funda Apple junto

a su amigo Steve Wozniak.

1984: Apple lanza el Macintosh 128k, primer

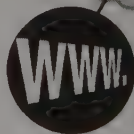
ordenador personal de una línea que ha evolucionado hasta los últimos Mac.

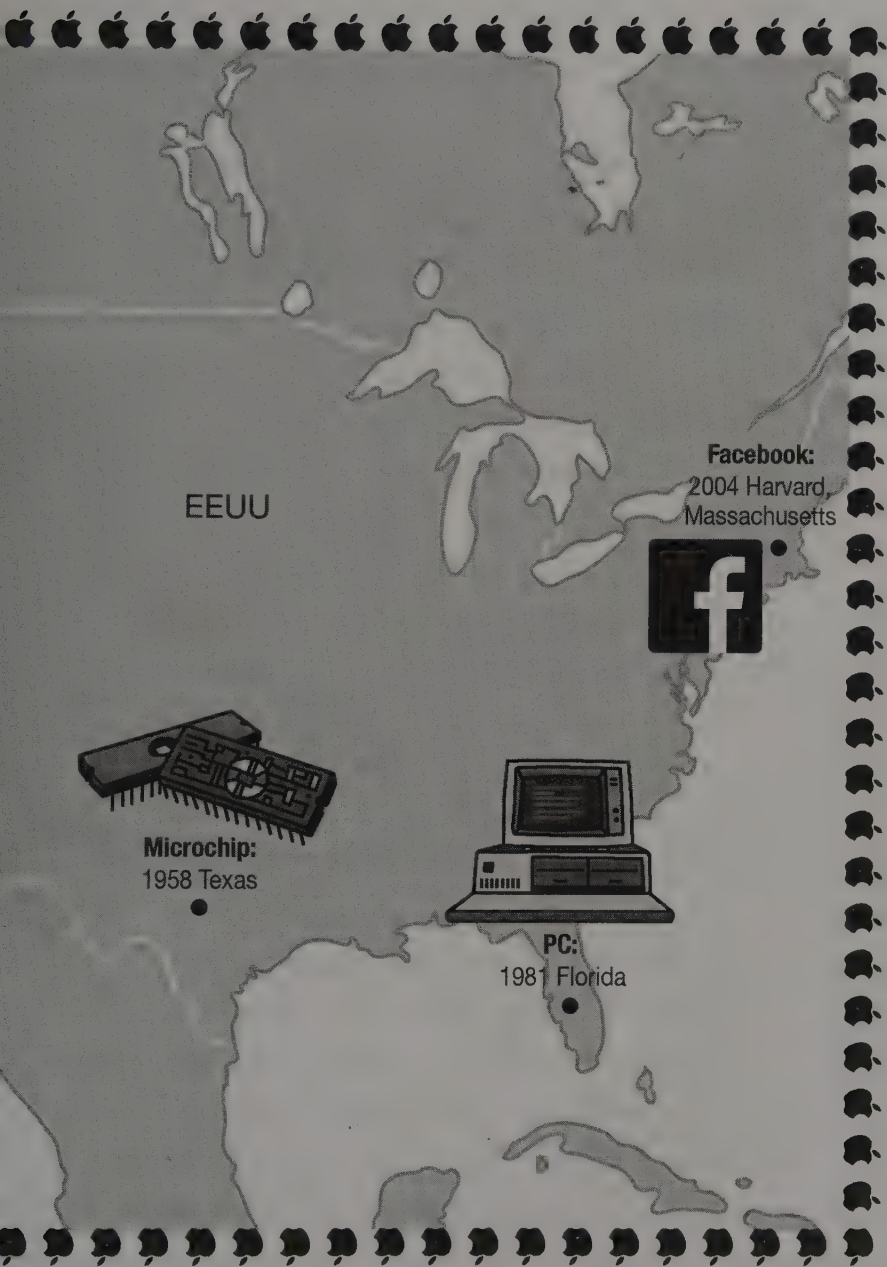
1995: Estreno de *Toy Story*, la primera película de su productora Pixar.

2001: Presenta el iPod.

2007: Presenta el iPhone.

2010: Presenta el iPad.





EEUU

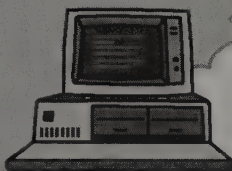
Facebook:

2004 Harvard,
Massachusetts



Microchip:

1958 Texas



PC:

1981 Florida

Edad
Media

Edad
Moderna

Edad
Contemporánea

Cupertino, California, 2001

NO HABÍA UN SOLO DÍA EN EL que la sede central de la empresa Apple no recibiera la visita de algún grupo de estudiantes, y aquel viernes no iba a ser una excepción. A las diez de la mañana, el autobús que traía a los estudiantes del instituto Lincoln de Palo Alto se detuvo en la puerta del edificio y bajaron cuarenta chicos y chicas y los dos profesores que los acompañaban.

La visita estaba programada al detalle. Una empleada recibía al grupo en la misma puerta y lo conducía al interior del edificio. Lo primero, se le regalaba a cada estudiante una camiseta y una gorra de la compañía, que se ponían de inmediato para lucirla durante el recorrido. Luego, acompañados por esa misma empleada, iban recorriendo los diferentes departamentos de la empresa: los despachos separados por cristaleras, una zona sin separaciones donde mucha gente trabajaba en grupo intercambiando ideas, unos salones con bares donde podían tomarse un refresco, los laboratorios donde se probaban los nuevos componentes electrónicos de los ordenadores, una sala de proyecciones donde los visitantes veían una película de unos minutos sobre la historia

de la compañía y, por último, la salida por la tienda para que los visitantes compraran algún recuerdo más de la empresa si querían.

—Menudo rollo —dijo Ann mientras se quitaba la gorra—. Exactamente la misma visita que el año anterior. Hasta la misma gorra que nos regalaron la otra vez que vinimos.

—Sí, todo igual —le contestó David—. Tengo la sensación de que nos enseñan solo lo que no es interesante. Seguro que en este edificio hay cosas geniales, pero no nos permiten verlas.

—Oye, ¿y si nos escapamos del grupo y damos una vuelta por ahí nosotros solos?

Dicho y hecho, Ann y David se separaron de sus compañeros sin que los profesores se dieran cuenta, y atravesaron un largo pasillo que conducía al otro ala del edificio. Giraron a la izquierda, traspasaron una puerta de cristal y se adentraron en otro pasillo. De repente, escucharon unos golpecitos: toc, silencio, toc, silencio, toc.

—Viene de ahí —dijo Ann señalando un despacho que tenía la puerta abierta—. Vamos a ver qué es.

Toc, toc, toc, toc.



Ann y David se asomaron sin hacer ruido, y vieron a un joven de poco más de veinte años vestido con unos vaqueros deshilachados y una camiseta mugrienta. Estaba sentado en una confortable silla de trabajo, con los pies descalzos encima de la mesa y lanzando una pelota de tenis contra la pared mientras escuchaba música con unos enormes auriculares colocados en las orejas.

—¿Has visto eso? —David no daba crédito a lo que veía—. ¿Eso es trabajar?

—¡Menudo cara dura! —dijo Ann, igual de alucinada—. Y se supone que esta es una de las mejores empresas del mundo. Pues su dueño no se entera de que sus empleados se dedican a jugar a la pelotita y a escuchar música en lugar de trabajar.

—¿Y a vosotros quién os ha dicho que no me entero, listillos? —dijo una voz detrás de ellos.

Ann y David se dieron la vuelta al instante sorprendidos por aquella presencia. De pie, frente a ellos, había un hombre delgado, gafas de alambre, barba canosa y pelo muy corto.

—Usted es, usted es... —David no era capaz de completar la frase mientras señalaba con el dedo a aquel hombre.





—Soy Steve Jobs. No sé por qué te sorprende tanto verme aquí. Al fin y al cabo, esta es mi empresa —dijo sonriendo—. Y vosotros, ¿quiénes sois?

—Yo soy Ann.

—Yo me llamo David.

—Bien, Ann, David —Jobs los miró con una mezcla de diversión y curiosidad—, supongo que os habéis escapado de alguna visita escolar.

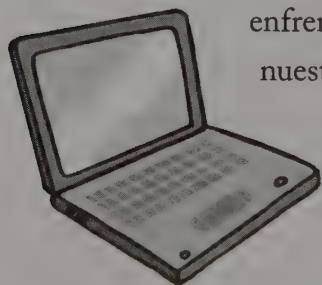
—Sí. Lo siento, señor Jobs, ya nos vamos —se disculpó David bajando la cabeza.



—Así, ¿sin más? —preguntó Jobs—. ¿Os marcháis sin saber por qué permito que un tipo que parece un hippy salido de un túnel del tiempo se dedique a lanzar pelotas de tenis contra una pared? Pensad que le estoy pagando un sueldo. ¿No queréis saber por qué?

—¡Yo sí quiero saberlo, señor Jobs! —dijo Ann.

—¡Bien! Os lo diré. Ese “cara dura” como le ha llamado Ann —comenzó Jobs mirando a los chicos— es una de las personas con mayor talento para la informática que he conocido en toda mi vida. Lleva más de un año en la empresa, y en dos ocasiones le hemos necesitado para



enfrentarnos a problemas muy graves de nuestros nuevos ordenadores que nadie sabía solucionar. Él lo hizo en menos de tres horas. Tuvo dos ideas extraordinarias.

—¿Tuvo dos ideas tirando pelotas contra una pared? —preguntó David—. No acabo de entenderlo.

—No. Tuvo dos ideas brillantes porque le pago por pensar. A veces tira pelotas, a veces pasea por el jardín o lee libros o revistas, o ve una película, una serie de



televisión o juega con el ordenador. Pero no le obligo a dedicar su tiempo y su energía a tareas que puedan hacer otros. Quiero que tenga la mente relajada para que cuando le planteemos un problema, esté fresco y listo para ayudarnos.

Ann y David se quedaron callados durante unos instantes. Debían estar pensando que, cuando fueran mayores, también les gustaría tener un trabajo en el que pudieran jugar, ver películas o pasear. Por fin, Steve Jobs rompió el silencio.

—¿Queréis ver mi despacho? ¡Venid conmigo!

Caminaron unos metros por un pasillo hasta llegar a una sala enorme. A la derecha de la puerta, había un espacio vacío, tan solo ocupado por una alfombra.

—Ahí practico yoga —les explicó Jobs—. Me relaja, ¿sabéis?

Ann y David entraron en el despacho. Había tres mesas, un sillón que parecía muy cómodo, estanterías, varios modelos de ordenadores, algunos de ellos muy antiguos, y cientos, miles de papeles, cuadernos y libros desperdigados por todos lados. Hasta había pilas de papeles en el suelo, alrededor de la mesa.



—Creo que debería ordenar un poco mi despacho —se disculpó Jobs.

—¡Vaya! —exclamó David—. ¿Se ha leído todo esto?

—Casi todo, sí. Durante los últimos años.

—Cuando veníamos hacia aquí en el autobús del colegio, varios compañeros estábamos discutiendo sobre usted. Unos decían que una persona tan importante, presidente de una empresa tan grande como esta, debe de ser alguien muy sabio y saberlo todo —le explicó David.

—Podría ser —dijo Jobs.

—Pero mi padre... —Ann dudó antes de seguir. Jobs le hizo un gesto indicándole que podía hablar sin miedo—, verá, señor Jobs, mi padre dice que usted ni siquiera acabó sus estudios en la universidad, y que no es más que un ignorante con suerte.

—También podría ser —replicó Jobs, sonriendo—. Lo que parece seguro es que a tu padre, Ann, no le gustan los productos de mi compañía. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —admitió Ann con una sonrisa.

—¿Y cómo podemos resolver esta duda? —dijo Jobs mirando a los dos compañeros de clase—. ¿Seré un sabio o seré un ignorante?



—Se me ocurre que podemos hacerle una pregunta relacionada con su empresa y su trabajo, algo que debería saber seguro —propuso David—. ¿Qué le parece?

—¡Perfecto! ¡Adelante! —dijo Jobs mientras se acomodaba en la silla del escritorio y señalaba dos sillas que había al otro lado de la mesa—. Sentaos ahí y comprobemos si soy listo o un ignorante con suerte.

—Bien, preguntaré yo —dijo Ann—. ¿Puede decirme todos los materiales que se utilizan para fabricar un ordenador?

—Buena pregunta —dijo Jobs sonriendo.

Steve Jobs se tomó unos segundos para pensar, descolgó un teléfono, habló con alguien durante unos segundos, tomó unas notas y colgó. Ann y David se miraron extrañados. Jobs se apoyó con fuerza en el respaldo de la silla, y leyó en voz alta un papel que tenía en la mano.

—Los elementos básicos son vidrio, cobre, hierro, aluminio, poliuretano, y diversos plásticos.

—¡Eh, pero eso no vale! —dijo Ann—. ¡Usted no lo sabía! ¡Ha llamado a alguien para preguntárselo!

—Efectivamente —reconoció Jobs sin el menor rubor—. No lo sabía, o al menos no con seguridad, así que se lo

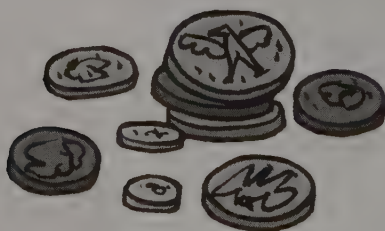


pregunté al director de diseños de mi empresa. Pero, pensad una cosa: ¿por qué tengo que llenar mi cabeza con este tipo de información si puedo contratar a los mejores especialistas del mundo para que lo hagan? Mi trabajo aquí consiste en tener la cabeza limpia y clara para poder imaginar nuevos productos y nuevas ideas. En el fondo, yo también soy como el hombre que habéis visto lanzando pelotas contra la pared.

—Su trabajo es pensar —adivinó Ann.

—Veo que lo has comprendido. Mi trabajo consiste en crear cosas nuevas —respondió Jobs—. Vamos, chicos, os invito a un refresco en la cafetería que está al otro lado de la calle.

Ann, David y Jobs salieron del despacho y del edificio y entraron en la cafetería. Se sentaron en una mesa, pidieron y estuvieron charlando un rato. Jobs estuvo muy simpático y contestó a todas las preguntas que le hicieron Ann y David.



Pasado un tiempo, decidieron que iba siendo hora de regresar con el resto de compañeros y profesores que ya estarían acabando la visita. Jobs pidió la cuenta y pagó al camarero.

—¿Le podría preguntar una última cosa? —dijo Ann—. ¿Qué consejo nos da para el futuro?

Jobs se quedó pensativo, pero, antes de responder, observó que el camarero que le había cobrado le miraba con cara de pocos amigos.

—¿Sucedó algo? —le preguntó Jobs.

—La verdad es que sí, señor Jobs —respondió el camarero—. Verá, yo soy nuevo en esta cafetería, pero ayer ya tuve la oportunidad de servirle una cena a su hija.

—¡Ah, Lisa! ¿Estuvo aquí?

—Sí, señor, cenó con dos amigas y me dejó más de cien dólares de propina —le explicó el camarero—. En cambio, hoy, usted, que es uno de los hombres más ricos del mundo, solo me ha dejado medio dólar de propina.

Durante unos segundos, hubo un silencio helador. Ann y David se miraron sorprendidos por el atrevimiento del camarero. Pero Jobs no se inmutó. Lo miró a los ojos y sonrió.



—Tenga en cuenta que ayer atendió usted a la hija de uno de los hombres más ricos del mundo. Sin embargo, hoy me ha atendido usted a mí, que soy hijo de un humilde empleado de ferrocarriles y de un ama de casa.

Entonces volvió la mirada hacia Ann y David y les dijo:

—Sobre el consejo que me pedís, tomad esto como una lección: por muy lejos que lleguéis en la vida, nunca olvidéis de dónde habéis venido.



STEVE JOBS

Steve Jobs (San Francisco, 1955–Palo Alto, 2011) fue un empresario e inventor que revolucionó la tecnología con sus productos innovadores en los campos de la imagen, informática, música y telefonía.

En 1976, fundó la empresa Apple junto a su amigo Steve Wozniak. Dirigió la compañía en dos períodos: 1976–1985, y 1997–2011. En estos años, Apple presentó productos que marcarían un cambio en la forma de entender el trabajo y el ocio, como el Macintosh 128k, el primer ordenador personal, el reproductor de música iPod, el teléfono móvil multimedia iPhone y la tableta multimedia iPad, además de servicios de internet como iTunes o el App Store.

Entre 1985 y 1997, emprendió otros proyectos, entre ellos la fundación de la productora cinematográfica Pixar, primera en crear películas de animación únicamente con medios informáticos. Su primer éxito fue *Toy Story*, al que siguieron *Los increíbles*, *Buscando a Nemo* y otros.

Steve Jobs es un modelo de empresario creativo e innovador, capaz de imaginar un futuro en el que los productos de su compañía cambian radicalmente la forma de trabajar y el ocio de las personas. Su discurso en la Universidad de Stanford en 2005 es un modelo de inspiración para todo el que quiera iniciarse en la vida laboral.



¡Los genios nacen, se hacen y ahora también.... se leen!
Veinticinco cuentos, desde la Antigüedad hasta la actualidad,
que te presentarán a los pensadores, científicos,
artistas e inventores más importantes del mundo y los
descubrimientos que cambiaron el curso de nuestra historia.

¿Qué descubrió Arquímedes mientras se bañaba?
¿Cómo lo hizo Ada Lovelace para imaginar el primer programa
de ordenador en 1943? ¿Cómo consiguió Gandhi liberar la India
del gobierno británico sin empezar una guerra?

¡Descubre sus excéntricas, divertidas y apasionantes
vidas en sólo 25 historias!



US \$14.95 / 19.95 \$ CAN

ISBN 978-8-490-43485-7



5 1495

9 788490 434857

ISEÑO: PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL / JUDITH SENDRA
ILUSTRACIONES: LLUÍS CADAFALCH

www.megustaleermontena.com

montena